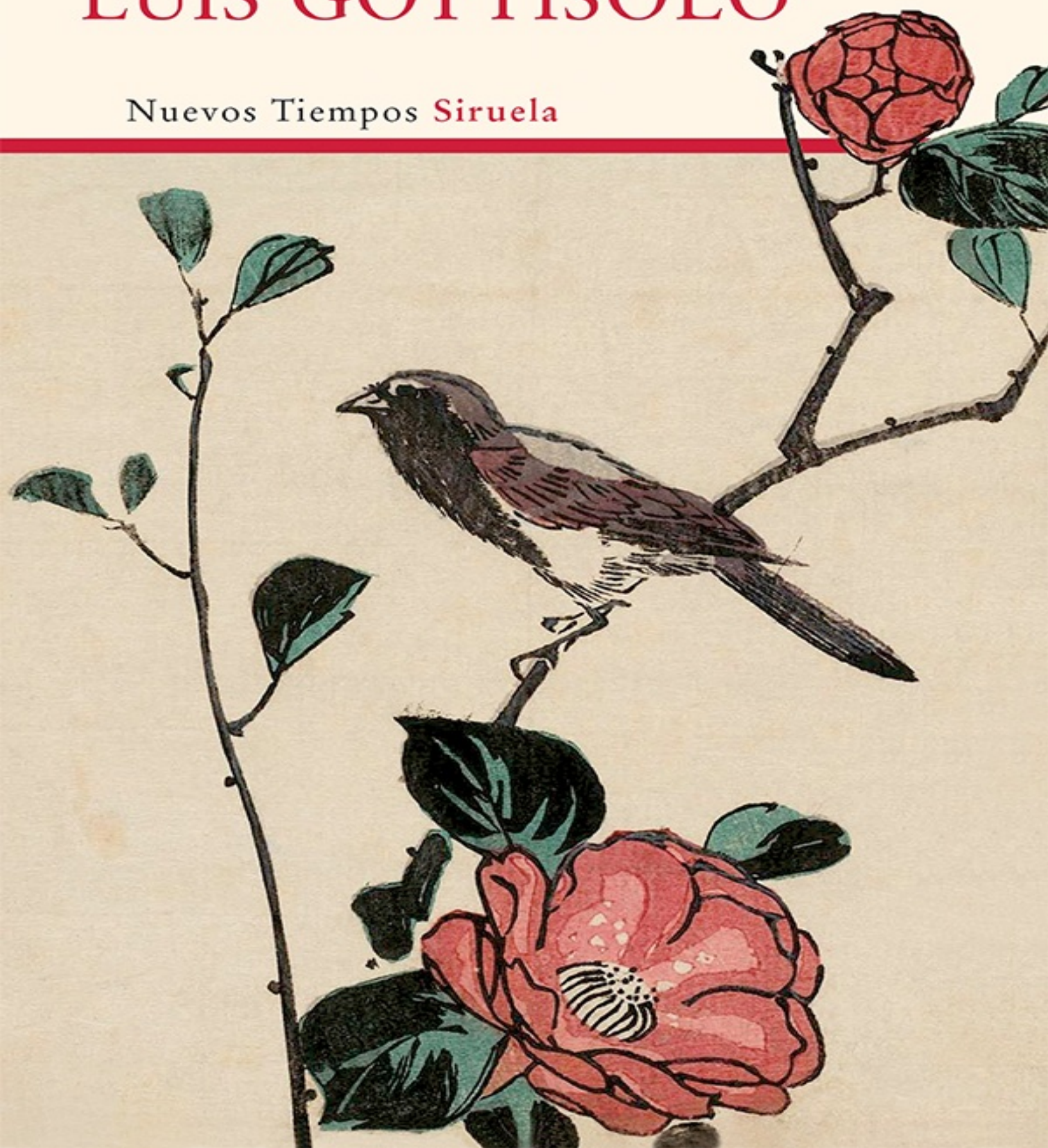


Oído atento a los pájaros

LUIS GOYTISOLO

Nuevos Tiempos **Siruela**



Luis Goytisoló

Oído atento a los pájaros

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: marzo de 2016

En cubierta: Pájaro sobre rama de camelia (1847-1852),
de Utagawa Hiroshige

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Luis Goytisoló

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16749-18-8

Conversión a formato digital: María Belloso

Oído atento a los pájaros

I

Todo parecía alentarle, dar fe de su excelente forma física, de la fuerza mental que le poseía. El fluir ordenado del tráfico, el paso decidido y cómplice de los viandantes, propio del que cumple la función que le ha sido atribuida con la confianza de que los demás están haciendo lo mismo, el sol encajonado entre los altos edificios cargando de energía los contraluces en fuga, el avance sistemático de fulgores y centelleos: todo, todo ensamblándose como las piezas de un mecanismo del que él se sabía el centro.

La mayor parte de los transeúntes no daba muestras de reconocerle, cosa en cierto modo preferible, ya que suscitaba una reconfortante sensación de ir de incógnito, a salvo de la expectación que suele abrirse en torno a los famosos. A lo sumo, el mohín de frustración de alguno que con gusto se hubiera detenido a felicitarle. Si las mujeres acusaban una mayor reacción al cruzarse en su camino, se debía más bien a la satisfacción que produce gustar a alguien que nos gusta, esa sonrisa implícita con la que se alejaban en su altivez complacida, tiesas, el culo recogido, con ganas de volverse pero sin volverse, como a la espera de una simple señal. Estaba claro que le aguardaban toda clase de recompensas, que, por premios, hasta el de la lotería.

Era lógico que se sintiera eufórico, exaltado por la sensación de gozar de una visión global, o mejor, de una pre-visión o comprensión total de la realidad circundante, a la vez que de una permanente absorción de energía que otorgaba a sus gestos un poder sin límites. Se sabía capaz de escudriñar el interior de las personas con las que se cruzaba, de ver cuanto sucedía más allá de las fachadas de los edificios, de entender el porqué de todo aquel tráfico en el que se hallaba inmerso, de aplastarlo, si se terciaba, como se aplasta un reguero de hormigas. De ahí que, como ese paseante que chuta un balón que ha escapado al juego de unos niños en la plaza, se le ocurriera interceptar el autobús aquel de un

puñetazo, propinarle un golpe tal que la energía generada se expandiera por el mundo entero. El momento más propicio era el del giro, cuando el autobús virase acelerando para doblar la esquina, y él, apostado en la acera, pudiera plantarse delante y golpearlo en pleno motor. Lo tenía tan claro que, al salir al encuentro del autobús, hasta le daba risa visualizar de antemano el choque, similar al de una sandía que cae de un séptimo piso al entrar en contacto con el suelo.

Cambio horario

Repitió exactamente lo hecho el día anterior al levantarse y recordar de pronto que estaba solo en casa: cantar *Extraños en la noche* mientras se duchaba y bailar después con la toalla de baño ante el espejo, admirado de lo convincente que resultaba. Se trataba de propiciar una jornada de trabajo como la de la víspera, encerrando en un paréntesis cuanto había sucedido a partir de la llamada de Iris. Nada preocupante pero sí perturbador, por lo que tenía de irrupción ajena a su voluntad, y Ramón no estaba dispuesto a tolerar interrupciones cuando se sentía en vena. Reconocía los indicios: un despertar cargado de energía que le impulsaba a prepararse un té y correr al estudio a tomar las primeras notas de un nuevo cuadro. Solo que la víspera, en lugar de ir al estudio, se había sentado ante el escritorio y había comenzado a redactar sus *Confesiones*, el libro de memorias al que llevaba tiempo dándole vueltas y más vueltas. Luego salió a pasear por el barrio, hizo cuatro diligencias, como hubiera dicho su padre, y ya de regreso, cuando se disponía a continuar escribiendo, la llamada de Iris montándole aquel número, y, tras esa llamada, su llamada a Carmen para esclarecer lo sucedido con Iris, sin otro resultado que el de embrollar aún más las cosas, y después su llamada a Elsa, todavía en Tokio, para ponerle al corriente de los acontecimientos, y su frustrada cita con Iris, y los recuerdos y sugerencias a los que toda esa crisis dio lugar, y la lectura del relato de Elsa que venía publicado en el suplemento literario del periódico, y el cambio horario de primavera, con el que no contaba, para terminar de confundirle, un día que, de buenas a primeras, terminaba antes de lo previsto. Considerado retrospectivamente, aquel cúmulo de malentendidos y equívocos le divertía y hasta le resultaba estimulante, pero estaba decidido a situarlo entre paréntesis para enlazar directamente con el momento en que, tras cantar con voz susurrante *Extraños en la noche*, bailar con una toalla ante el espejo y prepararse una taza de té, se sentó a la mesa y, como

dejando que la mano corriera por sí sola, dio comienzo a la redacción de sus *Confesiones*.

MIRALRÍO

«Diga lo que diga Freud, los hechos de la infancia que hemos relegado al olvido nunca nos habrán marcado tanto como los que recordamos a la perfección. Y no porque sean especialmente relevantes, sino porque, siendo incluso nimios en relación a su contexto, hieren al sujeto, al niño, de un modo acaso incomprensible para quienes le rodean, pero no por ello menos profundo. Así, en lo que a mí se refiere, el hecho oficialmente más traumático de mi infancia fue la muerte de mi madre, víctima de un estúpido atropello la antevíspera de mi cumpleaños; pero lo que subjetivamente más me afectó por aquel entonces fue la suspensión de la merienda prevista para celebrar mi noveno aniversario, a resultas de ese accidente.

»Se me dirá que tal reacción es la lógica en un niño de nueve años, pues a esa edad aún no se tiene una idea clara de lo que es la muerte; ésa es al menos la disculpa con la que habitualmente se pretende eximir al niño de toda responsabilidad. Solo que el eximente no se ajusta a los hechos; el niño tiene una idea clara desde muy pronto, al menos en lo esencial, de lo que es la muerte: desaparecer para siempre. Como máximo cabe admitir que, más que dominado por un sentimiento de frustración o desaire puro y simple a causa de la fiesta cancelada, pudiera haberme sentido yo profundamente afectado por su muerte, sí, solo que no tanto por la muerte en sí cuanto por haberse producido ese día, por no haberse andado mi madre con más cuidado cuando estaba en juego la celebración de mi cumpleaños.

»¿Me hubiera sentido menos contrariado de haber sido mi padre en lugar de mi madre la víctima de aquel autobús cuyo conductor perdió tan tontamente el control de la dirección? Sin duda, no ya porque me pareciera más propio de él ser víctima de un accidente fortuito, sino sobre todo porque, en la medida en que su actitud hacia mí era mucho más tolerante, en que siempre parecía dispuesto a acoger con alborozo mis iniciativas, la relación entre ambos era mucho más

superficial. Mi madre, en cambio, parecía saber en todo momento lo que yo andaba pensando. Y yo tenía la impresión de que quien mandaba en casa era ella. Incluso la decisión de no ir a Miralrío aquel verano porque allí mi padre hubiera corrido peligro era algo que yo le atribuía enteramente a ella.

»Que yo recordara, mi cumpleaños se había celebrado siempre en Miralrío, Mirlario, como yo lo llamaba, y el hecho de que aquel año la fiesta se hubiera suspendido era una frustración añadida a la frustración que en sí mismo suponía el hecho de habernos quedado en la ciudad, de no haber ido como cada verano a Miralrío. En Miralrío mi vida cambiaba por completo, y el estímulo de que cuando llegara el verano íbamos a volver me mantenía en creciente estado de excitación según se acercaba la fecha.

Se ve que al irnos para allá a comienzos del verano, cuando el nombre del pueblo aparecía en un cartel a un lado de la carretera, como estaba aprendiendo a leer, yo leía Mirlario, y, al hacerles gracia, todos terminaron por llamarlo así. El próximo fin de semana iremos a Mirlario, decían por ejemplo. Salvo aquel año, que nos quedamos en la ciudad porque estábamos en guerra. Pero aquí también estamos en guerra, decía yo. Y mi madre: Sí, pero allí tu padre corre peligro y aquí no. De ahí que aquel 29 de agosto nos pillara en la ciudad, cuando lo normal habría sido que hubiéramos estado en Mirlario».

Lo había escrito de un tirón, y, tras releerlo, decidió tomarse un respiro. Más tarde lo pasaría a limpio. O mañana.

Periodista, historiador o arqueólogo

La sala del Fomento se fue animando según atardecía y, mientras en la barra subía el tono de las conversaciones, en alguna mesa empezaron a sonar las fichas de dominó contra el mármol.

—Mire, este que entra ahora podrá contarle cosas —dijo su interlocutor.

Llamó con la mano a un hombre empaquetado en una gruesa zamarra que se aproximaba conversando alegremente con otros dos. ¡Tú que fuiste movilizado!, dijo casi a gritos su interlocutor, como si el otro se hallase más lejos de lo que se hallaba. Este joven pregunta por lo que pasó cuando la guerra. Los recién llegados se detuvieron junto a la mesa, el de la zamarra perdiendo paulatinamente la sonrisa, como desorientado.

—¿La guerra? —dijo. Se había puesto serio, sus rasgos flojos súbitamente alterados, como si un soplo de aire los hubiera modificado igual que modifica la superficie del agua o la disposición de las hojas secas caídas al suelo—. Aquello fue terrible —dijo, los ojos progresivamente cargados, a punto de verse humedecidos—. ¡Tanta muerte! ¡Tanto dolor! Y todo para nada. Las cosas siguieron igual o peor.

—¡Y tanto que peor! —dijo uno de sus acompañantes—. Miralrío no ha vuelto a levantar cabeza.

—Ya lo ve, aún siguen apareciendo cadáveres en las cunetas. ¡Y los que han de aparecer! ¡Cuánta destrucción! ¡Cuánto sacrificio inútil! Y los ricos siguen siendo ricos, y los pobres, pobres.

—Y el pueblo, para abajo.

—Los cultivos, abandonados —dijo el tercero, hasta entonces en silencio—. Ya no hay quien recoja las castañas.

—¿Y los veraneantes? Desde entonces no han vuelto. ¿Quiere usted comprar un chalet de los de antes, una buena casa con un buen jardín? Encontrará los que

quiera.

—El joven está de paso —dijo su interlocutor—. Es periodista, o historiador, o arqueólogo.

—Pues créame que hay mucho que investigar —dijo el de la zamarra—. Los muertos. Los desaparecidos. ¡Son tantas las cosas que hay que sacar a la luz!

Al darse la vuelta, reclamado por los de otra mesa, dejó al descubierto una oreja como roída, reducida a una pequeña protuberancia irregular. Cuando se hubo ido, le aclararon que lo de la oreja no se lo hizo en la guerra, sino antes, de niño, cuando participaba en la matanza de un cerdo al que le dio por revolverse.

En la mesa vecina, sentado a solas, un campesino de edad imprecisa escuchaba atentamente lo que hablaban sin el menor disimulo. Los demás, al referirse a él, le llamaban el Millán. Parecía salido de un anuncio de tractores, como sentado al volante, la visera apuntando al cielo, el perfil destacado ante una luminosa extensión de tierra roturada. Les miraba con las cejas enarcadas, los ojos jubilosos y la boca entreabierta, a la espera, se diría, de alguna salida ocurrente. Aprovechando que su interlocutor se había levantado para comentar algo con los de la barra, se inclinó hacia él como tendiendo un puente entre mesa y mesa.

—No les haga caso —dijo—. Los muertos lo fueron más por accidente que por otra cosa. Aquí no pasó nada o casi nada. Ni revolución, ni guerra, ni más muertes durante todo ese tiempo que las que se producen cada fin de semana cuando los jóvenes se juntan para ir de fiesta. Fue como una nube que oculta el sol por un momento. Eso sí: el pueblo nunca volvió a ser el de antes.

Cambio horario

Al salir de la papelería, nada más doblar la esquina, Ramón se encontró con que había un músico ambulante tocando para quienes, agolpados como forzados rehenes, se prestaban a cruzar la calle al pie de un semáforo. Ramón se tapó ostensiblemente los oídos y, en vez de pararse a esperar, siguió caminando hasta el semáforo siguiente. Pero aquel cenizo ya le había estropeado el paseo y, como si además le hubiera traído mala suerte, en el banco se encontró con que le aguardaba una cola tan fuera de lo común que estuvo a punto de dejarlo para mejor ocasión. Sin embargo, optó por tomarse las cosas con calma y entretenerse observando a la gente, mientras la cola se iba reduciendo poco a poco sin crecer en cambio a su espalda, como si los demás se hubieran puesto de acuerdo en llegar justo antes que él.

Todo un panorama. La celestina ojerosa, ataviada en morados, que aporta los ingresos producidos por su lupanar. El sastre, o persona de similar oficio antiguo, percha él mismo de la ropa que lleva puesta, al que el cajero automático se le ha tragado la tarjeta, por lo que pide ayuda a uno de los oficinistas, un bulto atocinado que, condescendiente con un ser de tan escasa relevancia, le atiende como quien atiende a un niño. El chaperero recién despierto que en sus miradas de soslayo lleva escrita su total disponibilidad, su buena disposición a realizar cualquier clase de canallada siempre que haya dinero alegre por delante. La dependienta movediza de algún comercio de productos ecológicos en busca de una moneda pequeña que le facilite el cambio. La pareja de pedorros arrebuados en sus abrigos, él, de pelo de camello, ella, de pieles, que son obsequiosamente recibidos por el director de la agencia a la puerta de su despacho, donde intercambian gozosos cumplidos que dejarán de oírse en cuanto la puerta se cierre a sus espaldas, gente proclive a la suculencia —causa a la vez que efecto de su notoria solvencia económica— antes que a cualquier otra forma de

respetabilidad, dignidad o confort. Algunos de sus clientes eran así, pensó Ramón. Gente que apreciaba sus cuadros porque los sabía apreciados, como la cualidad envolvente de las pieles o la del cuero de las butacas o el olor a madera encerada de los despachos, de los buenos negocios. De ahí que antes de comprar, los escudriñaran con severidad, casi con cólera.

Se acordó del primer relato publicado por Elsa cuando él ni siquiera sospechaba que Elsa escribiera, que viniese haciéndolo casi desde que era niña. Un relato breve, escrito en el estilo conciso propio de un informe o una crónica. Se titulaba «Hijo único» o algo así, y narraba las decisiones adoptadas por el heredero de un pequeño imperio industrial a partir del momento en que se hizo cargo del mando, tras volver con un máster de Massachusetts. Para empezar, el producto elaborado por la empresa, un producto cuya naturaleza no se especificaba, ¿por qué había de tener tanta calidad? Restándosela moderadamente, las ganancias serían mayores. Los proveedores también podían rebajar precios si querían seguir siendo sus proveedores, y los distribuidores, reducir su comisión si querían seguir siendo sus distribuidores. Una adecuada regulación de plantilla, con incremento de la productividad y congelación de salarios (acuerdo facilitado por la amenaza de deslocalización), haría posible la salida a Bolsa, que las acciones de la empresa se cotizaran ante una perspectiva tal de beneficios que la sostenida tendencia al alza estuviese asegurada. Como contrapartida de la congelación salarial se podrían dar facilidades a los empleados para que compraran un piso construido por la división inmobiliaria de la empresa. También se les podría hacer un descuento cuando contrataran para sus vacaciones algún circuito turístico en la agencia de viajes del grupo. Igual que si se aseguraban en su compañía de seguros, compraban el coche en su red distribuidora y realizaban su compra diaria en su cadena de supermercados. El paso decisivo no sería otro que el de vender el enorme edificio de la sede central del grupo para la construcción de un hotel de cinco estrellas, con lo que, aprovechando la inmediata subida en la cotización de las acciones debido a las plusvalías generadas, se desprendería de todas las que poseía diluyendo ingentes cantidades de dinero a través de personas interpuestas. A continuación, simular la propia muerte, tras el naufragio de su yate en alta mar, y así cobrar un descomunal seguro de vida igualmente a través de personas interpuestas. Operación facial y cambio de huellas digitales en Brasil. Ya con una nueva

identidad, compra una isla polinésica que bautiza con el nombre de Isla Gauguin. En ella, el paisaje y la población nativa compondrán a escala real cuadros de Gauguin, su pintor favorito. Y nuestro héroe se presta a disfrutar de su nueva identidad y de su nueva vida hasta que un día, víctima tal vez de un aburrimiento pasajero, se le ocurre pensar que aquella isla es un diamante en bruto.

No. El título del relato no era «Hijo único», sino «Isla Gauguin», ahora lo recordaba perfectamente. Gauguin, el pintor favorito de Ramón, lo que no dejaba de ser un guiño cómplice por parte de Elsa. Con tantos años que llevaban juntos y seguía sorprendiéndole. Qué mujer tan rara.

Gestiones previas

A su llegada, tras dejar el coche en la plaza Mayor, se encaminó instintivamente hacia la zona de chalets y villas que se extendía en dirección opuesta a la carretera, hacia la falda de las montañas. El sol parecía arremansarse entre las ramas casi despojadas de los jardines y paseos desiertos, blanquecino a la vez que cegador, así embebido de nieblas matutinas en disipación. Caídas las hojas, arrinconadas por el aire en los jardines o a lo largo de las aceras, la atmósfera aparecía extrañamente luminosa, aunando aquel conjunto de ramas y más ramas en una masa de líneas desnudas, donde, como si se enredaran en ella, los retazos de humo que se extendían desde un jardín cualquiera configuraran formas fugaces, rostros infantiles, apacibles figuras femeninas, perros de aguas, furtivas sombras de felino. Más que despertar recuerdos en el visitante, se diría que era el propio paisaje otoñal, con su olor a cenizas mojadas, el que recordaba los juegos de otros tiempos, el que recreaba como para sí las pandillas de niños, los grupos de chicos y chicas con sus bicis, cuyas huellas quedaban impresas en el entorno junto con las dejadas por el paso de sus madres, de sus tías, de sus abuelas, independientemente de lo que hubiera sido de todos ellos, niños con toda una vida detrás, adolescentes ya casi viejos, ancianos y ancianas probablemente muertos.

Volvió sobre sus pasos hacia la plaza Mayor. En el ayuntamiento le atendió la secretaria, una mujer de mediana edad con aspecto de llevar gafas aunque no las llevara. Le confirmó que, efectivamente, el cadáver que había sido hallado era el de una mujer y que todo parecía indicar que llevaba tiempo enterrada, posiblemente desde los días de la guerra. Más no podía decir hasta que se conociera el resultado de la autopsia, cosa que tal vez se iba a prolongar unos meses, ya que los restos podían pertenecer a cualquiera de las personas dadas por desaparecidas, o incluso a una de la que no se tuviera noticia. Cerró la carpeta

sin preguntar nada a su vez ni dar la más mínima muestra de curiosidad.

El Indiano

Desde la atalaya

Como ese halcón peregrino que, perfectamente aclimatado a la ruidosa contaminación urbana, otea el panorama desde la cornisa de un edificio prominente con la arrogancia de un Moisés aferrado a las Tablas de la Ley en lo alto del Sinaí, para caer de súbito sobre su presa, para interceptarla en pleno vuelo por encima del denso tráfico, con la misma precisión que si se hubiera lanzado desde un despeñadero de la sierra, así el tajante carácter resolutivo de la verdadera sabiduría frente a los principios comúnmente aceptados más en boga. Y así como el halcón peregrino prescinde de las circunstancias ambientales adversas en las que se desenvuelve, así todo aquel que se integra en el proceso de adquisición de la sabiduría y con él progresa, toda vez que la meta de la sabiduría no es un objetivo estático, sino, precisamente, esa integración del sujeto en el proceso que a ella conduce, en el seno de una realidad siempre cambiante. La comparación me parece pertinente por partida doble si se considera que los antiguos adecuaban su vida de cada día a los augurios deducidos del vuelo de los pájaros.

Rasgo característico de la armónica integración del sujeto en tal proceso es, además de la paulatina dilatación del conocimiento, una simultánea exacerbación de la sensibilidad, una agudeza tal en la percepción que se hace posible captar el pensamiento ajeno, pensamientos, incluso, que no llegaron a ser enteramente formulados, pensamientos que fueron reprimidos y hasta rechazados. Se trata de impulsos anímicos que, en la medida en que han sido retenidos, en lugar de alejarse más y más como planetas o astros que terminan por perderse en el espacio según se alejan de la explosión inicial que les dio vida, permanecen adscritos al lugar en el que estuvieron a punto de cobrar existencia. Como brotes y hojas que el viento desgaja de las ramas de los tilos. Una substancia intelectual

en estado puro que, de modo similar a como soñamos lo ya soñado por otro, puede ser captada por toda mente iluminada como es debido por la sabiduría, pensamientos en su día abortados al borde de la precisión verbal que, liberados del ámbito que los acogía, son susceptibles de ser completados en su planteamiento y definidos por entero y, a partir de ahí, de constituirse en origen de nuevos discursos creadores. Un fenómeno que, si para el común de la gente es fruto de la casualidad —se habla entonces de lugares que inspiran o que propician la concentración intelectual de las ensoñaciones—, para el iniciado es, ante todo, fruto del ejercicio de las facultades que el sujeto adquiere en su aproximación a la sabiduría. Lo que no significa que no haya lugares más propicios que otros por razones puramente objetivas. Tal sería el caso de mi relación con Miralrío, un pueblo al que, con mi progreso en el ámbito de la sabiduría, no hago sino devolver la multitud de sugerencias que me aporta.

Una cualidad a la que son ajenos sus habitantes, que escapa a su percepción, lo que no tiene nada de particular, ya que es lo habitual en todas partes. Cegado por un bombardeo de imágenes inmediatas que le circundan, el ser humano no es capaz de percibir lo que está más allá del alcance de su vista. Y es que el don de la visión cenital se halla sin duda favorecido por la imposibilidad de la percepción visual directa, una pérdida que no hace sino acentuar la capacidad de visionar en un mismo plano lo que acontece en el presente, lo que aconteció en el pasado y hasta prever el futuro. Por el contrario, el sujeto pendiente de la inmediatez visible nunca llegará a descifrar lo que le cuentan los pájaros, la lluvia, las hojas de los árboles recorridas por la brisa, ni menos aún elaborar con tales datos hechos pertenecientes al pasado y al futuro no menos que al presente. Yo, en cambio, tras tender el oído en el silencio de la noche, soy capaz de ver lo que quiero ver. Pues, a semejanza de lo que sucede en el espacio cuando desgajándose de una nebulosa se forman las galaxias, en la vida, según se nace, unos crecerán hasta convertirse en astros que organizan un entorno de planetas, otros serán simples satélites de esos planetas, y los más, estrellas fugaces que ni tan siquiera tienen conciencia de serlo, conformes en todo con su errática trayectoria.

II

La convicción de estar muerta la había asaltado mientras aún sonaba el canto estentóreo de aquel pájaro instalado ante la ventana abierta, como avisándola de lo que se le venía encima, la puerta que se iba a abrir, la luz que se iba a encender, la súbita presencia de la María Cortizo precedida de una bandeja de ropa recién planchada, la nariz de alubia y el ojo sobresaltado como salidos de una misma pincelada. Su «oh, perdón» musitado como un amén antes de retirarse, impelida por la visión de aquellos dos cuerpos desnudos, vagamente entrelazados, a modo de cuerpos yacentes de reyes de Francia, entre la beatitud y el sueño, dilatados los rasgos a la vez que relajados según volvían en sí, rasgos de piedra que cobraban vida, efigies que despertaban a medida que la María Cortizo se echaba para atrás y se apagaba la luz y se cerraba la puerta, y el pájaro seguía cantando en el exterior en tanto el cielo se blanqueaba más y más y el arbolado se ennegrecía, ya Silvia se le imponía la convicción de que, a semejanza de aquellos reyes, también ella estaba muerta.

Si la María Cortizo hablara, y hablaría, tal vez ya estaba contando lo que había visto, ella podía darse por muerta. Le parecía estar viendo a Valentín, su rostro, pasar sin transición alguna de una actitud retraída, ensimismada, de persona perdida entre sus cavilaciones, a una violenta irrupción en la realidad más inmediata. Como aquella vez en que Silvia fue destacada, junto con un compañero de la milicia, a una reunión de comités revolucionarios de la comarca en representación de Miralrío. Habréis confraternizado, dijo más que preguntó Valentín a su regreso, durante la cena. Silvia no registró la pregunta o no creyó que mereciese la pena contestar, ocupada como estaba en trocearle la fruta al pequeño Ed. El golpe del cuchillo al clavarse en el tablero hizo saltar cuanto se hallaba sobre la mesa, la cara de Valentín transformada en otra cara, como cegado por un *flash*, mientras gritaba: ¡Te acabo de hacer una pregunta! La

calma que acertó a mantener Silvia y el llanto del pequeño Ed se reavivaron ahora en su memoria. Pero ¿cómo comparar una situación con otra, los sentimientos suscitados en Valentín por una sospecha con la reacción provocada por la confidencia de un testigo presencial? Si entonces se había exaltado de tal modo, ¿qué clase de respuesta podía esperarse ahora? Desde que fue proclamada la Revolución Popular, Valentín recelaba de cuantos miembros de la milicia se acercaban a Silvia. Pero en quien ni tan siquiera se le había ocurrido pensar, en razón precisamente de las diferencias ideológicas que los separaban, era en Eduardo Bondat, por más que supiera que Silvia y él se conocían desde la infancia, desde los años de colegio, no tan lejanos. Sin embargo, cuánto tardaría ahora en atar cabos, en hacer encajar el posible comienzo de una relación entre Silvia y Eduardo Bondat, el momento en que ella se dio cuenta de que Valentín no era la persona que había imaginado, un intelectual puro entregado por entero a sus ideas. El hombre al que había considerado lo que se dice todo un carácter resultó ser un fraude: alguien sin personalidad que, al no saber él mismo cómo era, aceptaba los rasgos que se le atribuían, procurando adaptar a ellos su conducta. Y cuando no se le atribuía rasgo alguno, se autodefinía en función del agrado que, a su entender, esa autodefinición pudiera suscitar en su interlocutor, y se atenía a tal caracterización en tanto este se hallase ante su vista. Los accesos de violencia eran el precio de su inseguridad, de su conciencia de hallarse en falso a los ojos de Silvia. Accesos que ahora, para Silvia, no eran más que un indicio de lo que le esperaba, del golpe, de la cuchillada, del disparo que había de acabar con su vida. Y esta mujer que se me cruza con la bolsa del súper y la estanquera que baja la persiana y los críos que corren no lo saben, pero yo soy una mujer muerta, se decía mientras iba conduciendo con precisión de autómatas. Y mañana saldrán de casa igual que ahora entran y la estanquera abrirá el estanco y la mujer comentará la noticia en el súper, y yo estaré muerta. Y la noticia correrá por todo el pueblo y la gente dirá «pobre Silvia» y cada uno volverá a lo suyo, y yo estaré muerta. Y ese mirlo o lo que fuera el pájaro que cantaba frente a la ventana seguirá cantando, y yo estaré muerta. Y dentro de un año seguirán cantando los mismos pájaros u otros iguales a ellos, y las hojas de los árboles serán otras, y yo llevaré un año muerta.

Había tomado la dirección de la Casa del Pueblo sin formularse previamente la razón de hacerlo, tal vez adivinar cuanto antes si Valentín estaba ya al corriente

de lo sucedido y, en caso de que nada supiera, hacerse ver, tener bazas para quitar toda credibilidad a cuanto pudiera contar la María Cortizo, una mujer a la que nunca había querido como empleada precisamente por su fama de chismosa. La Casa del Pueblo producía una anómala impresión de abandono, las puertas y ventanas abiertas de par en par, las luces encendidas y la gente sacando ficheros, cajas y cajones como si se tratara de un desalojo de emergencia, algo muy parecido a lo que de hecho estaba sucediendo, con el resultado de que el lugar iba cobrando por momentos la apariencia de una colonia de *okupas*. Se decía que los gubernamentales habían tomado La Pobra y Vallfranca, que todo el llano era suyo, que en cuestión de horas llegarían sus destacamentos a Miralrío. Silvia divisó a Valentín entre otros del Comité ante la puerta de la Sala de Juntas y le saludó con la mano, no muy segura de que el gesto no resultara frívolo, dada la situación. En lugar de responder, Valentín se hizo a un lado, como para entenderse con el móvil. Al momento, oyó sonar su propio móvil en el fondo del bolsillo. Tenía un mensaje de texto: «se llama Ed x tu pá o por el suyo?».

Ahora, ante el volante, la sensación era de que lo sucedido, más que un hecho, era una visión, la Casa del Pueblo abierta a los cuatro vientos, Valentín volviéndose sobre sí mismo, el mensaje aparecido en el móvil, como, antes, la puerta que se abría para dar paso a la María Cortizo. La única prueba o su realidad era que había cambiado de opinión, que ahora Silvia se dirigía a casa para recoger cuatro cosas de aseo y algo de ropa y no volver nunca más. El niño estaba a salvo con los abuelos desde antes del verano y ella pediría a Eduardo que la llevara con él a la ciudad. Eduardo la protegería. Eduardo no sabía lo que era tener miedo. Iba y venía y se paseaba por el pueblo como si no supiera que para los del Comité era la encarnación misma de los Privilegiados contra los que habían desencadenado la Revolución Popular, no tanto por sus tierras y su fortuna cuanto por su actitud, por su trato cordial y abierto, y hasta por su físico, alto, atlético, de rasgos despejados y risueños, un físico que transmitía la impresión de que con él llegaban el buen humor y la bonanza, en esto, como en todo, en el extremo opuesto a Valentín. A esa postura ante la vida se debía sin duda el que, años atrás, cuando Silvia se lo encontró casualmente en la ciudad y Eduardo, tras invitarla a tomar algo, le dijo: Oye, es raro que todavía no nos hayamos acostado, ella se echase a reír y pensara por qué no y se dejara llevar. Aun ahora seguía sin saber mucho más, sin conocerle mejor, y no había que

excluir que fueran las dificultades lo que hacía de su relación algo tan atractivo, citarse en la ciudad, o llegarse hasta El Pomar sin que nadie la viera, manteniéndose en contacto mediante el móvil, como si estuvieran preparando un golpe de mano. Como ahora. Solo que ahora Eduardo no respondía y Silvia dejó una y otra vez el mensaje de que iba para allá, de que le acompañaría a la ciudad al día siguiente, que ya le contaría.

Llenó a medias una maleta con lo recogido en el baño, en los armarios, a voleo, sin asomo de orden ni de método, acuciada por el miedo a toparse con Valentín antes de que pudiese abandonar la casa, sintiéndose como un perro perdido para quien el futuro se cifra en las imprevisibles reacciones de los humanos que puedan cruzarse en su camino. Ya saliendo, recogió también una bolsa de bombones que aquella mañana había comprado en la pastelería. En el coche, al dar el contacto, el retrovisor le permitió reparar en un todoterreno aparcado a unos trescientos metros de distancia, que se ponía en marcha al mismo tiempo que ella. Sin perderlo de vista, Silvia avanzó a escasa velocidad, a fin de que el otro coche rebasara el suyo cuanto antes. Pero el todoterreno se mantuvo a su espalda, con las luces cortas, y solo aceleró cuando ella lo hizo, bruscamente, guardando las distancias durante unos cuantos kilómetros. Para salir de dudas, Silvia se detuvo ante la pequeña explanada de la ermita: su inquietud dio paso a la ofuscación cuando vio al todoterreno detenerse a poco más de cien metros y apagar las luces. Silvia arrancó a la máxima velocidad posible, pero el trazado de la carretera se hacía cada vez más sinuoso y, lejos de ganar distancia, el todoterreno aparecía cada vez más próximo. La conciencia de estar bordeando un barranco fue casi simultánea al deslumbramiento de las luces largas y el estruendo de los motores del coche que se le venía encima, la cara de Valentín, como iluminada por una hoguera, casi a su misma altura, mientras ella tenía el reflejo de irse para la izquierda. El golpe dejó a su coche atravesado en la carretera y al todoterreno casi en la cuneta. Vio a Valentín aproximarse a la luz de los faros, intentar abrir la puerta pistola en mano, a la vez que ella salía por el otro lado del coche, corriendo, gritando, deslumbrada, ensordecida. De repente, se sintió muy mal.

Habla el Millán

Discutían acerca de la identidad de los restos humanos aparecidos en una cuneta y, sobre todo, acerca de a quién había que atribuir aquella muerte lejana. Si esos restos eran los de una monja disfrazada de seglar que había sido reconocida por los restantes pasajeros del autobús a comienzos de la guerra, en cuyo caso bien pudiera haber sido fusilada por los de la milicia, o, muy al contrario, los de una miliciana de origen gitano que fue detenida por las tropas del Gobierno, sin que nunca llegara a saberse qué suerte había corrido.

—¿Y por qué tiene que haber sido fusilada? ¿Por qué no puede tratarse de alguien muerto en combate o de accidente?

—¿Y por qué tiene que ser alguien que conozcamos?

Las voces habían ido subiendo de tono y una buena parte de los parroquianos se fue congregando en torno a la mesa, tal vez porque la presencia de un forastero les hacía creer que allí se manejaban datos que los demás desconocían.

—Mira, déjate de historias. ¿A cuántos fusilaron los del Comité? A uno de los suyos, porque se peleaban entre ellos, y a una pobre mujer que era muy de misa. ¿Y los del Gobierno? ¿A nadie! ¿A quién iban a fusilar si los del Comité huyeron como liebres sin presentar batalla? Dime: ¿a quién? También es verdad que si los del Comité no fusilaron a más gente no fue por falta de ganas, sino porque no pudieron.

—Eso es cuestión de criterios.

—¿Criterios? ¿Qué criterios? ¡Realidades!

El que tenía sentado a su izquierda, algo detrás, como alejado del desvencijado velador, se vino sobre su oído.

—Sabe qué pasa —le dijo por lo bajo—. Que el Millán tiene tierras. A él no le iba ni le venía todo aquello.

Al Millán no se le escapó el gesto.

—A ver, tú, ¿qué dices? ¿Qué estás cuchicheando al señor?

—¡Que tienes muchas tierras, coño! ¡Que eres rico!

El Millán se irguió triunfal.

—¿Y quién las trabaja, eh? ¿Y quién las trabaja? ¿A ti no te suena aquello de que la tierra es para el que la trabaja?

Cambio horario

Por mucho que pretendiera darse aires de normalidad, Iris hablaba con voz alterada. Ramón se lo notó nada más descolgar el teléfono: era como si no prestase atención a lo que estaba diciendo, a las palabras de saludo, como si más allá de los preámbulos —que por otra parte abrevió al máximo— tuviera la mente puesta en lo que pensaba decir a continuación, algún tipo de enunciado escueto pero inapelable. Os llamaba para quedar, había dicho; quisiera que entre los tres aclarásemos unas cuantas cosas. Ramón asoció de inmediato el tono de sus palabras al encuentro casual que habían tenido días atrás, mientras Elsa y él tomaban una copa con unos amigos a la salida del teatro. Iris se sentó con ellos un rato y ya entonces su comportamiento fue un tanto desconcertante. Los miraba algo aparte, sin abrir apenas la boca, y se fue por su cuenta tras quedar en verse un día de esos. Luego, al pedir la nota, el camarero les dijo que todo estaba pagado por la señorita que había salido un rato antes. Aunque extrañados, ni Elsa ni él dieron entonces mayor importancia al hecho. Ramón conocía bien a Iris, estaba acostumbrado a sus cambios, no ya de actitud sino de fisonomía, como si de pronto se convirtiera en otra persona cuando, por ejemplo, se disponía a hablar en público con motivo de alguna exposición o acto similar.

—Nos vemos cuando quieras —le había dicho—. Elsa vuelve de Tokio dentro de un par de días.

—Te advierto que estas cosas también pueden aclararse por teléfono —dijo Iris, la voz acelerada a la vez que retenida—. Si me planto en vuestra casa, igual interrumpo algo.

—Pues cuando quieras —dijo Ramón—. Si te he dicho lo de Elsa es porque antes has hablado en plural, como si quisieras vernos a los dos.

—Además, ya todos somos adultos y podemos hablar con claridad y llamar a las cosas por su nombre —decía Iris—. Si acaso Elsa se puede poner al teléfono

del salón y montamos un trío.

—Elsa está en Tokio —dijo Ramón, sin demasiada confianza en que sus palabras fueran asimiladas por Iris.

—Bien, pues ya que todos somos adultos, confírmame o niégame una cosa — Iris hizo una breve pausa, más de carácter respiratorio que retórico—, que Carmen y vosotros habéis formado un trío. Un trío, un *ménage à trois* o como quieras llamarlo.

En un instante, Ramón condensó un montón de pensamientos centrados fundamentalmente en dos hechos: que Elsa y él habían conocido a Carmen a través de Iris y que la otra noche, cuando Iris se comportó de forma tan extraña, Carmen estaba entre los amigos con los que habían ido al teatro. Posiblemente, este instante de concentración adquirió para Iris el peso de un silencio insondable.

—A veces —dijo Ramón con calma—, las cosas son lo que parecen ser.

Iris colgó el teléfono. O, al menos, se cortó la comunicación. Mientras, Ramón iba recordando que cuando el pasado verano conocieron a Carmen, Iris también les había llamado después de la cena para saber si todo iba bien, como para no renunciar a estar presente en un encuentro que ella había propiciado. ¡Y nada menos que en la isla de Lesbos! Vista con perspectiva, la situación creada le pareció extraordinariamente divertida y se echó a reír a carcajadas. Aguardó unos momentos, pero al ver que el teléfono seguía sin sonar optó por ser él quien tomara la iniciativa. Iris descolgó de inmediato.

—Iris, lo que no quiero... —empezó a decir Ramón.

—Me siento vejada, engañada, estúpida —dijo Iris—. No os lo perdonaré nunca ni a ti ni a Carmen. Y Carmen me va a oír. Para ella, es que no hay palabras. ¡Menuda sexóloga está hecha!

—Pero, Iris, escúchame...

—Escúchame tú a mí. Porque lo que me gustaría saber es el motivo de que Carmen sí y yo no. ¿No te has dado cuenta de que desde el principio y a lo largo de estos años yo habría hecho todo lo que pudieras haberme pedido? Y si digo todo, quiero decir todo. ¿No te has dado cuenta? Y ahora aparece Carmen y se lleva el gato al agua. Pues no sabes lo que te has perdido. Porque Carmen será toda una sexóloga, pero ni te imaginas de lo que soy capaz. Ni tú, que tienes una sexualidad complicada, puedes hacerte una idea. Tú no sabes de lo que soy

capaz. Carmen lo niega todo (porque has de saber que la he llamado pero rezuma culpabilidad). Te aseguro que me va a oír. Y luego, bueno, que no quiero volver a veros ni a ella ni a ti. Borrados. Olvidados, se acabó. No hay perdón.

Colgó de nuevo con violencia. Ramón tardó en reaccionar. Pero al verse reflejado en el espejo mientras también colgaba, volvió la risa, incontenible, euforizante. Ahora recordaba que en una ocasión, tiempo atrás, había comentado a Iris que el sexo de pareja ya no le interesaba, que solo cuando se contaba con un mínimo de tres participantes empezaba a tener gracia.

Paseó de un lado para otro. La situación creada era realmente de lo más cómica. Con lo que le gustaba a Iris andar definiéndose continuamente. Pues lo que es yo... Pues lo que es a mí... La imaginaba como a ese obseso sexual que en sus apreciaciones y fantasías funde y confunde los hechos con las palabras que los designan, debatiéndose, sintiéndose como devorada por las pegajosas palabras que dominaban la realidad circundante. Telefoneó a Elsa, pero no estaba en el hotel; le dejó el mensaje. Llamaría a Carmen.

Maribel en su esplendor

Teresa le atendía siempre personalmente. O mejor, le había adjudicado una de las mesas que ella atendía personalmente, junto a una ventana, con vistas al rincón de los cedros. Solo cuando se hallaba ausente, lo que ocurría rara vez —al ir de compras a la ciudad o bien a otro pueblo—, le atendía alguna de las camareras. En cualquier otra circunstancia las mantenía a raya, las ahuyentaba, sin permitir siquiera que la suplieran para mejorar el servicio, llevarle el café camino de servir a otra mesa, por ejemplo. Se había dado cuenta de que él se interesaba por el pueblo, de que hacía preguntas. Y a ella le gustaba explayarse en la respuesta, eso era todo. Se plantaba junto a la mesa, como abrazando la bandeja, con sonrisa de perro pastor que aguarda, atento, las instrucciones de su amo. Fuera cual fuese la pregunta, se las arreglaba para remitir la respuesta a los buenos tiempos, que para ella eran los de justo antes de la guerra, cuando llevaba camino de ser mujer.

Las chicas del pueblo no éramos como las de ahora, dijo, que se hacen tatuajes y *piercings*, fuman porros y porras exactamente igual que las de ciudad. Nosotras, a su edad, estábamos en la edad del pavo y éramos muy pavas. A los chicos no sabíamos ni qué decirles. Nuestro modelo eran las chicas de la colonia que venían a pasar el verano, sus vestidos, sus peinados, sus maneras. Nos cruzábamos con ellas y hacíamos como que no las mirábamos, pero éramos todo ojos; quienes ni nos veían eran ellas, rubias, esbeltas, como con un halo.

Alzaba el rostro igual que si aún las estuviera viendo, o tal vez dibujándolas mentalmente en el aire de aquel tranquilo comedor que siempre olía a humedad. Y al contemplar a Teresa con la mirada perdida, también uno terminaba por verlas, no como las que ella había descrito, sino como las que uno podía imaginar a partir de sus propios recuerdos, una Maribel que no sería como la Maribel de la que ella hablaba, sino la síntesis de muchas otras, a lo sumo

parecidas a Maribel, una de esas chicas que se ha ganado a pulso el ascendiente y la autoridad que tiene sobre sus amigas gracias a la osadía, el arrojo y el atrevimiento de que hace gala, de forma que hasta los adultos terminan por prestarle especial atención, sorprendidos de tanto desparpajo, de una actitud inquisitiva, conminativa, tan graciosa, sin reparar en que, nada más darse la vuelta, ella les dirige muecas y visajes, celebrados con apuro, entre sofocadas risas, por sus admiradoras; con decir que su prestigio alcanza incluso a Cris, un crío de la piel del diablo que fuma de manera compulsiva, como interiormente acuciado por un complejo pasado delictivo, pero que a ella la respeta. Un ascendiente que, en principio, sabrá mantener toda su vida, pero que siempre habrá tenido su breve momento de esplendor, aquella tarde soleada en la que se sentía de tan buen humor y con tanto empuje que arrastraba de un lado a otro, como si de un séquito se tratara, a todas sus amigas, espectadoras, entre vergonzosas y triunfantes, de sus osadías, de sus arrebatos, de su manera de acoquinar a los chicos, y ellas no podían contener la risa sin recordar ya de qué se reían, contenta Maribel hasta de llamarse Maribel aquella tarde que iba a ser la más feliz de su vida, aunque ella no pudiera saberlo por aquel entonces.

El Indiano

La oruga

Si en la etapa de mi vida inmediatamente anterior a la presente predominaron la actividad y el movimiento, desde que me instalé en Miralrío es el reposo lo que predomina. Llegué aquí gracias a una referencia casual del pasajero que ocupaba el asiento contiguo en el vuelo que me trajo desde Australia, y lo cierto es que el lugar no ha defraudado las esperanzas que en él cifré desde el principio. Construí la casa en el lugar adecuado y la rodeé por entero de un amplio porche similar a los que tanto abundan en Australia; la única diferencia respecto al que tuve allí es que, por desgracia, la baranda de este no ha podido ser de hierro colado. Desde la casa, gracias a su emplazamiento, se domina todo el pueblo y, con ayuda de unos prismáticos, hasta se podría fisgonear en la intimidad de sus habitantes, caso de que hubiera tenido algún interés en hacerlo. En aquella época no tenía aún problemas con la vista, ni tampoco de locomoción, pero sin duda, aunque fuera de forma inconsciente, sabía ya que los iba a tener, por lo que el diseño de este porche que envuelve la casa y en el que permanezco la práctica totalidad del día adquiere el carácter de un verdadero acto de anticipación.

El papel de Adelaida en el tránsito de una etapa a otra de mi vida fue trascendental. Sin su ayuda, está claro que hubiera sido muy distinto —lleno de dificultades— el paso de mi fase anterior, que, para entendernos, denominaremos «fase mariposa», fase de un constante libar y volar a impulsos del cielo, a la fase presente, que, siendo consecuentes, lo apropiado sería denominar «fase oruga», una fase en la que la lentitud y la ceguera son condiciones valiosas, probablemente imprescindibles, para una correcta preparación de la fase siguiente, la «fase crisálida», con la que culmina el ciclo. Milton, y antes Homero, iluminados por su ceguera, nos ofrecen el mejor ejemplo de visión global o superior propia de este periodo, una peculiar forma de

visión que permite evocar o hacer palpable lo que, cuando se gozaba de la vista, no era visible por no hallarse situado al alcance de los ojos. Caso distinto es el de los grandes sordos, Goya, Beethoven, que lo fueron a modo de reacción contra un mundo dominado por la estupidez, que no era de su agrado.

Ahora bien: si desde esta privilegiada atalaya he podido seguir paso a paso cuanto ha sucedido en Miralrío a partir de mi llegada, no es porque yo sienta un especial interés por las miserias humanas, sino porque ese contacto con cuanto emana del pueblo, mezcla de contigüidad y oposición, proporciona una singular energía a mis progresos en el saber. Ni siquiera el estado de guerra o intentona revolucionaria que atravesaron durante un tiempo me incitó a una mayor aproximación o implicación personal, pese a que por aquel entonces mi vista era todavía bastante aceptable y que para caminar no precisaba de más ayuda que la de un bastón. Pocas cosas podrían interesarme menos que la historia. Las colectividades, los pueblos, las naciones se entregan a fantasías acerca de sus orígenes y sus peculiaridades que poco tienen que envidiar a las que alcanza a elaborar la mente enferma de un mitómano. Y a semejanza de lo que sucede con ese mitómano, cualquiera de las explicaciones, por lo general de carácter complaciente, que suele aplicarse a sí misma una colectividad representa la solución de un problema personal para todos y cada uno de sus miembros.

Cambio horario

Lo que en realidad atormentaba a Iris, pensó Ramón, no era tanto que Elsa y él nunca la hubieran invitado a participar en las prácticas sexuales que les atribuía, cuanto que la elegida fuera Carmen. Desde que Iris y él se conocían, que era como decir desde su primera exposición, nunca había tenido la impresión de que existiera entre ambos el menor equívoco: ni él se sentía atraído por ella ni tenía motivos para sospechar que ella pudiera sentirse atraída por él. Iris era una galerista eficaz y una no menos eficaz anfitriona, como bien ponía de manifiesto en el curso de las cenas multitudinarias que le encantaba organizar, toda la noche supervisando algo, el aperitivo, la cena, las copas, yendo de un lado para otro haciendo sonar los afilados tacones, estampa misma en su atuendo preferido — blusa blanca, falda negra, medias negras, tacones— de ama implacable en una relación sadomasoquista. La imaginaba ahora, por analogía respecto a otras ocasiones en las que había sido testigo de sus accesos de cólera, aristada y tensa, los rasgos emborronados por la ira. ¿Qué razón tenía para pensar que Ramón, y menos aún Elsa, pudieran sentirse atraídos por ella?

Carmen, por su manera de ser, era casi el reverso de Iris, lo que tal vez facilitaba el que fueran amigas: tímida, afable, retraída. Y si Iris seguía siendo rubia muy clara, el cabello de Carmen era salvajemente negro. Fue Iris la que les puso en contacto al saber que la casualidad les había llevado el pasado verano a coincidir en Lesbos, ellos en Mitelene y Carmen en Erasos, al otro extremo de la isla. Iris les había dicho que Carmen era una fan de la pintura de Ramón Rada, que tenían que conocerse. La noche en que Carmen, aceptando su invitación, acudió a cenar con ellos a Mitelene, Iris telefoneó a una hora relativamente intempestiva, cuando ya se iban a dormir, para saber si todo había ido bien. Y así había sido efectivamente, aunque, a la luz de los acontecimientos presentes, no en el sentido que más podía temer Iris. Una velada agradable, en la que

intercambiaron datos relativos a la isla y hablaron sobre todo de pintura, de la pintura de Ramón. A Carmen le interesaba especialmente la época de «Laberintos y caracolas», por llamar de algún modo al periodo centrado en la exposición que había llevado tal nombre. Superficies surcadas por enormes trazos nacarinos, secciones de caracolas de mar incrustadas en la tela, esbozos de laberintos de concha considerados, ora transversalmente, ora en visión cenital, cuernecillos rezumantes como un clítoris en contacto con otro clítoris, masas recogidas sobre sí mismas o montadas sobre otra masa, enormes huellas como fotocopias de vulvas o de penes en erección, difícil saberlo, un ámbito de formas viscosas e indiferenciadas, esencialmente hermafrodita. Carmen les explicó que era sexóloga y que solía utilizar con sus pacientes, a manera de test, reproducciones de algunos de aquellos cuadros.

Era llamada hasta por teléfono, de forma que al hablar con ella a veces se tenía la sensación de que al otro lado de la línea no había nadie. Dejó hablar a Ramón sin mostrar sorpresa alguna. Solo cuando Ramón terminó de relatarle la llamada de Iris, tras un breve silencio, dijo que a ella Iris le había telefoneado varias veces, que la había amenazado con un Tribunal de Honor.

—¿Un Tribunal de Honor?

—Es que Iris es paciente mía y se siente traicionada. Pero no creo que le hagan demasiado caso.

—No tenía ni idea. Nunca me dijo de qué os conocíais. Pero en realidad no me extraña.

—Es que no debiera extrañarte. Mucha gente lo necesita. En especial, la gente sensible. Iris lo es, y también muy perspicaz.

—Eso ya lo sé. Nos conocemos desde hace muchos años. Lo que pasa es que a veces ella sola se lo dice todo.

—Porque es perspicaz. Adivinó, hace ya tiempo, supongo, que estoy enamorada de ti.

Ramón comprendió que debía decir algo de inmediato, que no podía permitirse la menor sensación de desconcierto.

—Elsa y yo también te apreciamos mucho, si es a eso a lo que te refieres.

—No, lo que yo quiero decir es que me he enamorado de ti. Probablemente no me atrevería a decírtelo cara a cara. Si te lo digo es porque por teléfono me resulta más fácil. Y en eso no entra Elsa. Elsa me cae muy bien, pero solo eso. Y

yo no soy como Iris, que al parecer lo ha probado todo. A mí las mujeres no me van. Iris no lo sabe, no tiene por qué saberlo, y por eso ha imaginado que nos acostamos los tres. Pero lo que yo quisiera es acostarme contigo a solas, en secreto. Elsa no tendría por qué enterarse. Sería nuestro secreto. Y Elsa no sufriría; estas cosas siempre afectan, aunque a veces no se reconozca. Tendríamos que vernos a escondidas. Así no se complica la vida de los demás, así no sufre nadie. Y para mí es mucho más excitante.

Mientras la escuchaba, Ramón se fue armando de argumentos a fin de no dar la sensación de hallarse fuera de juego.

—Lo único malo es que yo no soy capaz de llevar una doble vida, de fingir, de andar mintiendo a Elsa. Lo que con ella es fácil, a sus espaldas resulta imposible. Y a ella le sucede lo mismo. Lo compartimos todo. También eso lo habrá intuido Iris, o le habrán contado alguna historia y por eso da por descontado que los tres nos acostamos juntos. Ni para Elsa ni para mí sería precisamente un problema. Ya te he dicho que a Elsa le encantas tanto como a mí.

—Pues dejemos las cosas como están. Ahora ya lo sabes: no tienes más que llamarme. Y, o te conozco mal, o terminarás haciéndolo. Y te aseguro que no te arrepentirás.

Ramón hubiera sido incapaz de repetir las palabras de despedida que cruzaron a partir de entonces, como si un eufórico vacío mental negase la entrada a toda clase de percepciones. Tras colgar, llamó de inmediato a Tokio. Elsa seguía ausente. Le dejó un nuevo mensaje.

III

«Avanti popolo! Siamo reuniti, pantiera rosa, pantiera rosa...!», canturreaba Eduardo. La sonrisa que le dirigió la Varón cuando se cruzaron, él entrando y ella saliendo, le había puesto de buen humor. Ahora le sabía mal habérsela dejado escapar. Las bolleras le excitaban desde que era chico, desde que supo de su existencia. Y ella quería que la llamaran Lola Barón, no señora de Rada, y tenía una amiga inseparable, una de esas mujeres que, como llevadas de la risa, se doblan hacia delante y por el boquear del escote dejan ver un montón de tetas. Seguro que se entendían, y que el marido, en la luna. Por eso él la llamaba la Varón. Ahora que todo se estaba normalizando iba a ser más fácil dar con la forma de abordarla. Tenía gracia que, conociéndose de Miralrío, de cuando ella iba a veranear, hubieran tenido el encontronazo el día en que Eduardo bajaba a la ciudad para los pagos y gestiones de fin de mes.

No cesó de canturrear por lo bajo mientras rellenaba impresos, y siguió haciéndolo al salir, según se encaminaba a un café con la idea de tomarse un cortado en la barra. Con tal de canturrear, se le pegaban hasta las canciones del otro bando, las cosas que cantaban los de la milicia. Pero ¡qué demonios!, eran tonadillas pegadizas y alegraban el paso. A los de la milicia, si lo supieran, les sentaría fatal, con lo que les gustaba meter el miedo en el cuerpo. Aunque ya se habrían dado cuenta de que a él no le impresionaban ni sus gorritos ni sus pistolas. Sensación de peligro, ninguna. Para él eran como niños jugando a guerras.

El peligro, si acaso, estaba allí, en la ciudad, en los atentados, no en Miralrío. Precisamente su madre acababa de llamarle al móvil porque la radio había dado la noticia de la explosión de un coche bomba en pleno centro de la ciudad; para saber si estaba bien, en realidad. Eduardo la tranquilizó haciéndole ver que si aquellos descerebrados seguían cometiendo atentados era porque habían perdido

y lo sabían y se resistían a reconocerlo. Su madre le había dicho que eso era justamente lo que le preocupaba, que fueran unos descerebrados. Tampoco a ella la asustaban los de la milicia.

Más que social, político o ideológico, el problema con los de la milicia era de carácter personal. Si les comía la envidia era porque sabían que, por mucha práctica de tiro que hicieran, él siempre iba a ganarles en puntería; cosas así. ¡Y no te cuento si supieran que se acostaba con la mujer de uno de sus jefes! A su madre, cuando se lo contó, se le partía el culo de risa. ¡O sea que el maestro ciruela lleva cuernos!, decía. ¡Con lo respingón que va por la vida! A su padre, en cambio, no se lo dijo: nunca hablaban de estas cosas; no hubiera sabido en qué tono hacerlo, se habrían sentido incómodos tanto el uno como el otro. La complicidad, desde siempre, la había encontrado con su madre y, si no de todo, Eduardo la tenía al tanto de casi todo. Sabía lo de Silvia y lo de la Campanella. La Campanella no planteaba problemas, pero Silvia, ahora que la guerra podría darse por acabada, igual terminaba tomándose las cosas demasiado en serio. De entrada, plantaría al marido, que iba a tener que emigrar. Cuando lo ideal era seguir viéndose a escondidas, como habían hecho durante todo este tiempo.

Además, él iba a estar muy ocupado. En cuanto acabara la guerra y las cosas volvieran a la normalidad, tendría que emplearse a fondo en la tarea de convertir Miralrío en un lugar de moda. Ideas claras y recursos necesarios para ponerlas en práctica, esa era la cosa. Una estación balnearia con todos los servicios: hoteles, restaurantes, villas de lujo, campo de golf, caballos: un proyecto que haría rico a un pueblo cuyo mejor patrimonio era el paisaje. A todo el pueblo, no a él solo, que ya era rico. Esto es lo que nunca entendería toda esa gentuza de la Revolución Popular: que él, Eduardo Bondat, hiciera cosas en beneficio del pueblo. Y que lo hiciera, no ya por ayudar a los demás, sino, pura y simplemente, porque le gustaban las cosas bonitas.

Fue su vista de cazador, que le permitía captar el movimiento de una liebre en una loma casi antes de que lo iniciara o el alzarse de unas perdices no bien resonaban sus alas, lo que le permitió percibir a la salida del café, con el sol a favor, la presencia de la Varón al otro lado de la calle, quieta, como para concentrarse mejor en la conversación que sostenía por el móvil. Llegar a la ciudad y cruzarse dos veces en menos de una hora con aquella mujer era una casualidad que no pensaba dejar escapar así como así. Eduardo aprovechó los

últimos parpadeos de luz verde para alcanzar la otra acera y, una vez allí, redujo el paso demorándose al máximo, haciendo como que miraba los escaparates a fin de no llegar hasta ella antes de que diera por acabada la conversación. Mientras, establecía apresuradamente la estrategia a seguir. La iba a saludar de forma tan calurosa, tan seductora que la Varón no iba a poder negarse a que tomaran algo juntos. Y, una vez enfrente, sería muy directo, a fin de que la Varón se viera abocada a terminar juntos en la cama. Y si ella se traía a su Emilia, mejor que mejor. Tenía la seguridad absoluta de gustar a la Varón y de que ella sabía que él sabía que se gustaban mutuamente. Era una de esas cosas que pillaba al vuelo, que leía en los intercambios de miradas. Lo adivinaba igual que, con solo ver los labios de una tía y el contorno del culo al caminar, imaginaba con toda exactitud cómo era el ojete que aparecería al abrir las nalgas, un bien dibujado ojal que no parecía sino estar a la espera de dar con el botón adecuado.

C'al Mirlo

El cambio de nombre lo dice todo, dijo. De hostel del Mirlo Blanco a C'al Mirlo. Lo que fue un hotel con encanto y hubiera podido convertirse en balneario de lujo ha terminado siendo una fonda de pueblo. Y digo que lo dice todo porque lo dice tanto del hotel como del pueblo. Antes, Miralrío vivía de la agricultura y de su colonia veraniega, mitad y mitad. Pero, con la guerra, la gente cogió miedo o no sé qué pasó, y el caso es que los veraneantes no han vuelto. Esto en lo que se refiere al turismo. Y será casualidad o lo que sea, pero con la agricultura ha pasado tres cuartos de lo mismo, los campos cada vez más abandonados —si aún se cultivan es gracias a las subvenciones—, y los huertos, en manos de los jubilados, que los cuidan más por entretenerse que por otra cosa. Los jóvenes prefieren trabajar abajo, en la fábrica, y como al terminar les da pereza conducir montaña arriba, cuando se casan, pues se quedan a vivir por allá.

En verano, la gente que viene a pasar unos días es la misma que la de los fines de semana, usted ya los ha visto. Tenderos, comerciantes, funcionarios de tipo medio y hasta un fabricante de toldos; buena gente, pero que no tiene nada que ver con la de los veranos de antes. Matrimonios que se traen a los niños mientras son pequeños y, como el sitio les gusta y no es dinero lo que les falta, alguno ha llegado a construirse un chalet. Lo que pasa es que, cuando los niños crecen, ya no quieren venir por aquí, y ellos acaban poniendo el chalet en venta. También en esto se diferencian de los propietarios de las villas de antes, que casi ni vienen, pero tampoco venden.

Muchos de los clientes de ahora descienden de alguien del pueblo, gente que se fue a la ciudad o a la costa y le fueron bien las cosas y ahora le gusta acercarse por Miralrío siempre que puede. Son ellos los que volvieron a llamarlo C'al Mirlo, que era el nombre o sobrenombre de la casa antes de que fuera hotel. Por eso hablan tan alto a la hora de la comida, los domingos, porque se sienten como

en familia. Usted ya los ha visto desde su mesa, junto a la ventana, intentando ensimismarse en la contemplación de los cedros.

En el resto de la sala, los comensales parecían expandirse en torno a las mesas según se desarrollaba el almuerzo. Los hombres, echados para atrás en la silla, mirándose de hito en hito, predispuestos a la risa; las mujeres, más bien inclinadas hacia delante, como haciéndose confidencias u organizando algo. Y de pronto, una tras otra, las mesas estallaban en carcajadas.

Los antiguos veraneantes se dejaban ver hacia el otoño, le habían dicho; en la época de las setas. Jóvenes, pocos; gente más bien como usted o como yo, le habían dicho, que, cuando la guerra, debían de ser unos críos. Ellos, con prendas de colores otoñales, que entonaban con sus rasgos también otoñales y las pecas de las manos y el rostro. Ellas, más bien rubias y risueñas, con algún kilo de más que daba un aspecto repleto al atuendo, las chaquetas de *tweed* o cheviot, la falda también prieta, las botas, todo en ellas —la mata de pelo, los labios, las pestañas— contagiando satisfacción, acogedora su presencia como la de una comfortable butaca instalada junto a la chimenea. Pero bajo tal apariencia de desenfado, era más que probable que aquel encuentro anual o, cuando menos, de frecuencia espaciada, tuviese para ellas algo en común, por ejemplo, con las bodas de plata de la promoción o celebración similar, experiencia en cierto modo sobrecogedora para toda mujer sensible que de pronto se encuentra con que las compañeras entonces más atractivas están ahora de pena, mientras que las feítas están de foto gracias a la cirugía plástica, y con que su vecina de pupitre se ha hecho budista o es obispo de alguna secta evangélica, los sustos propios de cuando el físico empieza a reflejar los años transcurridos.

Luego, como con el cambio horario oscurecía más temprano, había que cerrar la casa, ya más que ventilada a lo largo del día, y todos se metían en los coches como con frío y emprendían el regreso a la ciudad aflojándose el cinturón al sentarse, el ajo todavía repitiendo mientras los faros parecían espantar espectros carretera adelante. Con lo bien que se estaba en casa.

Cambio horario

Sería el sino de los nacidos el 31 de agosto, día de San Ramón Nonato, pensó Ramón, pero lo cierto era que, si cuando estaba pintando era incapaz de percibir el paso del tiempo, los cambios estacionales en la duración del día, los cambios de hora y las diferencias horarias según el lugar donde uno se encontrase le habían sumido siempre en el más completo desconcierto. ¿Por qué tenía que parecer que todo se confabulaba para imponerle lo que podía o debía hacer en cada momento? El mundo entero se hallaba organizado en torno a las agujas de un reloj que en cada lugar marcaba una hora distinta. ¡Qué cosa tan estúpida! Ya antes de que Elsa descolgara, Ramón se presumía que aquella vez pudiese pillarla durmiendo, pero le pareció más práctico pasarlo por alto. Además, era la tercera o cuarta vez que llamaba y no podía dejarle recados porque no hablaba idiomas.

Elsa no pareció sorprenderse cuando Ramón le resumió las conversaciones telefónicas que había tenido con Iris y con Carmen, incluyendo alguna que otra frase más o menos textual, como el «ya todos somos adultos» de Iris o el «yo no digo que te aprecie, lo que digo es que me he enamorado de ti» que le soltó Carmen. Dijo que lo de Carmen ya lo había intuido cuando se conocieron en Mitelene.

—¿No te diste cuenta de cómo te miraba, de lo pendiente que estaba de ti?

—Acabábamos de conocerla —dijo Ramón—. Yo pensé que miraba así a todo el mundo.

—¿Ni de que al final de la cena, ya un poco bebida, te dijo: «Sabes que eres muy guapo?». Fue más o menos en ese momento cuando Iris llamó por teléfono. Estaría en ascuas intuyendo la reacción de Carmen y temiendo que aquello terminara en una bacanal. Seguramente se daba de bofetadas por haber tenido la ocurrencia de habernos puesto en contacto con ella.

—¡Esta es otra! Lo último que me podría imaginar de Iris después de tantos años. Sus celos de Carmen, sus deseos reprimidos.

—Pero si siempre te está haciendo alusiones sexuales.

—Iris se las hace a todo el mundo. Es su manera de ser.

—Sí, y a la vuelta de Grecia, aquella vez que nos vimos los cuatro, tú venga hablar del erotismo promiscuo de los templos hinduistas, de la amalgama de pollas y culos y tetas que se despliega ante los ojos.

—Es la realidad: los templos hinduistas son así. Hay que estar loco para ver alusiones personales en un comentario de ese tipo.

—La gente interpreta, escucha lo que quiere escuchar. Además, así como Iris no puede atraerte, Carmen sí, aunque ni tú mismo te des cuenta. O, al menos, resultarte agradable su presencia. Por eso nos hemos seguido viendo regularmente.

A Ramón, las palabras de Elsa le resultaban placenteras y se quedó como paladeándolas mientras ella le reprochaba no haberle ni preguntado por el resultado de sus gestiones en Tokio.

—Es que, conociéndote, doy por supuesto que todo ha ido bien —dijo.

Tras colgar, Ramón paseó de un extremo a otro de la estancia mientras asimilaba todo lo dicho por Elsa, juicios que, como siempre, arrojaban nueva luz sobre los hechos. Por eso, precisamente, se lo había contado todo y con todo detalle. Solo se le había olvidado, entre una cosa y otra, lo del cuento que traía el suplemento literario de aquella semana, «¿Se ha perdido?», el último cuento de Elsa.

Comparó mentalmente los cuerpos de Iris y de Carmen. Lo que más llamaba la atención era el contraste de sus respectivos culos, como brotado de los muslos el de Carmen, escurrido y aplastado por la falda de cuero el de Iris. En cuanto a los sentimientos amorosos expuestos por Carmen, pensó que la sospechosa expresión de maullido, próxima al llanto, que le pilló una vez, tras dar por descontado que ella pasaba del sexo precisamente por ser sexóloga, que aquella expresión, como de pedir auxilio, debió haberle alertado.

El Indiano

La incandescente curvatura polar

La creencia generalizada entre la gente del pueblo de que Australia se encuentra por América es la razón de que empezase a ser conocido como el Indiano. También por la presencia física de Adelaida, que aquí resulta exótica. Su nombre original, como aborigen, era otro, pero al casarnos acordamos cambiarlo por el de Adelaida, el nombre de la ciudad en que nos habíamos conocido. En mis ratos libres yo solía ir a pescar a un espigón próximo al puerto, frecuentado también por otros aficionados, italianos y griegos en su mayoría, y ella acudía a diario a contemplar cómo pescábamos. Un día le pregunté si no le gustaría pescar también a ella y ella me dijo que no, que prefería mirar. Le pregunté si hacía alguna otra cosa y ella me contestó que no. Luego me fui a una población próxima a Perth, en la costa occidental, Fremantle, donde trabajé duro hasta encontrar mi pepita de oro, por así decir. Consciente de que estaba entrando en una nueva fase de la vida, decidí volver a mi país. En Adelaida me encontré de nuevo con ella, que seguía acudiendo a mirar a los pescadores, y nos casamos.

El vuelo de regreso fue para mí una experiencia importante. Mientras el avión avanzaba sobre la vastedad del Polo Norte, al ver el sol permanentemente asentado en el horizonte comprendí que, del mismo modo que el tiempo se hallaba allí suspendido en su transcurso, cabía en lo posible mantenerlo en suspenso también sobre nosotros en la medida en que ese transcurso tampoco es el mismo para un paisaje que para una persona apegada al instante, sea un camarero, sea un agente de cambio y bolsa. Se trataría, en consecuencia, de conseguir la fusión o identificación con ese paisaje. Y no me estoy refiriendo a integrarse o diluirse en él, como suele apuntarse cuando se habla de «echar raíces», sino, muy al contrario, de que él se integre en nosotros de acuerdo con un proceso asimilativo semejante al de la tierra que absorbe el agua según se va

sumiendo en ella.

Para mi esposa era su primer viaje, y aún me admira lo consciente que fue en todo momento de las peculiaridades que distinguían el punto de llegada del de partida, no menos que las propias de la trayectoria recorrida. Todo un contraste respecto a la mayoría de los pasajeros, que, aparte de no saber a ciencia cierta dónde se encuentran o por dónde pasan, tampoco aprecian diferencia alguna entre un lugar y otro ni en el fondo desean que se aprecie. Algo en lo que hasta los animales que llevan de mascota, por malcriados que estén, podrían darles una lección, ya que ellos sí perciben de inmediato las diferencias.

Cambio horario

Era como si la conversación con Elsa le hubiera hecho percibir algo que antes no acertaba a ver pese a tenerlo a dos palmos de sus narices; una experiencia similar a la de identificar una constelación estrellada con la ayuda entusiasta de un experto en la materia. La sensación de haber hecho, no un descubrimiento, sino varios, de forma simultánea. Y de haber accedido incluso a nuevos estímulos, a nuevos campos de actuación.

La estancia en Lesbos del pasado verano había resultado verdaderamente fructífera, tanto mientras duró cuanto considerada desde el presente, sobre todo ahora que veía con otros ojos la situación creada respecto a Iris y a Carmen. Cuando Iris le habló de una amiga que precisamente se encontraba también en la isla, de vacaciones, Ramón supuso que debía de tratarse de una lesbiana. Tras conocerla, comentó a Elsa que Carmen no tenía aspecto de lesbiana.

—¿Por qué habría de serlo? —le preguntó Elsa.

—¿Qué hace, entonces, en Erasos? —dijo Ramón.

—Y ¿qué hacemos nosotros en Lesbos? —contestó Elsa.

Fue allí precisamente donde Elsa escribió el relato que acababan de publicarle, aunque entonces no se titulaba «¿Se ha perdido?», sino «¡Cuidado con la escalera!». Se levantaba temprano y escribía hasta el desayuno. Luego cogía el coche y se iba a la playa. Ramón prefería quedarse por el pueblo, comprar el periódico y pasear un rato siguiendo la costa. Vista retrospectivamente, una estancia de lo más placentera.

Una mañana, al contemplar a Elsa absorta ante el ordenador a la sombra del porche, Ramón recordó la sugerencia que le había hecho unos meses antes su galerista neoyorquina. O mejor; la revivió sopesando su alcance, sin rechazarla de antemano como en otras ocasiones. ¿Por qué no escribes un libro sobre tu vida y tu obra?, le dijo Mary Ann volviéndose hacia él con los ojos súbitamente

inspirados. Es como si estuviera viendo el libro, *Ramón Rada: Autobiografía*, todo en mayúsculas, dijo. Algo así como un cuadro en palabras; a ti no te sería difícil, siguió diciendo. Tengo perfectamente grabado en la memoria todo lo que una vez me contaste acerca de tu idea de la «pintura invisible».

Si ni entonces ni posteriormente Ramón se había detenido a considerar la idea, era solo porque jamás se le había ocurrido escribir un libro, porque desde niño tenía muy claro que lo suyo era la pintura, que estaba llamado a ser un gran pintor. Pero si la iniciativa de Mary Ann fue madurando en su interior de forma recurrente a la vez que involuntaria, se debía, sin duda, a que, en realidad, le había propuesto, no una actividad alternativa a su pintura, sino, muy al contrario, complementaria. Escribir algo así como unas *Confesiones* le permitiría, no ya establecer una relación entre su vida y sus cuadros, sino también enriquecer lo expresado en estos mediante evocaciones y revelaciones que permitieran considerarlos bajo una perspectiva inédita. En cierta manera, rehacerlos. Una posibilidad sin duda seductora.

Mary Ann había relacionado estrechamente su idea con la idea de Ramón de una pintura invisible, y esta conexión había sido esencial para que todo lo hablado siguiera abriéndose paso por los recovecos de la conciencia en lugar de caer en el olvido. Ramón recordaba haberse referido en alguna ocasión a tal concepto sin poder precisar con exactitud lo que había dicho, ya que no era más que una de tantas ideas de las que surgen en el curso de una rueda de prensa o de una grabación televisiva relacionada con sus cuadros. Haciendo memoria, terminó sin embargo por recuperar el significado que en aquel entonces le había atribuido, muy afín, en efecto, a la imagen que poco a poco se iba formando acerca de lo que podían ser sus *Confesiones*. Se trataría de que cada lector, al interiorizar lo leído, accediera a una visión personal de sus cuadros, lo que daría lugar a la percepción de unos rasgos y cualidades plásticas inaccesibles para el simple espectador que no hubiera leído el libro. El lector, por el contrario, sería protagonista privilegiado de una experiencia intransferible.

Similarmente, cuanto relatara acerca de su vida debía incidir de lleno en su obra. Empezando por su firma, por el nombre con que firmaba los cuadros, ya que en realidad no se llamaba Ramón, sino Francisco. De niño, en casa, le llamaban Quico, y en el cole, Francisco, aunque los amigos también le llamaban Quico. Le habían puesto Francisco por tío Francisco, su padrino, y Ramón,

porque había nacido el 31 de agosto, día de San Ramón Nonato. Al acabar el cole, cuando se empezó a plantear dedicarse a la pintura, se hacía llamar Francisco Ramón, que finalmente quedó en Ramón, Ramón Rada. Con todo, seguía haciéndole gracia que, cuando se encontraba con algún conocido de la infancia, le llamara Quico.

La pesadilla

La cuestión no es a cuántos fusilaron los unos y a cuántos los otros, dijeron, ni los ajustes de cuentas que hubo entre ellos mismos. Los balances son algo que se hace al final, cuando todo ha acabado, pero lo que cuenta es la impresión que se tiene *durante*, mientras todo eso está ocurriendo. Una impresión que es la de hallarse sumido en una pesadilla de cuyo desarrollo no hay manera de sustraerse.

La alteración de la vida cotidiana, dijeron, la aparición de las armas, de formaciones uniformadas, de gritos y de siglas, de miradas torvas y malos modos, de historias de registros y ejecuciones, de obstáculos para hacer lo que solías hacer cada día a esta misma hora, por anodino que fuera. La dificultad de creer que todo aquello fuese real y fueras tú quien lo estuviera presenciando o, mejor, sufriendo. Y sobre todo —ahora hablaba el del molino—, la dificultad de aceptar que los días pudieran seguir siendo tan bonitos como antes pese a cuanto estaba ocurriendo, que luciera el sol y cantaran los pájaros y las budleyas aparecieran envueltas en mariposas.

Despertar cuando amanece, según se aclara el cielo y cobra relieve el paisaje, y poco a poco se van precisando los colores que dan vida a un panorama abrupto y boscoso hasta entonces cubierto por un manto de opacidad y, mientras se retiran las sombras, un alborozado rebullir de pájaros acoge los brillos del sol en las gotas de rocío, en el vaho que se alza de la frágil escarcha. Uno contempla todo eso —siguió diciendo el del molino—, y de repente recuerda la pesadilla de la que se halla preso, olvidada por completo mientras despertaba. Aunque, en cierto modo, no era tanto que uno recordara su existencia real cuanto que fuera ella, la pesadilla, la que saliera de su escondite para escribirse, para imponerse, para extender su dominio ante los ojos de todos. Igual que si se abriera la tierra y surgiera de ella a modo de representación inmaterial del propio espanto, para acrecentarse más y más y cubrir por entero Miralrío y alcanzar con su presencia

hasta el menor detalle de la vida cotidiana de sus habitantes.

IV

Había ya rehuido la contigüidad de un niño horroroso acompañado de una criadita india de casi la misma estatura que intentaba vanamente hacer valer su autoridad, cuando se situó a su lado un anciano vacilante, miope, enclenque, cargado de espaldas, la boca entreabierta bajo una nariz ganchuda que seguramente le olía, por lo que Iris volvió a moverse, a situarse fuera de la banda listada y del bordillo, atenta no tanto a la figurita roja que se alzaba a modo de estandarte de la multitud formada al otro extremo del paso, en la acera de enfrente, cuanto a la desaparición de la luz verde para los coches que circulaban en uno y otro sentido, la señal que regía su personal arranque, ese primer paso que la iba a situar a la cabeza de cuantos cruzaran en la misma dirección. Hacia mitad de camino se iban a encontrar con los que atravesaban en sentido opuesto, lo que siempre daba lugar a cesiones, vacilaciones, amagos, movimientos fallidos, por lo que haberse situado fuera de la banda representaba una ventaja añadida al tener que sortear únicamente a quienes, al otro lado, se habían situado también al margen de la banda listada. Una vez allí, en la otra esquina, le tocaba volver a esperar ante el semáforo de la calle transversal, a fin de pasar al otro lado en cuanto cambiaran las luces. Aquello no era como Tokio, donde las bandas listadas estaban dispuestas en aspa, diagonalmente, y los transeúntes se ahorraban tanto rodeo.

Nada más arrancar se dio cuenta de que le estaba tomando la delantera la típica mujer en chándal, con su botella de agua mineral y su calzado deportivo, por lo que redobló el paso. Tenía por costumbre llegar la primera como transportada por el implacable sonar de sus tacones. Al escucharlos, le parecía estar viéndolos como en un primer plano de anuncio televisivo, avanzando de perfil, reflejados contra la bruñida superficie. Por su gusto, llevaría siempre aquella especie de coturnos que se compró años atrás en Grecia, una moda demasiado exigente para

lograr verdadero arraigo. Pisar fuerte, como a golpes secos, le levantaba el ánimo, justo el efecto contrario al que algunas veces le producía mirarse en el espejo para desmaquillarse. Nada que ver con eso que decía la gente de darse un susto al verse la cara por la mañana; por la mañana ella no veía ni el espejo. Lo malo era cuando, perfectamente despierta, veía con toda precisión aquellos rasgos como desbaratados o, peor, configurando una expresión de ansiedad y hasta de envidia —sin duda por todo lo que en ellos echaba de menos—, que más tarde o más temprano terminarían siendo lo que se entiende por los de una bruja. Una vez maquillada, especialmente si lo había hecho para salir de noche, con ayuda de un whisky con hielo y de un cigarrillo, no había problema. Tener luego que desmaquillarse antes de meterse en la cama era algo que tampoco le afectaba, algo que hacía medio dormida, con la misma rutina con que se lavaba los dientes. Como buen animal nocturno, de noche aguantaba perfectamente. Los temores más insidiosos la asaltaban en el curso del día, una serie de miedos de los que el desplome del rostro era solo el mascarón de proa. Los dientes, el miedo a perderlos uno tras otro debido a su bruxomanía, al hábito de apretarlos involuntariamente. Y la pérdida de pelo, el pelo de la cabeza, de las axilas y, peor aún, del pubis, que además debía teñírsele para disimular alguna que otra cana. Y los problemas digestivos, los gases, el estreñimiento, el que hasta haber ido al baño no podía dar el día por empezado. En una ocasión, ante el espectáculo de aquella cara como desbaratada, como recién surgida de entre los ijares de su compañero de lecho, decidió olvidarse de todo y cambiar de tercio, regalarse, agasajarse, buscarse otro género de compensaciones, comprar una enorme pantalla de televisión y, a la vuelta del trabajo, encerrarse en el apartamento, calentita, generosamente aprovisionada de chuches, golosinas, roscones de vino especialmente. Solo que las chuches engordan.

Aguardó en la otra acera a que de nuevo cambiaran las luces. Esta vez el peligro a soslayar era un pequeño grupo de turistas que arrastraban sus equipajes como quien cumple una condena de trabajos forzados. Aunque inicialmente eran muy pocos los congregados ante el semáforo, la duración de la espera consiguió reunir a tantos transeúntes como en el cruce anterior. No, no estaba acabada, pensó Iris, por mucho que situaciones como la presente, el descubrimiento de lo de Ramón, Elsa y Carmen, la trastornaran tanto no ya moral, sino físicamente, desmejorada y alterada incluso en sus funciones fisiológicas, además de

sometida a pensamientos obsesivos. Que ella, como una imbécil, se hubiera encargado de ponerlos en contacto. ¡Y nada menos que en Grecia, un país al que, con los años, había llegado a considerar poco menos que su territorio! Era como si desde el principio hubiera intuido lo que iba a ocurrir pero, como bajo el efecto de la hipnosis, hubiera hecho todo lo posible para que ocurriera. Y aunque quien realmente había traicionado su amistad era Carmen, el verdadero culpable —por más que ella no tuviera derecho a reprocharle nada— era Ramón, un Ramón al que le parecía estar viendo con su sonrisa de fauno mientras contemplaba con ojos encendidos el desenfreno circundante. Se los imaginaba a los tres en el amplio lecho, Ramón juntando en un abrazo los cuerpos de Carmen y Elsa, haciéndolos encajar el uno con el otro como un artista en trance de componer un grupo escultórico. Bien, pensó mientras súbitamente cobraba conciencia de los embates del propio corazón contra el costado; bien: ellos se lo perdían, Ramón, Carmen, Elsa, ajenos los tres a cuanto ella era capaz de hacer, al goce, en el límite mismo del sufrimiento, en el que, como poseída por una fuerza superior, por una energía invasiva, hubiera podido sumirles. No, no tenían ni idea de lo mucho que se habían perdido. Ella era hipertensa, esto es, dominante, intolerante, perfeccionista. Es decir: superior.

Se puso en marcha mecánicamente, a taconazo limpio, sin ser siquiera consciente de que estaba cruzando la calle. Puestos a practicar perversiones, a ella no le ganaba nadie, pensó. Desde luego no precisamente Carmen, por mucha sexología que supiera, ni tampoco una mujer como Elsa. A Ramón seguro que esas inclinaciones le venían de su madre, una persona que en su tiempo dio mucho que hablar. Ella misma y una amiga explicaron que eran lesbianas cuando, recién salidas del colegio de monjas, las pillaron de polizontes en un crucero con destino a Grecia. Y así, varias, sin importarle el escándalo. Dicen que por eso se casó, para acabar con las habladurías, aunque si tuvo hijos, lo más probable era que no fuese lesbiana del todo, sino más bien bisexual y promiscua. Al morir como murió, se desató un movimiento de signo contrario, decir que había sido víctima de una serie de malentendidos y de la maledicencia de la gente. Solo entonces Lola Barón dejó de ser la comidilla de toda la ciudad. La atropelló un autobús, o tal vez un tranvía, como a Gaudí, al cruzar la calle. Lo que se dice una distracción. Un chirriar de frenos y ya lo tienes encima.

Iris había sido la primera en pisar el bordillo de la otra acera.

Cambio horario

Ramón leyó el relato de Elsa a la hora del café, después de haber echado un vistazo a las noticias. Ocupaba la última plana del suplemento literario y venía ilustrado por un estúpido dibujo que representaba a un hombre tomándose algo en la barra de un bar, tras la que destacaba un camarero con los brazos en jarras y un fondo de botellas apenas esbozado. ¡Qué antiguo!, dijo Ramón en voz alta. Y se dispuso a emprender la lectura del relato con el máximo sosiego y la máxima comodidad posibles.

¿SE HA PERDIDO?

Estaba claro que aquella carretera no conducía a la autopista. Por preguntar a los lugareños: ellos se conocen el terreno y no cuentan lo que no hay que contar, el primer desvío a la derecha en este caso, que probablemente formaba parte del área de servicio de la gasolinera. Pero él lo había contado, con lo que el desvío a la derecha que tomó creyendo que era el segundo era en realidad el primero. Y el problema era que en una carretera como aquella, estrecha, con mucha curva y fuerte pendiente, no resultaba fácil dar la media vuelta. Subía más y más, como cerrada sobre sí misma, entre espesos castaños, el rumor del agua al despeñarse llegando desde el fondo de los oscuros barrancos. Cuando avistó el pueblo, poco más que un caserío colgado del terreno, fue toda una inmensidad de paisaje lo que apareció de golpe ante sus ojos, vastas y pronunciadas laderas con algún que otro pueblo destacando a lo lejos, todavía más arriba. Pese a la lejanía, los detalles se percibían con gran nitidez, como después de la lluvia. Costaba creer que la carretera pudiese llegar tan arriba; igual se trataba de aldeas abandonadas, sin más acceso que un camino para excursionistas.

La carretera, convertida en calle mayor, le condujo directamente hasta una

plaza, sin que avistara a su paso más que a un viandante que iba como abrigándose, bien por el hecho de que atardecía, bien porque tuviera realmente frío. Aparcó en la acera opuesta a la del bar por pura deformación de automovilista, ya que, justo delante, hubiera tenido la impresión de que se estaba situando en contradirección.

—¿Se ha perdido? —le preguntó el del bar mientras le preparaba un café.

Era un hombre de mediana edad, más bien grueso, que hablaba vocalizando mucho, lo que, unido a su mirar de párpados caídos, daba un tono de rutina o indiferencia a sus palabras.

—No, qué va. Soy naturalista. Y, por lo que me han dicho, aquí hay mucho que ver.

—¿A estas horas? Antes de nada no verá más que las pocas farolas que tenemos.

—Ya, pero ahora conozco el camino. En la gasolinera de abajo me han explicado cómo llegar. Y así ya lo sé para otra vez, para cuando vuelva.

—¿Y qué es lo que quiere ver?

—El ecosistema local. Lo mío es, sobre todo, la flora.

—¿Qué es eso de la flora? ¿Las flores?

—No, la flora es la vegetación que hay en un lugar. Aquí, muy especial, por lo que se ve. Gozan ustedes de un verdadero microclima.

—¿Se lo ha dicho el de la gasolinera?

—Bueno, yo ya lo sabía. Pero el de la gasolinera me lo ha confirmado y me ha explicado cómo llegar.

—¿El que se lo ha dicho es un tipo así, como yo, recio pero un poco más joven?

—Exactamente.

—Pues es mi hermano.

—¡Claro! ¡Se parecen mucho! Si hasta me ha dicho que era de aquí.

El del bar apoyó las manos en el mármol. Le miraba alzando algo la cabeza, como obligado por los párpados que, al quedar entrecerrados, produjeran un efecto similar al de una visera.

—Yo no tengo ningún hermano —dijo.

El forastero se echó a reír mientras sacaba la cartera.

—Pues le aseguro que lo parecía, que tenía un aire de familia. Claro que dicen

que todos tenemos un doble.

—Así que a usted le interesan más las flores que las personas —dijo el del bar mientras le devolvía el cambio.

—Las flores, no. Las plantas. Y no es que me interesen más que las personas, es que es mi oficio. Ya le he dicho que soy naturalista.

Según se acercaba al coche el forastero pudo advertir a la luz de la farola que llevaba una rueda pinchada. Sacó las herramientas del maletero, así como la rueda de recambio, y sustituyó la una por la otra sin mayor problema bajo la atenta mirada del viandante con el que se había cruzado al llegar, ahora inmóvil a su lado, como dispuesto a prestarle ayuda.

—La del otro lado también está pinchada —le dijo cuando el forastero ya recogía.

El forastero comprobó con asombro que así era en efecto.

—¿Cómo es posible? —dijo.

—Esto está lleno de clavos desde que desmantelaron la serrería —dijo el otro.

El forastero se afanó en establecer una composición de lugar: antes de abandonar el área de la gasolinera había telefoneado a casa para decirles, entre advertencias de que se estaba quedando sin saldo, que ya se hallaba en la autopista y así estuvieran tranquilos. Y ahora se encontraba en un pueblo perdido y con una rueda pinchada y sin saldo en el móvil, aunque eso era lo de menos, ya que lo más probable era que en aquel rincón de mala muerte tampoco tuviera cobertura. Ni siquiera se veían postes de teléfono. Bien: lo primero era lavarse las manos y luego encontrar algún taller mecánico de guardia. A cualquier precio.

Ahora, en el bar, en lugar del hombre de antes había una mujer también de mediana edad, la expresión algo ansiosa, como la de quien se encuentra en una situación de compromiso.

—No, aquí no hay teléfono y tampoco tenemos móvil. ¿De qué nos iba a servir si la comarca no tiene cobertura?

El hombre que le había atendido anteriormente reapareció por el fondo. Tenía el aire de estar al tanto de todo.

—¡Arriba el ánimo, hombre! ¡Parece usted un niño que se ha extraviado! Verá como todo se arregla.

—No, si es solo porque en casa me estarán esperando. Les llamé desde la

gasolinera diciendo que iba para allá justo antes de quedarme sin saldo.

—¡Pues que esperen, hombre! ¡Que esperen! Son cosas que pasan.

Le indicaron la puerta del lavabo. Está abajo, le dijeron. Cuidado con la escalera.

Al abrir divisó en la oscuridad, a su izquierda, la señal luminosa del interruptor; lo que no advirtió fue que la escalera carecía de baranda, de algo a que agarrarse tras hacer un movimiento en falso en el vacío. A la sensación de girar blandamente siguió un dolor muy intenso que le pilló por sorpresa.

Se hallaba tendido en el suelo del bar y había mucha luz. Notaba los miembros como acorchados, pero no le dolían. Ni siquiera intentó moverse. Los segundos transcurrían lentamente. Meneó la cabeza. En su campo visual irrumpió un rostro risueño, como el del que ríe una broma. Era el del bar, y le hablaba enarcando las cejas.

—Le he entablillado el brazo derecho y la pierna izquierda —dijo—. Después de encajarle los huesos como es debido, claro está. Hice la mili de sanitario, ¿sabe? Lo principal es que la cabeza y el cuello están perfectamente.

—¿He perdido el sentido? —preguntó el forastero, como sorprendido de poder articular aquellas pocas palabras.

—¡Toma, qué te parece! —dijo el del bar.

El forastero reparó en que también se hallaba presente la mujer y, acodado en la barra, el viandante.

—Es usted un hombre con suerte, señor florista —dijo el viandante con una cerveza en la mano—. Una caída así y cualquier otro se mata.

—¿Le apetece una taza de caldo? —dijo la mujer.

Se oyó un chirriar suave y apareció el del bar empujando una silla de ruedas.

—Verá usted lo bien que le ha de ir esto. Era de la abuela, pero estas cosas no hay que tirarlas, porque siempre acaban prestándote un servicio. Tenga en cuenta que hoy es viernes y que el cartero no vendrá hasta el lunes. Y como no está usted como para que le bajemos en tractor, procuraremos que hasta entonces se sienta lo mejor posible. Y así conocerá usted el pasado y el presente de nuestra aldea, nuestros problemas, lo que es nuestra vida de cada día. Ya tendrá tiempo de preocuparse por las flores cuando esté bueno y vuelva por aquí. El domingo hay pollo; no de los de ahora, ¿eh?, de los de antes. Y el lunes el cartero avisará a la ambulancia para que suba a recogerle. Siempre que no nieve, como al

parecer amenaza. Que no sería la primera vez que nos quedaríamos incomunicados sabe Dios durante cuánto tiempo.

El rencor

La culpa de todos los males del pueblo la tuvo la guerra; el rencor que la trajo y el que dejó tras de sí. De no ser por ella, hoy a Miralrío no lo reconocería nadie. La cosa no es que el pueblo se haya estancado, que las villas estén vacías, los campos, abandonados, y sus castañas, famosas en toda la comarca, queden sin recoger. Que todo esté igual que entonces, como si el tiempo se hubiera detenido. O sea, peor. No. Lo que pasa es que había planes, proyectos, y que todo se ha quedado en eso, en proyecto.

La persona que hoy haría falta sería otro Eduardo Bondat. Era él quien tenía planes para el pueblo. Y los habría realizado, vaya si los habría realizado: una estación balnearia, un golf, un club de campo que vendría a ser una especie de casino, lo que se dice de todo. Pero él murió, vamos, o lo mataron, y la familia no quiso saber nada más ni de sus planes ni del pueblo. Y mire que tenían fincas, que las siguen teniendo. Los Bondat son los principales terratenientes del término. También tendrán unas cinco o seis villas que habían ido construyendo. Pero desde la guerra no las han alquilado a nadie ni han vuelto por aquí. O si han vuelto, ha sido como a escondidas. Decían que los que habían matado a Eduardo en la ciudad eran los mismos que hubieran querido matarle en Miralrío.

Aquí, los del Comité tuvieron mil ocasiones de hacerlo. Si no lo hicieron fue porque no se atrevían, porque él no les tenía miedo. Se paseaba por el pueblo tan pancho, se llegaba a C'al Mirlo, que entonces se llamaba hostel del Mirlo Blanco, y hasta se tomaba un vermut aquí, en el Fomento. Y no les tenía miedo porque era una buena persona y nunca había negado un favor a nadie. Yo incluso diría que precisamente por eso querían matarle. Pero él, ya digo, tan pancho. Eso sí, tenía un defecto: las mujeres. Las mujeres hubieran acabado perdiéndole. Pero buena persona, como pocos.

El Millán le miraba en silencio, risueños los ojos, enarcadas las cejas, como

diciendo, ahí te quería yo ver.

—¿Y a quién le importa que fuera un mujeriego? —dijo el del molino—. Lo que cuenta es lo que hubiera mejorado el pueblo de haber podido desarrollar sus planes.

El de la zamarra llevaba un rato escuchándoles desde la mesa de al lado.

—¿Mejorar el pueblo? —dijo—. ¡Hacer un poco más ricos a los Bondat, que es de lo que se trataba! ¿O tú qué te crees?

—Lo que tú digas —dijo el otro con expresión de fatiga.

El Millán hizo como si fuese a decir algo, pero se retiró en el asiento recogiendo sobre sí mismo, como contrariado.

El Indiano

Oír las nubes

Aparentemente, la evolución de mi presencia en este porche desde el que se domina el pueblo viene marcada por el tránsito gradual de andar con la ayuda de un bastón o de unas muletas al uso de esta silla de ruedas; o del peso de las gafas intensamente graduadas, casi pequeños catalejos, a las gafas de sol que, más que proteger, ocultan la engañosa impresión de desvarío producida por unos ojos que no ven. En realidad, pasos poco menos que obligados para acceder a lo que yo llamo Visión Superior.

Fenómeno inherente a este proceso es la agudización del oído que se experimenta, sensor más que simple sentido, que facilita al humano la captación de lo que no se ve, señales, vibraciones, el sonido del aire entre las hojas quietas, la luminosidad de los resquicios al transmitir algún tipo de energía y hasta el blando paso de las nubes que se ciernen sobre el paisaje, por ya ni mencionar la información precisa que suministra el canto de los pájaros, atentos siempre a cuanto ocurre, como bien saben los llamados pueblos primitivos.

Se trata de indicios que el intelecto procesa con gran rapidez y que le permiten adivinar cuanto ocurre a su alrededor, de forma parecida a como una persona cualquiera dotada de cierta intuición adivina lo que opina el otro por la expresión de su rostro o por sus gestos y ademanes. Una modalidad de interpretación y deducción más relacionada con la información que suministran los jeroglíficos e ideogramas que con la escritura alfabética. Signos que se pueden captar con independencia no ya del lenguaje en el que nuestro interlocutor ocasionalmente se expresa, sino incluso del lenguaje en el que piensa, tanto respecto a lo que dice como a lo que nos calla.

De lo dicho es fácil deducir que esa Visión Superior a la que vengo refiriéndome se manifiesta con particular eficacia en todo cuanto se relaciona

con ese invento del ser humano —gracias al cual sabe que es un ser humano— que es la palabra. Sin ella, ningún saber podría ser guardado o desarrollado. Hasta los matemáticos, contrariamente a lo que ellos mismos creen, piensan en palabras, no en números. Lo incomprensible, lo desconocido, es lo que todavía no puede ser expresado en palabras.

Cambio horario

Consideró en su conjunto, como si de un cuadro se tratase, el relato de Elsa. Un relato que era como ella, como su manera de ser: escueto, preciso, sin adornos, desarrollado como quien no quiere la cosa, de gran eficacia a la que uno cae en la cuenta. El espejo del fondo le devolvió la propia imagen: un Ramón que poco tenía que ver con el de las fotos, invariablemente serio, ensimismado; un Ramón risueño, satisfecho, orgulloso de Elsa.

Le había llamado la atención una frase. Aquello de «Parece usted un niño que se ha extraviado», que le decía el de la venta al forastero. Elsa, en una ocasión, le había dicho exactamente lo mismo, con las mismas palabras: cuando él manifestaba su contrariedad, ahora no recordaba por qué motivo. «Pareces un niño que no encuentra a su madre», le había dicho. Frases que se dicen y ahí quedan. También él había utilizado una frase de Elsa en su conversación con Iris aquella mañana. Cuando Iris soltó lo de que ya eran todos adultos, en su intento de averiguar si Elsa y él hacían un *ménage à trois* con Carmen. «A veces las cosas son lo que parecen», le había contestado Ramón. Ni más ni menos lo que le había dicho Elsa cuando él le había pedido puntualizaciones acerca de lo de Ludwig. Aquel recuerdo le hizo pensar que ahora podía evocarlo, volver a él sin experimentar sentimiento doloroso alguno. De hecho, lo reconstruía con frecuencia, como si la imagen tuviera incluso algo de excitante.

Lo que le parecía inaceptable era esa manía de meter por narices una ilustración, propia de los suplementos literarios. ¡Qué torpes! ¡Como si estuviéramos aún en el siglo XIX, antes de que se inventara la fotografía! ¿Qué aportaba aquella infame ilustración al relato de Elsa? ¿Pretenderían hacerlo más atractivo, ganar lectores al aproximarlos a un cómic, a un manga? Una presunta relación complementaria entre ilustración y texto que no podía ser más desafortunada.

Paseó de un extremo a otro de la sala de estar mientras repasaba los supuestos teóricos de su propio proyecto, las *Confesiones*. El color y la forma —como el sonido— se ofrecen al espectador o el oyente tal cual son, objetivados por completo. Mientras que la palabra introduce un factor subjetivo en la relación lector-texto, en la medida en que puede significar una cosa u otra según sea el contexto tanto del lector como de la lectura. De ahí la tendencia a poner título a los cuadros. Y a encabezar los catálogos con un texto. Por lo que procediendo al revés, escribiendo un texto de gran extensión no ya sobre las obras que uno ha pintado, sino también sobre la propia vida del pintor, lo que se hace es imponer la necesidad de considerar bajo una nueva luz los cuadros futuros, pero, sobre todo, de otorgar otro sentido a lo ya pintado, forzar una reinterpretación de los cuadros, de sus cuadros, desde el primero hasta el último. Al exponer lo que había sido su vida, las palabras utilizadas en el curso de tal exposición estaban destinadas a ser inevitablemente relacionadas con sus obras, por lo que estas iban a adquirir un significado oculto hasta ese momento. Así, palabras como excrecencia, madre, materia, sexo, desintegración y tantas otras.

La búsqueda del anonimato

Que el director del banco sea hoy el hombre más rico del pueblo lo dice todo. El señor Planas no es de aquí, pero vive aquí desde que se hizo cargo de la agencia, y todo lo que gana lo invierte fuera. En Bolsa; se ve que tiene lo que llaman una buena cartera de valores. Lo dijo un señor que viene a Miralrío todos los veranos. Uy este, dijo; este hombre es lo que se dice un potentado. ¿Y cree usted que el señor Planas ha hecho algo por el pueblo? ¿Verdad que usted ya ha deducido que si hubiera hecho algo por fuerza tendría que notarse? Saca de aquí para invertir fuera. Y si alguna vez ha comprado una finca ha sido como para hacer un favor y, eso sí, a precio de saldo. Pero de mejorar la finca aunque solo sea para revender, nada, por eso del qué dirán, para que no se diga que se dedica a especular. Todo lo contrario del señor Pons, el director que había antes de la guerra, Eduardo Pons, que casi miraba más por el pueblo que por el banco.

Por no invertir, podría decirse que el señor Planas no gasta en el pueblo más que la compra que hace su mujer cada mañana. Si viera su casa: por fuera parece una de tantas del pueblo, pero el interior se ve que tiene toda clase de requisitos, decoración, electrodomésticos... Como el coche, un Mercedes que guarda en lo que había sido el establo. Y su asistente es una ucraniana que trabaja también para la cuñada y que además se encarga de la limpieza de la oficina, vamos, del banco.

Es un señor que siempre hace como si quisiera pasar inadvertido. También hay quien dice que lo que pasa es que no tiene buena salud, que lleva no sé cuántas prótesis de plástico por todo el cuerpo. Usted seguro que lo conoce de vista, porque, hacia media mañana, se va cada día a C'al Mirlo a tomarse un descafeinado con leche. Allí le verá usted comentando con Teresa las desgracias que trae el periódico. El hambre en el mundo y cosas así, como diciendo, ¡hay que ver! Luego se vuelve para el banco, confundiéndose casi con las paredes.

Quizá por eso, porque lo tenía visto de C'al Mirlo, o por curiosidad, o porque la cajera estaba ocupada con otro cliente, el señor Planas, al verle entrar, acudió al mostrador para atenderle personalmente. Era un hombre de rasgos reposados y solventes, propios de quien conoce los mecanismos de la vida, y que es consciente de conocerlos, lo que le da un toque socarrón siempre abierto a una eventual reacción de asombro suscitada por la conducta de cuantos los desconocen.

V

Según el jolgorio de los pájaros al recogerse va remitiendo, cobra relieve, cada vez más nítido, el canto del mirlo, todavía activo y movedizo, con sus rápidos correteos sobre la hierba, sus bruscos giros de alerta al pie de un tronco, su trino penetrante cuando levanta el vuelo al amparo de unos matorrales, mientras los cielos se blanquean y el arbolado se ennegrece, cancelando así la jornada, dando por terminado el día, ajeno ya a lo que pueda ocurrir a partir de entonces, decidido a que ni el canto de los ruiseñores en celo ni las llamadas del solitario gallo carbonero ni la vida que con la oscuridad despierta en el bosque vayan a perturbarle el sueño. A esa hora, los coches iluminan ya con sus faros las carreteras y en la ciudad la gente vuelve a casa con paso apresurado, la cotidiana derrota aflojando sus rasgos faciales, vagones de metro que más bien parecen salas de hospital, autobuses atestados, grupos de transeúntes silenciosos que se cruzan en un paso de cebra como huyendo de sus respectivas catástrofes, las llaves del portal, el ascensor que acude como un cadalso y, ya en el piso, tras pasar por el baño, miran para preparar o calentar algo antes de desplomarse ante el televisor, teniendo muy claro que lo último que apetece es follarse.

Al crecer de nuevo los blancos en el horizonte, a medida que los oscuros espantajos que pueblan el paisaje de Miralrío parecen desleírse según se van definiendo como árboles, como prados, como promontorios, los mirlos, rasante el vuelo y penetrante el trino, recuperan protagonismo, se anticipan a los demás pájaros conminándolos a iniciar la actividad cotidiana, a reavivar las ramas, los zarzales, mientras la música de Haydn llega desde una ventana y, con las primeras coloraciones solares, la noche queda atrás como el movimiento de las aguas de un estanque al que un niño pensativo ha lanzado una piedra por ver las ondas que levanta, ondas que se suceden y amplían a medida que pierden fuerza y se diluyen, hasta que la superficie queda lisa de nuevo como si nada hubiera

ocurrido. Para entonces, el tráfico empieza a ser intenso en las carreteras y se forman atascos a la entrada de la ciudad y las luces permanecen encendidas en cocinas y cuartos de baño, y sobre azoteas y tejados se forma una imperceptible nube ni violácea ni amarro nada resultante de los pedos y gases que aquí y allá preceden a una eventual evacuación matutina, antes, por lo general, de abrir la nevera y poner algo al fuego para que se vaya calentando mientras uno se asea. Luego, el autobús, el metro, las rápidas zancadas a lo largo de las aceras, la impaciente espera al pie de un semáforo, la oficina, el café de media mañana, el tedio. Un tedio que solo parecerá llegar a su término cuando oscurezca.

Y del mismo modo que el mirlo no necesita que le digan lo que debe hacer en cada momento, tampoco sería preciso ponerle al corriente de lo que aconteció en el pasado, pues así como en una foto que recoja el tráfico nocturno queda fijado el trazo dejado a su paso por los coches, así el mirlo, y como él otros pájaros, capta las tragedias ocurridas tiempo atrás, visibles a sus ojos todavía, y evitará la rama, la casa, el jardín o el recodo de la carretera que hicieron las veces de escenario, como si el propio lugar se hallara sujeto a una sentencia. Un conocimiento del pasado que en principio lo es también del futuro, conforme a una capacidad de certidumbre que los antiguos buscaban vanamente en sus entrañas, ya que donde se manifiesta es en su comportamiento; salvo, claro está, ante el inevitable hecho aleatorio, esa carabina de aire comprimido empuñada por algún niño de carácter taciturno, de la que ha de partir el inevitable disparo final.

Fuente Fría

Al empezar a hablar, Teresa alzaba la vista, como calculando o haciendo memoria. Solo que, al hacerlo habitualmente, con independencia de lo que fuera a decir, parecía obvio que se trataba de un tic. De pie, junto a la silla, abrazando la bandeja, tenía algo de santa enaltecida por la palma del martirio.

A la juventud de hoy le parecería aburrido, pero nos divertíamos tanto o más que las chicas de ahora y sin meternos cosas raras en el cuerpo. Por la mañana, de un lado para otro con la bici, y la piscina. Por la tarde, más bici o paseos a pie hasta la ermita o hasta alguna fuente, y la bolera. En la bolera, como en la piscina, coincidíamos las del pueblo y las de la colonia. Digo *las* porque los chicos del pueblo no se atrevían tanto, tal vez porque se les notaba más que a nosotras que eran de pueblo. Así y todo, a mí, que era de familia pudiente y procuraba ir a la moda, las chicas de la colonia me miraban por encima del hombro; los chicos menos, claro, mientras te consideraran de buen ver. Y yo me juntaba con ellos a matar el tiempo. ¿Vamos a la Fuente Fría?, dijeron. A mí no me apetece, dijo Maribel. Discutieron aburridamente pero con insistencia, porque en realidad nadie tenía ganas de ir una vez más a la Fuente Fría. ¿Conoce usted la Fuente Fría?, preguntó Teresa. Está yendo hacia la ermita, pero a la derecha; hay un cartel que lo indica. Ahora que no va nadie y que está medio abandonada es casi como una gruta de vegetación.

Teresa, al ver que se incorporaba para salir, seguramente pensó que le había dado una idea —Queda un poco lejos, dijo—, cuando lo único que él quería era aprovechar la luz de la tarde, engañosamente corta desde el cambio horario. Pasear bajo los tilos de concisas ramas desnudas, a lo largo de aceras ablandadas por las húmedas hojas caídas, entre las verjas oxidadas de los jardines, el humo de alguna que otra fogata arremansándose en tenues estratos, como atrapado por el ramaje. La plaza del Mirador tenía algo de antiguo cementerio, con aquellos

bancos de piedra musgosa que parecían tumbas. Desde allí, hundido ya el sol en la lejanía y apagado paulatinamente el horizonte, la tierra, los troncos, las piedras parecían emitir, como rescoldos que expanden color, la luz acumulada durante todo el día, una luz interior que terminaría por disiparse tras unos instantes, como el rocío en evaporación de la mañana.

Cambio horario

La obra más extensa y también más ambiciosa escrita por Elsa —que supiera Ramón— era una novela corta titulada *La Edad de Plástico*. También fue publicada por un periódico, dividida en entregas, a modo de relato de verano. El protagonista, un filólogo especializado en Germánicas, contrata los servicios de una agencia de detectives con el encargo de que sigan la pista de un escritor centroeuropeo de origen judío que, al parecer, vive bajo identidad falsa en la ciudad boliviana de Santa Cruz. De la personalidad de este escritor no se tienen más datos, pero nuestro protagonista está vivamente interesado por el manuscrito de una novela que el desaparecido autor ha hecho llegar a sus manos casi como un adiós, y considera imprescindible establecer entre ambos algún tipo de comunicación, así como tener la posibilidad de acudir en su ayuda, caso —nada improbable— de que termine por encontrarse en apuros.

El manuscrito remitido por el escritor centroeuropeo se titula *La Edad de Plástico*. En él se narra la visita que un sociólogo norteamericano, profesor del MIT, hace a un colega barcelonés durante un viaje por Europa. Tras la entrevista, el norteamericano deja olvidada en casa del barcelonés una carpeta en la que se hallan recogidos sus trabajos en curso. El barcelonés, tras intentar en vano devolver la carpeta y a la espera de alguna clase de instrucciones, no puede reprimir el deseo de echar un vistazo a su contenido, por lo que puede apreciar una especie de novela de intención similar a la de *Un mundo feliz*, de Huxley, titulada *La Edad de Plástico*. Tras su lectura, la imagen del futuro que allí se ofrece induce al barcelonés a dejar su ciudad y profesión y a perderse en el ambiente de putas y contrabandistas de la ciudad boliviana de Santa Cruz, a fin de disfrutar de la vida tal y como la había entendido hasta entonces todo el tiempo que le sea posible.

Luego, después de ser expuestas con todo detalle las tesis del norteamericano,

resulta que el verdadero autor de semejante visión del futuro, esto es, del manuscrito titulado *La Edad de Plástico*, así como de los personajes de ficción que lo protagonizan, el sociólogo barcelonés y el profesor del MIT, no es otro que el narrador inicial, el filólogo germanista, que también ha inventado —ni que decir tiene— al escritor judío centroeuropeo cuya búsqueda ha encomendado a una agencia de detectives. Años atrás, con motivo de unos trabajos realizados por cuenta de la UNESCO, tuvo ocasión de conocer a fondo la ciudad de Santa Cruz, en la que residió una temporada. De ahí que pudiera facilitar a los detectives gran número de pistas, de detalles, de datos concretos, incluidos los nombres de unas cuantas prostitutas, vinculándolas a su presunto objetivo, el escritor judío centroeuropeo allí refugiado bajo nombre supuesto. Todo ello se halla relacionado con una obra de tesis, a caballo entre el ensayo y la novela, que prepara el protagonista y cuyo título provisional es *La agonía de la novela*.

—¿Por qué lo haces? —le pregunta su mujer—. ¿Por qué pones a trabajar a unos detectives sobre una pista falsa?

—Para que busquen, para que indaguen. Yo pongo la situación y los personajes: el punto de partida. Y ellos, con los informes que manden, irán poniendo el argumento.

Al final, toda esa intriga resulta no ser más que un sueño que ha tenido el protagonista y que, cuando despierta, se apresura a contar a su mujer. Lo único real era que la víspera había sido efectivamente visitado por un colega del MIT y que en la sala de estar se había dejado un manuscrito titulado *La Edad de Plástico*, sin que nadie se diera cuenta de ello hasta la hora de la cena.

Ensayando una representación

Total, que Miralrío, precisamente por estar aislado en la montaña, tenía una categoría con la que los pueblos de abajo no podían ni soñar. Ahora, pueblos como Vallfranca y La Pobla, con todo y depender de las subvenciones, tienen una agricultura más boyante, y las fábricas y centros de trabajo les quedan más cerca. Aquí, en cambio, si algo todavía se cultiva es la patata, que siempre ha tenido mucha fama. Pero lo que de veras distinguía a Miralrío, lo que le daba el toque señorial, era la colonia veraniega, la gente de ciudad que venía aquí a pasar el verano. Cuento lo que sería ahora del pueblo, con su balneario, su golf, su club de campo, de no ser por la guerra.

Y eso que aquí la guerra no fue como allá abajo, dijeron. Los pueblos de abajo siempre nos han tenido envidia, mientras que nosotros ni les envidiamos ni envidiamos la que allí se armó entonces: allí hubo tiros de verdad y, en tanto no llegaron las tropas del Gobierno, mientras el poder estuvo en manos de las milicias locales, pasó de todo, venganzas, ejecuciones, lo que se dice de todo. Aquí, en cambio, fue como si estuvieran ensayando una obra de teatro que no se llegó a estrenar. Por suerte, dijo alguien, y los demás asintieron, el Millán escuchando desde un segundo plano.

Aquí, de la noche a la mañana, Valentín, Antón —el Verdura, como le llamaban algunos— y cuatro más se hicieron con el Ayuntamiento y desde el balcón proclamaron la Revolución Popular. Seguro que lo tenían todo hablado y que contaban con que un buen sector de la juventud se alistaría de inmediato en la milicia, como así fue. Las milicianas eran tanto o más numerosas que los milicianos, y yo diría que peores, con más mala idea. Aunque el peor de todos, el Organista, no era precisamente un joven, por más que tampoco sabría decirle qué edad podría tener. Hasta entonces no había destacado en nada, salvo que era el que tocaba el órgano en la iglesia. Era un tipo delgado, de pelo gris, con gafas,

que daba la sensación de estar siempre con la boca apretada aunque más bien la llevara entreabierta, como casi todo el mundo en aquella época. Fíjese que tanto él como el Valentín y el Antón Verdura no eran hijos del pueblo sino forasteros.

Cambio horario

En *La Edad de Plástico*, el profesor del MIT que visitaba a su colega barcelonés venía descrito como un tipo locuaz, gesticulador y vehemente, nervioso en su ir y venir por la habitación mientras no paraba de hablar. Físicamente alto, delgado pero de caderas anchas, casi calvo, de bigote cano, informal en el vestir, tejanos y calzado deportivo conjuntados con una chaqueta de cachemir: Ramón creía tener ante sus ojos a Ben, a Benjamin K. Gies, el crítico de arte que más había contribuido a popularizar su pintura en Nueva York. Sobre todo cuando el texto apuntaba que, al hablar, su expresión era invariablemente de desdén o de estar diciendo inconveniencias, por correcto y hasta puntilloso que fuera, en su esmero, lo que en realidad estaba diciendo. Supongo que si Elsa lo caracterizaba así era porque se había inspirado en Gies, pensó Ramón.

El manuscrito de este personaje, un experto en comunicación cuyo nombre empezaba a sonar como candidato al Nobel, consistía en una enumeración del nuevo contenido que han de adquirir las palabras en un futuro próximo, de acuerdo con los cambios que, según sus previsiones, se han de producir en la sociedad. En una especie de preámbulo, el autor remite sus planteamientos a la sucesión de edades en las que, a partir de la de Oro, divide Hesíodo la historia de la humanidad, conforme a una progresión decreciente en lo que a posesión de conocimientos se refiere, al igual que de valores intelectuales, éticos y estéticos. Aceptando denominar Edad de Hierro al periodo que se extiende desde tiempos de Hesíodo hasta el presente —argumenta este doble de Gies transformado en profesor del MIT—, pronto habrá que aceptar que nos encontramos en los albores de una nueva edad a la que lo más adecuado sería llamar Edad de Plástico, no ya por la omnipresencia de ese material, sino, sobre todo, por su versatilidad frente al hierro. Su advenimiento —según el profesor del MIT— supondrá un paso más o, mejor, una consolidación de ese devenir de sentido

inverso a lo que tradicionalmente se había entendido por progreso, conforme a unos criterios —como es su propósito demostrar, señala— de valor más que relativo.

Ramón releyó al azar algunos de los contenidos de aquella especie de diccionario del futuro que Elsa atribuía al profesor del MIT inspirado en Benjamin K. Gies:

CONOCIMIENTO. Se halla almacenado, no en el sujeto, sino en determinados objetos que este tiene a mano; para consultas, basta oprimir un botón.

DIOS. Gana terreno en la medida en que su presencia no es mucho menos tangible ni improbable que la de tantos otros elementos de la naturaleza que antaño se tenían por reales, pertenecientes, no ya al macrocosmos o al microcosmos, sino al entorno cotidiano más inmediato.

COMPORTAMIENTO ÉTICO. No es relevante, ya que lo normal es que el sujeto no pueda comportarse de forma distinta a la que le ha sido asignada. Si, pese a todo, lo hace, la función quebrantada puede ser entendida como un fallo técnico, como una avería.

BELLEZA. Las cosas no son ni pueden ser bellas, como tampoco horribles. Lo que sí existe es una mayor o menor sensación de bienestar ante determinados aspectos del entorno, que varían según sea el sujeto de forma parecida a como varían entre nosotros las preferencias gastronómicas.

MEMORIA. No existe. Se trata de un ejercicio obsoleto, propio de una sociedad primitiva en la que, a falta de otro tipo de recursos, había que aprender ciertas cosas con la firme determinación de no olvidarlas.

SEXUALIDAD. Intensa, regulable. Se practica mediante incitaciones o sugerencias virtuales, a solas o en compañía, cómodamente, seleccionándolas de acuerdo con la personal apetencia del momento, igual que se selecciona un bombón determinado de la bandeja que se nos ofrece.

AMOR. No se entiende el concepto. Hay que ser afables. Eso es todo.

PODER. Facultad de los que mandan, de los que cuidan el mantenimiento del orden que organiza la vida colectiva por el bien de todos.

MUERTE. Algo así como desaparecer de una pantalla. El que se reaparezca o no se reaparezca más —como es el caso— es algo que depende del guion.

TRABAJO. La parte más ingrata del ocio. Algo así como, en otros tiempos,

preparar la comida de la que luego se disfrutaba con la familia en torno a una mesa.

ESTUDIO. Sencillo y ameno. Aprender el manejo de los diversos instrumentos necesarios para desenvolverse en la vida diaria es un ejercicio muy parecido al de iniciarse en la práctica de algún deporte.

EL YO. Componente similar a una tarjeta de teléfono móvil, susceptible de cambiar de carcasa cuando sea necesario; a la que la tarjeta empiece a estar baqueteada, vaciar su contenido en otra idéntica.

El Indiano

El papel de periódico como envoltorio

Por escaso que sea mi interés hacia cuanto pueda ocurrir en el pueblo, mi conocimiento al respecto es muy completo. Ni siquiera cuando la guerra —y eso que entonces podía caminar y mis ojos veían—, me sentí tentado de dejar el porche para presenciar de cerca lo que allí estaba sucediendo. Me bastaba la observación a distancia con ayuda de unos prismáticos, imágenes concretas que venían a ilustrar la información recabada por otros medios. Y es que lo verdaderamente relevante de la conducta humana no es con los ojos con lo que se aprecia, sino con la mente. Me refiero a la percepción de la capacidad que tienen los seres humanos de tomar por real el argumento que ellos mismos han inventado y, a semejanza de los actores de una función teatral, de interpretar el papel que dentro de ese argumento se han asignado. Unos serán revolucionarios y los otros, contrarrevolucionarios, tan persuadidos los unos como los otros de la trascendencia de los gestos que interpretan. Como si a la vuelta de unos años fuese a quedar algo de esa representación que han inventado, como si esa representación no fuese más bien semejante a un juego apasionadamente vivido por el niño, pero no por ello menos destinado al olvido cuando el niño sea adulto. Eso no significa que, en aquellos momentos, la situación no fuese amenazadora. De hecho, lo único real era el peligro, y estuve a punto de izar la bandera australiana y de dar a mi correspondencia el carácter de correo diplomático a fin de hacer patente mi neutralidad. La obcecación del ser humano en su relación con los demás se parece a veces a la que domina a los perros cuando rivalizan en torno a una perra en celo.

Del mismo modo que tarde o temprano, en el curso de alguno de sus juegos, el niño termina por hacerse daño —lo que no deja de formar parte de una normal toma de contacto con la realidad—, así, de modo semejante, cuando los pueblos

se entregan a este tipo de escenificaciones colectivas producen daños y se los infligen, siendo sus secuelas lo que con frecuencia por más tiempo pervive a modo de recuerdo de lo sucedido. Buen ejemplo de ello sería la presencia en el pueblo de un forastero atraído, al parecer, por el hallazgo de los restos de una miliciana que se cree fue fusilada por aquel entonces; dichos restos han aparecido en una cuneta cuando se realizaban obras de ampliación de un desagüe. Esto es al menos lo que sospecha Planas, el director de la agencia local del banco, que ha venido a convertirse en una especie de administrador de mis bienes. Ha llegado a tal conclusión a partir de una serie de coincidencias de nombres y fechas que ha observado en el curso de las operaciones realizadas por cuenta del forastero, no porque este le haya hecho comentario alguno. De estar en lo cierto, podríamos no estar hablando de un forastero, ya que nació en Miralrío poco antes de la guerra y, al desaparecer su madre, la miliciana, habría sido educado por sus abuelos lejos de aquí. Se da el caso de que su abuelo, Eduardo Pons, fue un antecesor de Planas en la agencia bancaria. Planas no es persona de muchas luces, pero tiene un carácter sistemático y fiable.

Para una mente abierta a todos los signos, la información verbal es solo una de las muchas maneras de captar cuanto sucede a nuestro alrededor. A manera de imán, una mente receptiva atrae la noticia. Nadie imagina, por ejemplo, la cantidad de información que puede aportar el papel de periódico con que el zapatero remendón envuelve el calzado que acaba de reparar al cobrarnos el trabajo realizado.

El triunvirato

El menos malo y también el que, como si dijéramos, tenía más cabeza era Valentín, el maestro del pueblo. Como persona, no era malo; lo malo eran sus ideas. Decía que no había felicidad sin igualdad, ni tampoco libertad. Decía que la libertad debía ser total para todos. Decía que a los niños había que enseñarles a leer y escribir para que después pudieran estudiar lo que en cada momento les diera la gana. Sin asignaturas obligatorias: lo que en cada momento les diera la gana. ¡Imagínese! Era lo que aquí llamamos un idealista. ¿Qué pasaría si todo el mundo pudiera hacer lo que quisiera, cuando dos personas quisieran lo mismo? Pero no era mala persona.

El Antón ya era más de cuidado, en el sentido de que era de armas tomar. Andaba metido en sindicatos agrarios y más de una vez se las había visto con la justicia. La más sonada fue el asalto a un camión que transportaba cerdos en canal: sacaron los canales y los amontonaron en la autopista, provocando un atasco de kilómetros. Protestaban por la caída del precio del cerdo. Y no crea que él tenía muchos; criaría uno o dos para consumo propio. Pero decía que encontraba injusto que mientras él no podía ganar, digamos, más de diez, otros ganaran mil o un millón. Su idea era expropiar; expropiar y repartir. Y como tenía lo que se dice dotes de mando, sin que él llegase a pedirlo ni nadie se lo discutiera, vino a convertirse del modo más natural en el jefe, en el número uno, y por eso ocupó el despacho del alcalde.

El Organista se apuntó en el último momento. Tenía una mercería y nadie sospechaba que fuese de ideas revolucionarias. Pero aún hay quien recuerda haberle visto subir las escaleras del Ayuntamiento para ponerse a disposición del Comité. Se ve que fue entonces cuando ofreció a los otros dos sus servicios de comisario político: su misión sería hacer cumplir las órdenes que ellos dieran en cuestiones relacionadas con la seguridad; las órdenes que fueran, sin entrar en su

contenido, que él no estaba allí para discutir las, sino para que se cumplieran. En estos casos lo normal es formar un triunvirato, dijo: Vosotros dos y yo. Y expuso una serie de antecedentes históricos. Se ve que los otros dos le escuchaban admirados.

Como ese paseante ocioso que el azar convierte en testigo de, por ejemplo, un magnicidio, del relucir de pupilas y dientes apretados desde el fondo de una cara perdida entre pelos rojizos que precede al gesto de lanzar la granada al interior de la carroza que, como una corola, adorna la presencia del monarca o del príncipe heredero o de la reina regente, o bien, cuando a nuestro paseante, tras aparcar el coche e incorporarse al ir y venir de las aceras, el hecho casual de alzar la vista para mejor aspirar con satisfacción y optimismo el aire fresco de la mañana le lleva a sorprender el momento en que el francotirador apostado en una ventana encara el rifle hacia el descapotable presidencial; así como ese paseante ocioso, así nuestro transeúnte anónimo que callejeaba sin atenerse a itinerario preestablecido alguno, paseando por pasear, por estirar las piernas, pudo observar cómo aquel individuo, tras tomar impulso, embestía al autobús en un intento de pillarle por sorpresa mientras doblaba la esquina a toda velocidad, de golpearlo en el momento de mayor inestabilidad como si de un cervatillo alcanzado en pleno salto se tratase, de forma que el conductor, al frenar en seco y virar a la izquierda en un intento de no aplastar al asaltante, no pudo impedir que el vehículo patinara y virase sobre sí mismo barriendo lateralmente a una pareja que conversaba en la acera. En el tumulto que siguió al accidente, tanto los pasajeros que bajaban tambaleándose como los viandantes que habían optado por detenerse a curiosear parecían coincidir en que la culpa era del conductor, un animal que se había llevado por delante a tres peatones, por lo que la policía tuvo que aplicarse a calmar los ánimos no menos que a dar paso a las ambulancias, sin prestar atención a nuestro anónimo transeúnte en sus intentos de explicarles que alguien estaba haciendo suyo el móvil escapado acera adelante de las manos de la mujer accidentada en el momento del impacto. ¡Conducen como locos! ¡Parece mentira que la empresa municipal no mire a quién contrata! ¡Yo les

colgaba a todos de los huevos! Al llegar los de la tele, el transeúnte anónimo quiso contarles lo que había visto, pero la policía, ocupada ahora en abrir paso a las ambulancias que partían, le invitó a circular.

Ejercicios de tiro

Los días que siguieron a la toma de poder por los del Comité fueron de un gran desconcierto; luego, la gente procuró volver a su vida normal entre las idas y venidas de la milicia y el paso de voluntarios de otros lugares. Pero en los primeros momentos, los comercios quedaron a cargo de las abuelas, de las tías solteras, porque el resto de la familia estaba en la calle pendiente de lo que ocurría. Los milicianos se pasaban la mañana haciendo instrucción militar en el campo de fútbol y, por la tarde, prácticas de tiro. La mayor parte de las armas requisadas eran de caza, por lo que no se contaba más que con cinco fusiles y había que turnarse. Hubiera baile o no lo hubiera, cada noche era una fiesta. Milicianos y milicianas se dedicaban a lo que llamaban confraternizar, y se ve que pasaba de todo. Lo que se dice de todo.

Pese a la confusión, incidente serio en estos primeros momentos no hubo más que uno. Al día siguiente de la proclamación, o tal vez al otro, el exalcalde, vamos, el alcalde destituido —que era el médico—, llegó a su casa herido de bala. La mujer y los hijos lo metieron en un coche y ya no volvieron. Se dijo que era cosa del Verdura, que el Verdura le había pegado un tiro. Y como el médico era una persona muy apreciada en el pueblo, enseguida se reunió en la plaza un montón de vecinos soliviantados por lo que había ocurrido. Al final compareció el Verdura rodeado de sus milicianos y explicó que todo había sido un accidente, que el doctor y él se hallaban practicando un poco de tiro al blanco y que fue así, ni más ni menos, como sobrevino el accidente.

También Eduardo Bondat se plantó de inmediato en la plaza. Dijo que no lo decía porque supiera tirar, pero que al que no supiera habría que retirarle el arma. Y se llegó al Fomento y se tomó un vermut con berberechos picantes. El Verdura era un hombre grande y corpulento, de cara también grande y rasgos algo caídos, con ojos que siempre parecían reírle, por lo que resultaba difícil

saber si hablaba en serio o en broma. Valentín, en cambio, tenía una mirada seria, casi ansiosa, tal vez por la atención que ponía en lo que le estaban contando, mientras se notaba que bajo la piel se le contraían las mandíbulas.

Cambio horario

Volvió a guardar en la carpeta las siete entregas cuidadosamente recortadas de *La Edad de Plástico*, no sin demorarse aquí y allá en determinados párrafos que ya en su día le habían llamado la atención. Elsa no parecía tener ninguna prisa en reunir sus relatos en un libro. Decía que publicando en el periódico no recibía más que las opiniones favorables de quienes la leían, mientras que sacar un libro era someterse a la indiferencia general.

A Ramón seguía sorprendiéndole, sobre todo, la perspicacia de Elsa, la capacidad de observación que ponía de manifiesto en cada página. Así, el párrafo aquel en el que hablaba de esa gente que en un lugar público cualquiera —la cola de espera ante la ventanilla de un banco, al pie de un semáforo, en el atestado interior del metro—, al verse observada, suelta una tosecilla como para demostrar que sufre, o que lleva camino de ir hacia alguna parte o, simplemente, que existe, a semejanza de ese niño que reanuda los lloros cuando la aparición de un adulto le recuerda que en eso andaba momentos antes. Una observación que hubiera podido ser suya. Siempre le había extrañado que otros captaran lo que en ocasiones tenía la impresión de ser el único en captar. Y con la misma agudeza.

Pero lo que si fuera crítico literario le resultaría más llamativo en los relatos de Elsa era, sin duda, la recurrencia de sus temas, la forma en que se repetían bajo apariencias diversas. Personas que se liaban solas de tanto fantasear, de tanto dejarse llevar por sus fabulaciones. Seguro que del enredo que se había creado en relación a Iris y a Carmen terminaría saliendo un cuento. Elsa cambiaba siempre las apariencias, pero a Ramón no se le escapaba una, detalles que para el lector común no tenían ningún significado especial. Por eso estaba seguro de que, al menos hasta el momento, lo de Ludwig no había surgido ni directa ni indirectamente, cosa que no dejaba de extrañarle.

Celebración

La proclamación del Comité Revolucionario como autoridad máxima del municipio se celebró con una gran fiesta, momento que algunos —gente de posición o identificada con el Gobierno— aprovecharon para escapar. La proclamación propiamente dicha se hizo desde el balcón del Ayuntamiento, y aunque allí se hallaban presentes los tres líderes y el que presidía era Antón, fue Valentín el que habló a la multitud. Proclamó la igualdad total de todos los vecinos, con independencia de edad, sexo y condición, declarando abolida toda relación de dependencia respecto a patronos, padres, cónyuges y demás personas a las que habitualmente se supedita la voluntad de otro. Nadie podía verse coartado en su voluntad por ningún género de reglas, órdenes o convenciones.

La plaza estaba llena de bote en bote y la gente, en especial la gente joven, aplaudía a rabiar. Había sido organizado un bufet abierto a todo el pueblo en los jardines del hostel del Mirlo Blanco, con cargo a los fondos municipales, y en tanto se hacían los preparativos hubo en la plaza barra libre atendida por el personal del Fomento. Y, claro, para cuando la comida estuvo lista, la gente ya se había achispado y ni se acordaba del banquete.

Entre los presentes se encontraba un buen número de temporeros venidos a trabajar en las cosechas, gente del sur, gente espontánea, con mucha gracia y mucho desparpajo. En un momento dado, uno de ellos dio por el culo a otro ante la expectación general, ambos de pie, uno con la bragueta abierta y el otro con los pantalones caídos, apoyado con ambas manos en la fuente de la plaza. La exhibición fue muy jaleada y aplaudida, especialmente por las chicas, que, para entonces, ya se habían alistado masivamente en la milicia. Pero a quien aquel espectáculo pareció dejar más sobrecogido fue al padre Julián, del que desde hacía un tiempo sospechábamos que se entendía con el nuevo chófer del autobús de línea, un muchacho conjuntado como si fuera jugador de béisbol, calzado

deportivo, pantalones de cintura alta, camiseta, gorro de visera calado hasta los ojos, conforme todo él a la silueta curvada propia de una banana, por lo que entre nosotros le llamábamos Cara Polla.

Luego se celebró un baile que duró hasta bien entrada la noche.

Cambio horario

El proceso creativo de Elsa tenía bastante en común con el suyo, por diferentes que fueran tanto el propósito como el resultado final. Al escribir, ella pasaba de la observación concreta tomada de la realidad a una peripecia argumental en la que lo observado adquiriría un significado distinto, acorde con el paisaje literario del que había entrado a formar parte. Y Ramón, aun antes de empezar a pintar, pasaba de la observación concreta al planteamiento conceptual, previo a la propia composición, en el que iba a residir la singularidad del cuadro. Todo el secreto era ese: la abstracción como paso obligado entre la cosa y su representación plástica.

La gente del mundo del arte, perdida en sus *instalaciones y propuestas* cada vez más teatrales, no tenía ni idea de hasta qué punto la palabra estaba destinada a ganar importancia; personas como Gies o Mary Ann eran la excepción. Ahora que ya no existía ni una técnica ni un canon objetivos, la dimensión que brindaba la palabra iba a ser cada vez más decisiva. Lo contrario de lo que sucedía con el relato literario, por cierto, con la novela, con el cuento, un género destinado a verse paulatinamente condicionado por la imagen.

Si los cuadros tenían título era porque tradicionalmente se había reconocido el valor de la palabra en la pintura. Pero la clave no residía en el título, sino en la observación inicial que estaba en el origen del cuadro. Su serie *Viernes*, por ejemplo, con su evocación de un mar de plásticos y botellas rotas, trozos de grafiti, signos informáticos, emblemas, suelas claveteadas. Había salido a dar un paseo y, al acceder a una plaza del barrio antiguo, se encontró con que había rebasado a un grupo de jóvenes presos de una gran agitación. Al blandir uno de ellos un inmenso bolo de madera, como a resultas de una señal, empezaron a surgir puños americanos, navajas, bates de béisbol, cadenas, objetos contundentes, y solo entonces un griterío lejano permitió advertir a Ramón que,

al otro extremo de la plaza sorprendentemente desierta, se había formado otro grupo de similares características. Mejor que se aleje de por aquí, abuelo, le había dicho uno de aquellos chicos, que va a haber baile. Ramón se quedó atónito. ¿Abuelo? ¡Si tenía apenas cincuenta y todo el mundo le echaba todavía menos!

Recientemente había sugerido al director del periódico que al reseñar los cumpleaños del día en la sección de Sociedad obviase su nombre, es cierto; pero no lo hizo porque su aspecto físico fuese precisamente el de un abuelo, sino porque a nadie podía hacerle gracia que quienes ni siquiera conocían su obra conocieran puntualmente su edad. El director le había hecho ver que se trataba de una noticia objetiva, como la previsión meteorológica, y que, de suprimir su nombre, más de un lector podría darle por muerto. También le había recordado que si junto con la mención publicaban su foto desde hacía años, era porque, según tenía entendido, el propio Ramón había telefoneado al director de aquel entonces, haciéndole saber que consideraría una muestra de deferencia por parte del periódico el que lo hicieran. Lo que tampoco dejaba de ser cierto.

El paseo

Por lo que se ve, vamos, por lo que se sabe, el Verdura disparó contra el doctor con toda intención, o sea, con la idea de matarlo. Dicen que ya antes, en una reunión del Comité, había propuesto que lo colgaran del balcón del Ayuntamiento, pero el Valentín se opuso porque dijo que la justicia debía ser ejemplar y que, si hubiera motivo, no le temblaría el pulso al firmar aquella sentencia y todas las que hicieran falta. Pero, en este caso, dijo, no veía el motivo, y el pueblo tampoco lo iba a ver. Había que hacer las cosas con orden y lo primero era confeccionar listas. El Organista callaba y sonreía, ya que aún se sentía como un invitado de los otros dos.

Pero el Antón era terco, y ya por su cuenta y riesgo dijo al doctor que quería consultarle un asunto acerca de la gestión del Ayuntamiento, y le propuso dar un paseo para poder hablar sin testigos. El doctor aceptó con la misma buena disposición con que había renunciado a seguir siendo alcalde, pero, ya fuera del pueblo, al ver que el otro pretendía conducirlo por caminos secundarios y sobre todo que, concentrado en esa búsqueda de un lugar adecuado, no le estaba exponiendo propuesta alguna, se detuvo y dijo: Tú no quieres dar un paseo; lo que tú quieres es *darme el paseo*. Entonces el Antón sacó el arma, forcejearon y la pistola cayó al suelo, momento que el doctor aprovechó para escapar corriendo en zigzag lo más aprisa que pudo, rechoncho pero rápido. El Antón corrió tras él, pero era más pesado, y al ver que le perdía se detuvo y disparó varias veces, hiriéndole en un brazo.

El pueblo no tardó en enterarse de lo que realmente había sucedido y casi todos estaban en contra. Pero lo decían por lo bajo porque, pasada la indignación de los primeros momentos, les entró miedo. A uno que intentó hablar con los del Comité para hacerles ver que el pueblo apreciaba al doctor, el Antón le salió con bromas acerca del padre Julián, que desde la proclamación se pasaba la tarde en

los billares. Ahora, el Antón le llamaba la madre Juliana.

El Indiano

Ancianos iracundos

La conciencia de la propia estulticia lleva al humano a imaginar un ser inteligente y sabio que conoce todo lo que él desconoce, y que por fuerza tiene que haber creado un mundo que suele funcionar mejor que cuanto él ha sido capaz de crear.

Sin embargo, hasta en su intento de perfilar los rasgos de ese Creador, el ser humano termina por estropearlo todo. De ahí que la representación más extendida sea la de un iracundo Anciano, esquizofrénico además de paranoico, que desconfía de aquellos a quienes ha creado y les tiende trampas y les somete a sanciones no tanto arbitrarias cuanto inapropiadas, dado el carácter inocuo de la presunta falta cometida. Todo un modelo de comportamiento, ya que, a semejanza de ese dios, los viejos caciques de pueblo, que indefectiblemente terminan por creerse todopoderosos, y, como ellos, cuantos se erigen en dirigentes de pueblos, de naciones, de revoluciones.

Por lo demás, asombrarse de la sabiduría animal o de la perfección de los ciclos naturales es la boba constatación de una evidencia. Hasta los pequeños peces en pos de sus mayores que divisaba desde el espigón de Adelaida tenían un conocimiento más preciso del mundo en que vivían que el que tiene del suyo la mayor parte de seres humanos. Por no hablar ya de los pájaros, sin duda los más inteligentes. Pero entre uno y otro extremo, no conozco una sola especie que dedique su breve vida a causar la infelicidad a sus semejantes. De ahí que, a fin de alcanzar una mayor independencia de criterio, cuando decidí situar al ser humano en el centro de mis reflexiones, optara, a semejanza del gran Descartes, por hacer tabla rasa de los conocimientos previos existentes, pero cuidando que esa tabla rasa tuviera carácter global. Esto es: a diferencia de Descartes, situarme, no al margen de los conocimientos científicos y filosóficos, sino por

encima.

VII

Repasó la lista: jamón en dulce, serrano, sobrasada, bragas, limones, librería, bizcochos, hojaldres, nata, banco, vainilla. ¡Qué cosa más caótica! Primero el banco, luego la librería, luego la pastelería y, a la vuelta, el súper. ¿Y la *boutique*?

En el banco, mientras aguardaba su turno, Lola organizó mentalmente la merienda del cumple: bandejas de emparedados de jamón, sobrasada y algo más, queso, por ejemplo, dispuestas sobre la mesa de la galería; en la mesita alargada, las tazas de chocolate, que se serviría con bizcochos y hojaldres, y las jarras de limonada. Ni refrescos ni porquerías: limonada. Contando a Quico iban a ser trece. También tenía que encargar el pastel y las velas. Y telefonar a casa para recordar a Selma que en el gazpacho no pusiera ni pimiento ni pepino; tenía que ir aparte, bien cortadito. Como la manzana, que le daba un toque especial. A Teresa, como a casi todos en la familia de Antonio, se le repetía el pepino, y María Emilia decía que si probaba el pimiento se pasaba la tarde sentada en el retrete.

Al salir del banco se cruzó con Eduardito, el hijo de los Bondat, pero cayó en la cuenta de quién era cuando ya lo había dejado a sus espaldas, de modo que hizo como si no lo hubiera visto. Le había costado situarlo, acostumbrada como estaba a verlo por el pueblo, en la terraza del Mirlo Blanco sobre todo. Un tío guapo, bien plantado, y con un carácter animoso de esos que contagian la alegría. Un poco pintas, también, pero siempre con buenos modales. El yerno ideal más que el marido ideal. Se llevó las manos a los oídos. ¡Qué pesadilla aquel sonar de sirenas arriba y abajo! Decían que un coche bomba había hecho explosión en pleno centro.

En la librería, Lola dudó un rato entre un Salgari y *Lord Jim*, y finalmente se los llevó los dos. Quico ya empezaba a ser mayorcito. No iba con la idea de

comprarse nada, pero según pasaba vio la edición francesa de *Monsieur Teste* destacada en un mostrador y se hizo con un ejemplar. Ignoraba que Valéry hubiera escrito una novela. Los poetas no solían ser buenos novelistas, pensó; tampoco los críticos lo eran. Demasiado lineales. No sabían expresar con la debida complejidad los diversos aspectos del problema. Para problema, el suyo. Repasó la lista de cabo a rabo procurando centrarse en el significado de cada palabra. Sí, las bragas.

Solo ante la puerta de la *boutique* se dio cuenta de que no le apetecía entrar, de que iba a ser mucho mejor dejarlo para otro día; incluso evitó mirar el escaparate, los sujetadores rojos y negros allí expuestos cuya presencia advertía con el rabillo del ojo. Lo que tenía realmente delante era el diagnóstico, el resultado de la biopsia, la mirada del doctor al decirle que había que extirpar, la sonrisa forzada de su expresión, difícil de interpretar hasta el extremo de hacerle preguntarse si hablaba en serio o simplemente trataba de poner al mal tiempo buena cara. ¡Tómese un whisky doble!, había empezado diciendo casi jovial. Mientras, Lola asimilaba poco a poco el anuncio de que el cuerpo se le había convertido en su peor enemigo, en algo que desde su interior maquinaba contra ella. Un interior al que no podía controlar de modo semejante a como controlaba las manos o los pies o los ojos o la lengua. Ni siquiera como una controla el pipí o un pedete. Áreas oscuras que se revolvían contra ella. Telefoneó a casa y le dijo a Selma lo del pimiento y el pepino.

¡Lola!, oyó de pronto. Y Eduardito la cogió de la mano y el codo mientras la besaba casi en los labios. ¡Qué descaró!, pensó. Pero al mismo tiempo le hizo gracia. Hablaron de Miralrío, Lola para explicarle que ellos no pensaban volver por allí hasta que las cosas se calmaran. Si no pasa nada, decía Eduardito, un poco de teatro, de escenografía revolucionaria, que tal vez termine por costarle caro a más de un infeliz, no digo que no. Además, entre hoy y mañana estará bajo control militar y verás qué pronto las cosas vuelven a su cauce, decía. De súbito, Eduardito hizo el gesto de atraerla o empujarla mientras gritaba algo, y fue como si una ola gigante los elevara de un golpe a los dos.

Cambio horario

Hay episodios de la vida que no tienen cabida en un libro de confesiones, toda vez que, más que aclarar ideas, las confunden, dada la dificultad de poner al lector en los antecedentes que el episodio requiere, de introducir un número tal de precisiones que por sí solas llenarían otro libro. Este era el caso del episodio de Ludwig, un primo de Elsa al que de niño llamaban así porque parecía alemán. Aquel verano, por iniciativa de Elsa —ya que a Ramón no le importaba quedarse en la ciudad—, habían alquilado un chalet en primera línea de playa, y Ludwig estaba invitado a pasar unos días. Llegó a finales de agosto, poco antes del cumpleaños de Ramón, y aquella noche salieron de copas con unos amigos, y Elsa y Ludwig bailaron muy agarrados, como si actuaran por cuenta de la casa, y el público les aplaudió con regocijo; a Ramón el baile siempre se le había dado bien, pero le divertía ver a Elsa tan lanzada, y prefirió quedar al margen.

Al día siguiente tenía que ir a la ciudad para traerse del taller determinados materiales de trabajo. Se levantó temprano, procurando no despertar a Elsa, y se puso al volante sin otro desayuno que un café. Llevaba en la carretera cerca de media hora cuando cayó en la cuenta de que ni tenía las llaves del taller ni, siendo sábado, iba a encontrar abierta la portería. Pensó que, pese a la pérdida de tiempo, le merecía la pena dar media vuelta y recoger las llaves, que muy probablemente se habían quedado en la chaqueta de hilo. Al entrar con cuidado en la habitación encontró a Elsa y a Ludwig en el centro de la cama, desnudos a la luz de la mañana, ella a cuatro patas y él detrás, enganchados como perros. Ambos le daban la espalda y Ludwig agarraba a Elsa por las caderas, como para dar mayor contundencia a sus embestidas. Fue el primero en verle, a través del espejo, y dejó de moverse. Solo entonces pareció Elsa percatarse de su presencia, vuelta la cabeza hacia la puerta, ebria la mirada, no ya como si le costara reconocerle, sino como si hasta le costara reconocerse a sí misma.

—Vaya, esto sí que ni me lo esperaba —dijo Ramón.

El grupo escultórico se deshizo en un instante.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Elsa como atontada.

—O sea que la culpa es mía —dijo Ramón.

—Lo siento —dijo Ludwig—. Esto tenía que haber pasado cuando éramos unos críos.

—Es cierto —dijo Elsa—. Era como algo pendiente. Ni para él ni para mí tiene mayor importancia.

—Por lo visto solo la tiene para mí —dijo Ramón—. Bueno, me voy a dar una vuelta. A ver si todos nos despejamos un poco.

Sin darse apenas cuenta, se encontró caminando a lo largo de la playa con paso apresurado. A esas horas allí no había más que gente del pueblo, con abuelos y críos, y alguna que otra pareja escandinava. No comprendía que pudiera sucederle lo que le estaba sucediendo, que fuese real aquella sorpresa, el panorama que se había encontrado. Le dolía mucho; físicamente, incluso. Hasta entonces, había atribuido a Elsa una sexualidad similar a la suya, más próxima al interés que suscita el conocimiento de un curioso fenómeno que a la experiencia personal. Sin embargo, estaba claro que tenía que darle la vuelta a la situación y, sobre todo, blindarse, sentirse inaccesible al agravio, invulnerable. Y, a partir de ahí, asentar sobre unas nuevas bases su relación con Elsa.

Cuando emprendió el regreso, la playa empezaba a estar desagradablemente llena, y se hacía incómodo andar sorteando los grupos de gente. En la casa, Ludwig se había ido y Elsa tomaba un té a la sombra de la terraza, los ojos protegidos por las gafas de sol. Se las quitó para mirarle.

—Lo siento —dijo.

—Ya —dijo Ramón—. Podrás imaginar que yo también. Pero lo cierto es que tampoco yo estoy limpio de falta. Hay una cosa que debiera haberte dicho hace tiempo: que soy homosexual.

—¿Tú? —dijo Elsa—. ¿Que tú practicas el sexo con hombres? No me lo puedo creer.

—Pues debieras. Aunque no soy una loca, si te refieres a eso. Las locas me horrorizan.

—Entonces, ¿qué haces? Tenemos muy pocos amigos que sean homosexuales.

—Tampoco podría tener una relación estable con nadie, y menos con un

amigo. Solo me interesa el sexo anónimo. Empecé yendo a determinados cines. Hasta que descubrí las saunas.

—¿Desde antes de conocernos, todos estos años?

—Prácticamente, desde que era niño.

—Nunca me dijiste nada.

—Por eso tampoco puedo reprocharte nada. Si acaso, que me haya enterado de lo de Ludwig como me he enterado. Yo siempre he tenido buen cuidado de no traerme a nadie a casa. Y de que no te enterases de nada. Y es lo único que te pido: reciprocidad. Que nadie se entere de nada.

Tangos

A veces, los del Comité tenían que dejar a un lado cuestiones importantes, como la elaboración de listas o la aprobación de decretos o el aprovisionamiento de armas, para ocuparse de asuntos menores pero que, como quien dice, estaban en la calle y desde allí parecían ascender como una crecida de agua por las escaleras del Ayuntamiento. Este era el caso de las historias que se contaban acerca de los extremos a los que había llegado la confraternización entre milicianas y milicianos.

Valentín decía que aquella relajación de costumbres desviaba a la juventud de los verdaderos objetivos revolucionarios. Que había que volver al baile de los sábados y solo hasta medianoche. También establecer limitaciones al consumo de alcohol, una especie de cupón que diera derecho a un máximo de tres consumiciones, y, por supuesto, prohibir el hachís, por decadente. En contrapartida, dijo, hay que promover otras actividades como el deporte y los concursos, la alegría sana. También propuso organizar marchas nocturnas, así como intensificar la preparación militar de quienes se presentaran voluntarios a las movilizaciones que preparaba el Comité Regional.

El Verdura le dejaba hablar, como desentendiéndose, hasta que le oyó decir que sería conveniente prohibir los tangos.

—¿Y por qué habríamos de hacerlo?

—Porque los tangos están en el origen de la relajación de costumbres que nos está invadiendo. Es una música decadente.

—Pues a mí me gustan: son canciones de lo más viriles.

—Lo será la letra; la música es una invitación al acto sexual.

—Lo que yo digo: muy viriles.

—Precisamente —terció el Organista con suavidad, como para aportar sensatez—. El que no esté dotado para este baile puede sentirse excluido.

—¡La pena que me da!

Y Antón, el Verdura, dio un puñetazo en la mesa. Fue la primera vez, por lo que se ve, que hizo uso de esa autoridad moral que los otros dos le habían concedido desde el principio. Y pasaron a estudiar el pedido de armas que pensaban dirigir al Comité Regional. El Antón insistía en la necesidad de contar con unos cuantos obuses y lanzagranadas por su utilidad cuando el enemigo se halla a cubierto.

Cambio horario

Considerada a partir del presente, se diría que su relación con Elsa siempre había sido como venía siendo tras el tácito acuerdo al que habían llegado cuando lo de Ludwig. Era como si sus primeros años de matrimonio, cuando ella debió de descubrir que Ramón no era un hombre especialmente fogoso, se hubieran fundido sin solución de continuidad con la situación creada tras aquel acuerdo tácito. En cierto modo, Ramón se sintió más cómodo a partir de entonces. Eso sí: durante años, cada vez que Elsa decía que se iba a cenar o almorzar con unos amigos o que iba a volver tarde, Ramón experimentaba una insidiosa agitación interior, pendiente de su regreso y hasta del aspecto físico que tendría a su llegada. Pero ni él preguntaba ni ella solía precisar con quién se había visto ni lo que había hecho. Él, por su parte, también desaparecía alguna que otra tarde de forma rebuscadamente discreta.

Al principio se había creído en la obligación de dar un toque de desenfado a la nueva situación creada entre ambos con algún comentario de carácter general relativo a sus propias aficiones. Lamentar, por ejemplo, que las mujeres no dispusieran de un recurso tan fácil como el que para los hombres representaba la sauna. Y lo hacía con tal convicción que él mismo llegaba a creerse un asiduo de las saunas. Incluso había considerado la posibilidad de hacer este tipo de comentarios ante terceros, pero ni hubiera encontrado el tono adecuado, ni le parecía posible que esta nueva faceta de su personalidad fuese a encajar con su imagen de pintor o con su pintura. Lo de la especial sensibilidad de los homosexuales podría ser válido en relación a la danza o a la moda, pero no en relación a las artes plásticas.

Con el tiempo, la desazón que le producían las ocasionales ausencias de Elsa se fue atenuando, aunque más que desaparecer del todo se vio sustituida por la curiosidad, una curiosidad que incluso alcanzaba un punto de excitación. En el

fondo, seguía intrigándole la expresión de ausencia con que Elsa se volvió a mirarle cuando la sorprendió con Ludwig. De ahí que en una ocasión en la que se hallaban bromeando alegremente ante sendos martinis, Ramón, de forma distendida y casual, le preguntara qué estaban haciendo exactamente ella y Ludwig cuando él abrió bruscamente la puerta, o mejor, qué le estaba haciendo Ludwig. Elsa no se lo tomó a mal, pero le respondió sin asomo de sonrisa:

—A veces las cosas son lo que parecen —dijo.

Obstáculos

Los del Comité se reunían a diario y, aunque sus juntas eran secretas, como siempre había milicianos que entraban y salían, el pueblo se iba enterando de lo que hablaban. A veces surgían imprevistos y entonces celebraban una reunión extraordinaria, como la que hubo cuando el guarda municipal —que se había pasado a la Revolución— detuvo a unos búlgaros que estaban saqueando la villa de unos antiguos veraneantes. Los del Comité deliberaron acerca del caso y, contra la opinión del guarda, que proponía un castigo ejemplar, decidieron indultarles. Redactaron un escrito en el que se decía que lo revolucionario era brindarles una segunda oportunidad y se les buscó alojamiento y un empleo —encargados de la limpieza pública, en este caso—, trabajo que efectivamente fueron realizando hasta que tuvieron la ocasión de huir. Que me los vuelva a encontrar, dijo entonces el Antón.

El principal obstáculo con que se topaban los del Comité era que sus resoluciones no podían ser sino de carácter teórico, sea en forma de declaraciones de principios, sea en forma de planes para el futuro, pues temían que, de ponerlas en práctica, el Gobierno mandara de inmediato un destacamento y acabara con la situación creada y los logros obtenidos. Fundamentalmente, que hubieran proclamado la Revolución sin estar en condiciones de actuar en consecuencia. Una cosa eran las proclamas y los bandos municipales o las prácticas de tiro y la instrucción militar, y otra muy distinta pasar a la acción. La gente suele creer que una guerra consiste en una serie de choques armados, con frentes consolidados y hasta trincheras, cuando, si así fue en otros tiempos, ya no lo es desde hace años. En definitiva, durante toda la guerra se pudo ir sin problemas a la ciudad, y allí mandaba el Gobierno. Había puestos de control y patrullas, y en la ciudad eran frecuentes los atentados y las explosiones, pero la gente lo vivía en cierto modo con normalidad o al menos intentaba hacer su vida

como si todo fuera normal. Y los del Comité hacían sus planes y esperaban que llegara el momento propicio.

Así, aparte de los proyectos de expropiación y posterior colectivización de tierras y negocios, elaboraban la lista de las personas que habrían de ser juzgadas por los tribunales populares, lo que provocaba frecuentes enfrentamientos por disparidad de criterios; había acuerdo, por ejemplo, respecto a los Bondat, sobre todo respecto a Eduardo, pero también respecto a los padres e incluso al abuelo, que era quien había convertido a la familia en los principales terratenientes de Miralrío. Pero había otros propietarios y gente acomodada cuyo caso no era tan claro, como el señor Pons, director del banco, que más bien contaba con la simpatía del pueblo. Valentín nunca salió en su defensa, pero se cree que si el señor Pons y su señora huyeron a la primera de cambio, fue porque así se lo aconsejó a través de Silvia, su hija. Otra persona que estuvo a punto de entrar en la lista fue el Indiano, a propuesta de Antón Verdura. Siempre allá arriba, se ve que dijo: En su casa, sin mezclarse con los demás, como si se sintiera superior. El Valentín salió en su defensa: Que yo sepa, ni explota ni ha explotado a nadie, dijo. Y se ha casado con una negra, dijo el Organista en su apoyo.

Cambio horario

Para Ramón estaba claro que precisar las características de su sexualidad — sobre todo por escrito— no era tarea sencilla precisamente por lo que tenían de poco común. Sí: le faltaban puntos de referencia. Solo de adulto descubrió que la sexualidad era, no una circunstancia ocasional de rasgos más bien grotescos, que daba lugar a toda clase de figuraciones jocosas y maliciosas bromas, sino una práctica habitual sobre la que, como de tácito acuerdo, se extendía un velo de reserva, así como diversas fórmulas de sobreentendidos, una de cuyas variantes era, precisamente, el recurso al humor. Lo que en la edad escolar se reducía a baladronadas y fantasías, entre adultos había resultado ser una realidad. El que nunca se sintiera cómplice de las obsesiones sexuales de sus compañeros de colegio era debido a que incluso la práctica más extendida, la masturbación, que descubrió de forma casual por sí mismo a partir de una sensación inicialmente placentera, se convirtió en una experiencia sobrecogedora en cuanto le sobrevino el orgasmo, una especie de desagradable tiritona que le doblegaba sobre sí mismo, acompañada de una emisión líquida cuya viscosidad se trocó en sustancia acartonada cuando todavía no se hallaba del todo repuesto. Solo entonces, al reconstruir mentalmente lo acontecido, cayó en la cuenta de que había experimentado una verdadera sensación de pánico. Temiendo no ya que le diera algo sino incluso morir.

Al empezar a salir con chicas, cuya compañía prefirió siempre a la de los chicos, no tardó en percatarse de que su indudable éxito, el hecho de que se sintiera incluso disputado, se basaba, ni más ni menos, en la escasa insistencia con que él buscaba compañera, en la medida en que le venía a dar igual salir con una que con otra. Tanto más cuanto que no bien ellas, con su conducta, sugerían algún tipo de aproximación sexual, Ramón empezaba a escurrir el bulto. Consciente de su inexperiencia y con ánimo de remediarla, se unió a las asiduas

visitas al prostíbulo de algunos de sus amigos. Aunque se guardase bien de contarlo, el resultado fue siempre decepcionante, ya que, aun en frío, no bien se veía sometido a la más mínima manipulación, le sobrevinía un orgasmo tan desagradable como el primero, seguido de un deseo compulsivo de acabar cuanto antes con semejante situación. De ahí que a las pocas salidas empezase a pagar a las chicas por no hacer nada, con el pretexto de que ya lo había hecho con otra un rato antes. Las salidas se acabaron cuando, por las bromas de sus compañeros, llegó a la conclusión de que alguna de las chicas se había ido de la lengua.

En la práctica, Elsa había sido la primera y única persona con la que había mantenido una relación sexual completa, y no tanto porque él la hubiera buscado cuanto por la determinación de Elsa de que así fuera. Sin embargo, desde que se casaron hasta lo de Ludwig, Ramón siguió experimentando cierto temor a la relación sexual o, mejor, temiendo no saber responder o no estar a la altura, por lo que procuraba que tal situación se produjera lo más raramente posible.

Sus experiencias en diversas saunas no fueron más afortunadas, lo que no dejaba de ser una respuesta a las preguntas relativas a la propia sexualidad que le habían llevado a realizar semejantes incursiones. Lo normal era que aquí y allá, en la penumbra de aquellos ámbitos, surgiera alguna que otra mano que le palpara los genitales a través de la toalla que llevaba anudada a la cintura; al comprobar su flacidez, soltaban la presa de inmediato sin que en ningún momento se hubiera cruzado palabra alguna. Solo en una ocasión la mano anónima se abrió paso entre los pliegues de la toalla hasta alcanzar las nalgas, con el evidente propósito de introducirle un dedo, lo que le impulsó a escapar y a no volver nunca más.

Experiencias todas ellas de escasa entidad y, en este sentido, difíciles de reseñar. Como su relación con el tabaco, el hecho de que cuando aún fumaba no lo hiciera porque le gustase, sino para facilitar el trato con sus interlocutores, con las visitas, algo que ni se le ocurría estando a solas. Pequeñas manías que ¿a quién podían interesarle? Todo el mundo tiene las suyas.

El Indiano

El negro cañón de una carabina

La humanidad no tiene ciertamente demasiados motivos para sentirse orgullosa del saber alcanzado. Me refiero no ya a cuestiones convencionalmente consideradas ajenas al ámbito de nuestro conocimiento, como la existencia o no de un Creador, de si hay o no otra vida, si nos reencarnamos o no en otro ser, sino a las ajenas a tal cuestión, a las que constituyen la substancia misma del pensamiento científico o filosófico.

Con todo, en su vida diaria, el ser humano se desenvuelve como si conociera a la perfección el terreno que pisa, como si cuestionar el sentido último de los fenómenos que le rodean estuviese fuera de lugar en razón de su propia evidencia. Y cuando resulta que no es así, cuando lo que creía consecuencia de una cosa es en realidad consecuencia de otra, tampoco se inmuta, y de inmediato encuentra una nueva explicación que no por igualmente equivocada deja de tener por cierta. Lo contrario, por poner un ejemplo, del conocimiento propio de los pájaros, ya que estos saben todo lo que precisan saber para desenvolverse entre sí, y hasta aprenden a valorar accidentes ajenos a su condición, como el significado del negro cañón de la carabina de aire comprimido que empuña un niño solitario.

El cumplimiento de esa norma general de conducta en el terreno del pensamiento filosófico viene siendo utilizado por los científicos para desautorizar las especulaciones tanto de otros científicos como de los filósofos. Y es cierto que no puede hablarse de progreso en el terreno del pensamiento, ya que la historia de la filosofía es una sucesión de afirmaciones que reniegan de todas las precedentes. Pero ¿qué otra cosa es la ciencia? Como si los científicos no se rectificaran a sí mismos constantemente, como si todas sus explicaciones no estuvieran destinadas a verse superadas por otras, como si, a efectos

prácticos, unas y otras no hubieran resultado por igual manejables.

Especialmente improcedentes resultan las pretensiones de precisión absoluta atribuidas a los principios y leyes que establecen los científicos, dado que, si bien sus demostraciones pueden ser válidas en condiciones ideales, no tienen por qué serlo en condiciones reales, es decir, cuando los elementos en juego o el medio en el que son observados o las condiciones en que se desarrollan no son los ideales precisamente porque son reales, incluso dejando al margen la irrupción de lo imprevisible. No menos improcedente es la pretensión de atribuir un valor objetivo a los conocimientos científicos, como si el hecho de que su validez dependa de la percepción humana careciese de relieve, cuando resulta obvio que ese es, precisamente, el único punto de vista que nos interesa. ¿Cabe siquiera imaginar que seamos capaces de servirnos de unas leyes del universo ajenas a nuestra capacidad de comprensión?

El pensamiento se manifiesta en palabras que expresan tanto la realidad material como la inmaterial, así como cuanto ha sido creado por la inventiva humana. Y lo cierto es que el pensamiento filosófico se enzarza con frecuencia en diatribas que afectan únicamente al significado que cada parte atribuye a las palabras, no a la cosa significada. Lo que explica su fugacidad.

La sorpresa

La identificación de los restos humanos hallados junto a una cuneta como pertenecientes al cadáver de Silvia Pons tuvo lugar en vísperas navideñas, el 21 de diciembre para ser precisos. La noticia produjo verdadera sorpresa entre quienes la recordaban, que no eran muchos, ya que la creían viviendo tranquilamente en algún lugar de México. Por otra parte, tampoco se sabía de ningún familiar a quien comunicárselo, ya que el único pariente conocido, un primo segundo por parte de madre, llevaba muerto unos cuantos años.

El forense carecía de elementos de comparación para realizar la prueba del ADN, pero unas iniciales grabadas en una correa, la palabra SILVIA bordada en una camiseta deportiva de las utilizadas por las alumnas del instituto y, sobre todo, la fecha aproximada de su fallecimiento dejaban escaso margen para la duda. Su muerte se produjo cuando la retirada, por lo que enseguida se apuntó la posibilidad de que hubiera sido fusilada por las tropas que mandó el Gobierno, probablemente sin juicio de ninguna clase. Entre los habituales del Fomento, sin embargo, terminó por imponerse la idea de que la muerte tuvo que producirse a causa de alguna bala perdida, por mucho que los autores del disparo fueran los del Gobierno. Y eso en razón de que si por un lado no se tenía constancia de que hubieran fusilado a nadie; por otro, según el forense, los impactos recibidos habían entrado por la espalda. Tal vez se tropezó con alguna patrulla, y, al darle el alto, la chica salió corriendo. Algo así.

Que llevara puesta una camiseta del instituto les hizo considerar lo joven que era todavía cuando encontró la muerte. Recuerdo que le gustaban mucho los pájaros, dijo el Millán, él mismo con algo de pájaro en su despierta expresión evocativa. Los distinguía enseguida unos de otros, por parecidos que fueran, y conocía mejor que nadie sus costumbres. Hoy, ni el maestro sabe la mitad de lo que ella llegaba a saber.

Hablaron de sus padres: él, el señor Pons, el mejor director de banco que había pasado por el pueblo, siempre mirando casi más por el cliente que por el banco; y ella, una señora siempre dispuesta a ayudar a los demás, sin que eso quisiera decir que fuese muy de misa. Si la hija les salió tan revolucionaria, no fue porque sus padres no le hubieran dado la mejor educación posible. Pero ya se sabe: pueden más las malas compañías que los padres, y Silvia enseguida empezó a ir por libre. Si en la guerra pasó lo que pasó fue porque la juventud ya había sido ganada por las ideas revolucionarias. El Valentín llegó a Miralrío como profesor suplente y antes de dos meses ya estaba liado con Silvia. Ni siquiera titular: suplente. Algunos —las malas lenguas— dicen que Silvia lo hizo porque empezaba a tener mala fama, fama de ligera de cascos, y el Valentín era forastero. El caso es que, al quedar embarazada, se fue a vivir con él, sin casarse ni por lo civil hasta meses más tarde; ellos no creían en esas cosas. Y dicen que al proclamarse la Revolución, la primera en alistarse en la milicia fue Silvia.

Para entonces, los padres de ella ya habían dejado el pueblo. Creían, con razón, que la vida de él, al ser director del banco, estaba en peligro. Se fueron a la ciudad y se llevaron con ellos al niño. La hija estuvo de acuerdo: se daba cuenta de que el pueblo había dejado de ser un buen lugar para él. Y, todo hay que decirlo, el Valentín también estuvo de acuerdo. En el fondo temía que pasara lo que terminó pasando: que perdieran y hubiera represalias. No, si él tenía sus ideas, pero, a su manera, era una persona responsable.

VIII

Como ese asiduo paseante para el que su deambular, lejos de ser un pasatiempo o un saludable ejercicio, es más bien una forma de calmar la ansiedad, una búsqueda en la realidad circundante de la clave que permita entender esa realidad o, mejor aún, la vida, ignorando hasta qué punto puede terminar todavía más confundido, a semejanza de aquel bandolero que acecha día y noche una caravana de cuyo cargamento quiere adueñarse, y según la ve adentrarse en el desierto le va moviendo los hitos o señales de referencia, a fin de llevarla a moverse en círculo hasta el desfallecimiento, sin caer en la cuenta de que, al hacerlo, también él ha quedado encerrado en ese círculo, sin más posibilidades de salvarse que sus víctimas, condenado a perderse no menos que ellas, así Ed, al recapitular acerca de los pasos dados desde que, meses atrás, se dejara caer por primera vez en Miralrío para dedicarse a pasear, a preguntar aquí y allá, como si en las respuestas obtenidas fuese a encontrar la explicación de cuanto no entendía de sí mismo. Gentes que poco podían añadir a lo que él ya sabía de sus padres, como si las personas fueran planetas lejanos cuya trayectoria está a la vista de todos. Unos, como su madre, de órbita reducida, propia de la persona que nunca ha salido del ámbito local, que como mucho ha estado en la ciudad alguna que otra vez o ha llegado a ver el mar antes de un súbito final, mientras que otros, como su padre, adscritos a una rotación de mucho mayor alcance, más que avanzar parecen perderse en el espacio, unos y otros, sin embargo, igualmente predestinados a entrar en colisión con otro cuerpo y desaparecer, su padre, al hacer frente —lejos de donde nació— a unos atracadores, su madre, a las afueras del pueblo, es decir, a la distancia de un paseo, tal vez fusilada como pretendían algunos, tal vez víctima de uno de esos incidentes que se producen durante el vacío de poder que se crea en el intervalo que media entre la retirada de unas tropas y la entrada de otras, confundida con algún francotirador que no

escuchó o no atendió la orden de alto que le había sido dirigida. Dos trayectorias afines y contrapuestas al mismo tiempo, se diría que susceptibles, por lo diáfanos, de ser visualizadas como las estelas dejadas a su paso por el tráfico urbano en una foto nocturna. La foto de una calle tomada cuarenta y cinco años atrás, por ejemplo; una calle que, con todo y ser lo mismo, poco tuviera que ver con lo que era en el presente, fachadas de cristal donde hubo balcones, muchos más coches y muchos más transeúntes, en los que la diferencia en la indumentaria respecto a la de entonces era un simple indicio de cambio producido en el carácter de sus preocupaciones.

Ed recorrió la foto con la lupa de bolsillo: su madre, de niña, dando una mano a su madre, es decir, la abuela, y otra a su abuela, es decir, la bisabuela, las tres sonriendo; caminaban por la acera mientras, a su derecha, un nutrido grupo de viandantes cruzaba la calle por un paso de cebra encabezados por un sujeto de andar animoso que hablaba por un móvil; al fondo, el morro de un autobús que doblaba la esquina: de entre las fotos, aquella era la única de ambientación urbana. Había otras en las que aparecía ella sola, también de niña, o ya con algunos años más, entre chicas y chicos del instituto. De cuando la guerra, ninguna. La única foto de adulta parecía tomada con motivo de alguna excursión, posando junto a un joven —un admirador, a juzgar por su actitud gallarda— al borde mismo de un barranco. También de su padre le había llegado a Ed una única foto, a juzgar por su aspecto de cuando era maestro: un joven delgado y con gafas que parecía estar diciendo algo. Seguramente los abuelos habían destruido, no ya cuantas fotos recogieran su imagen, sino también cuantos objetos recordaran su persona. Después de muchos años de haberle dicho simplemente que había muerto en México, le pusieron al corriente de su papel durante la guerra, de los crímenes que se cometieron por aquel entonces, crímenes de los que le hacían parcialmente responsable. Como también, decían, lo era de las ideas que metió en la cabeza a su madre, ideas que, en definitiva, la llevaron a perder la vida. Ya les contrarió que una Pons como Silvia se casara por lo civil con un hombre como Valentín, un don nadie que tenía la carrera de maestro por todo capital. Y eso que entonces no sabían nada de sus ideas revolucionarias. Tendrían que haberse opuesto a la boda, y con toda probabilidad lo habrían hecho de no ser porque, conociendo a Silvia, de nada hubiera valido.

Guardó las fotos en la maleta y abandonó el hostel. Tampoco el hostel del

Mirlo Blanco que aparecía en las fotos era el de ahora, remodelado a la baja hacía unos años —estucos repintados, zócalos de arpillera para disimular las humedades, una barra de bar empotrada de cualquier manera bajo las bóvedas del salón—, y desde entonces sometido a un progresivo deterioro. Paradójicamente, los jardines de las villas vecinas, sin ser tampoco los mismos, eran en realidad mejores, más frondosos, favorecidos por el abandono. Tampoco los cultivos del entorno se parecían a los de las fotos, más someros y en menor número, en beneficio del monte bajo. Los nombres de los lugares y las palabras que designaban las cosas eran los mismos, pero la realidad significada era otra.

Se dirigió a la Fuente Fría y, una vez allí, cogió un sendero que se adentraba en el bosque, monte arriba, hacia el barranco de la Peña. Tal vez la foto en la que su madre aparecía acompañada de un amigo fue tomada en lo alto de aquel desfiladero. De ser así, también el paisaje había cambiado, ya que el bosque del que surgían las rocas presentaba ahora un mayor relieve.

Cambio horario

Al empezar a dar vueltas a la idea de escribir sus *Confesiones*, Elsa le había sugerido la conveniencia de que ante todo recopilara y agrupara sus recuerdos en un fichero. A Ramón le pareció una buena manera de entrar en materia y se puso manos a la obra. Por algún motivo que no sabría explicar, dedicó la primera ficha a la figura de su padre, Antonio Rada. Tras hacer unas cuantas fichas más, a intervalos cada vez más espaciados, abandonó la tarea. Sin embargo, la prueba de que Elsa le había aconsejado bien era que, cada vez que volvía sobre la idea, empezaba por echar un vistazo a las pocas fichas que había llegado a llenar.

Ramón tenía la impresión de que había empezado por evocar a su padre precisamente porque para él siempre fue un desconocido. Recordaba que cuando él llegaba del colegio o era su padre el que llegaba a casa, se comportaba como si Ramón fuese el hijo de otro, se encontraran en casa de ese otro y él, el padre, se hallara de visita. ¿Qué cuenta este chico?, le decía a modo de saludo. Y le preguntaba lo que se pregunta a un niño de otro en estas circunstancias, con la misma cortés benevolencia. Cuando era más niño le hacía cosquillas en la barriga mientras repetía Quico-chico, Quico-chico, Quico-chico... Luego dejó de hacerlo.

Por lo que Ramón podía recordar, las pocas veces que en la conversación familiar había surgido alguna alusión de carácter sexual, su padre bajaba la voz con aire cómplice y adoptaba el tono de quien va a contar una picardía de carácter legendario; era como si pudiera parecerle no del todo improbable que los niños vinieran realmente de París. Tampoco parecía creer en la existencia real de lesbianas. ¿Qué podrían hacer dos mujeres si carecen de miembro viril?, dijo en una ocasión con divertida suficiencia.

La misma extrañeza que suscitaba en Ramón el recuerdo de su padre la seguía experimentando ante sus hermanas, para él dos desconocidas. De hecho, tan

distintas a él como distintas entre sí. Rosa, la mayor, pálida y remilgada, casada y con un número indeterminado de hijos de los que Ramón ignoraba hasta el nombre. Merche, resuelta, de ademanes enfáticos y morros amulatados, siempre cambiando de novio y hasta de novia, con ojos que la forma de los párpados hacía parecer saltones. En sus años de Bellas Artes, Ramón las había caricaturizado a partir de sus respectivos culos: apocado y en forma de pera el de Rosa, redondo y abultado el de Merche, con la prominencia del melocotón.

Ante tales disparidades, Ramón siempre había fantaseado con la idea de que los tres hermanos fueran hijos de distinto padre, sin que por supuesto el padre oficial, Antonio Rada, tuviera de ello la menor idea. ¿Quién podría ser el suyo? Durante una temporada se había dedicado a analizar a cuantos amigos de la familia iba conociendo, sin llegar nunca a sentirse identificado con ninguno de ellos.

Discrepancias

Entenderse, nunca se entendieron bien. El Valentín era lo que aquí llamamos un idealista: lo que él quería era cambiar las leyes, las teorías, los principios; la realidad ya le importaba menos. Le obsesionaban los papeles: que de todo quedara constancia escrita. La historia se escribe a partir de los papeles, no de los hechos, decía. Las proclamas, las autorizaciones, los dictámenes, los salvoconductos: todo por escrito. El Antón, en cambio, decía que el papel estaba bien para los romances; que lo que contaba era ejercer el poder. Y entonces Valentín dijo:

—No hay mayor acto de poder que firmar una sentencia de muerte.

Y el Antón:

—¡Pues claro que lo hay!: apretar el gatillo.

¿Cómo iban a entenderse? El Antón Verdura era un hombre práctico: para él lo importante era subir a los de abajo y bajar a los de arriba. Decía que el objetivo de la Revolución era primero expropiar y después repartir. No era partidario de las colectivizaciones porque no funcionaban, decía. Decía que la propiedad en sí no era mala, que lo malo era la forma en que estaba repartida.

Se ve que el Organista nunca entraba en estas cuestiones, tal vez porque desde el principio se había comprometido a hacer cumplir los acuerdos, no a discutirlos. Lo suyo era la vigilancia revolucionaria y el rigor en la ejecución de las sentencias cuando hubiera que dictar alguna. Pero incluso en cuestiones de detalle relativas a esas ejecuciones que ni siquiera se habían producido eran habituales las discrepancias. El Verdura era partidario de que los fusilamientos se realizaran en el patio de la escuela, justo detrás del Ayuntamiento, mientras que el Valentín prefería los muros del cementerio y el Organista, la plaza Mayor, en presencia de todo el pueblo.

—Tú ya te ves como en las películas sobre la Revolución francesa —dijo el

Antón—. Con las viejas haciendo calceta mientras caen las cabezas. Aquí podrían hacer encaje de bolillos; aún queda alguna abuela que sabe hacerlo.

Era el sentido del humor del Antón, y el Organista no se lo había pillado o lo pasaba por alto. Dijo que él pensaba más bien en los niños, no en las viejas; en enseñar a los niños a jugar con el condenado, como quien dice. Se les entrena en este tipo de cosas, dijo, y puedes hacer de ellos los mejores soldados, los más obedientes.

Dicen que el Antón —ahora era él quien no sabía si el otro hablaba en broma o en serio— le mandó a paseo. Este buen hombre y yo acabaremos mal, se ve que dijo. Y es que no se avenía ni con la persona ni con las aficiones de esa persona. No le gustaba la música de órgano, que parecía de funeral aunque no lo fuera. Ni la reproducción de un cuadro que el Organista se había hecho colocar en su despacho, en el que aparecía un santo al que estaban desollando. Ni que mencionara a pensadores de los que nadie había oído hablar, como si fuese más sabio que los demás.

Cambio horario

Que Lola Barón fue una mujer de carácter era algo que Ramón sabía desde siempre, un hecho que los mayores daban por descontado ya en sus primeros recuerdos. Para él, lo natural era que fuese su madre quien organizara la vida de la casa. También parecían encontrarlo natural todos los demás, su padre, sus hermanas, el servicio, Selma, la Pili y alguna otra cuyo nombre había olvidado. Si surgía alguna duda sobre lo que fuese, era a ella a quien se remitían todos para que la despejara. A nadie se le hubiera ocurrido preguntar al padre.

Su muerte por fuerza tuvo que afectarle, aunque la reacción que Ramón recordaba era más bien de decepción y disgusto por el hecho de que hubiera sido suspendida la fiesta de su cumpleaños; y, hasta cierto punto, de secreto regocijo en la medida en que la culpable de tal suspensión al menos recibió su merecido. A partir de aquel momento más bien tendió a no pensar en ella y a rechazar los recuerdos de los que ella formaba parte. Ahora tenía la impresión de que, más que su cara, recordaba la cara recogida en las fotografías. Tampoco había aparecido en ninguno de sus sueños, que recordara. Pero alguna clase de huella tuvo que dejar en él todo aquello. Una impronta no forzosamente negativa. Hasta lo de Ludwig, su confianza en Elsa había sido total, por ejemplo. Y también después en cierto modo.

Coincidiendo con el accidente que le costó la vida, se había producido la explosión de un coche bomba, y hubo muchas víctimas. Eran los últimos días de la guerra y de momento se creó cierta confusión en torno a lo sucedido. Pero al fin quedó claro que había sido atropellada junto con otras personas por un autobús cuyo conductor acababa de sufrir un colapso o algo por el estilo. Por lo que contaban, su muerte fue instantánea.

¿Se querían Antonio Rada y Lola Barón como marido y mujer? O mejor: ¿quería su madre a su padre? Por lo que Ramón recordaba, el trato era cariñoso

por ambas partes, pero más parecido al que una madre mantiene con un hijo que con quien se comparte cama. Nunca les había visto discutir o, si se prefiere, nunca había visto que una decisión de su madre fuera discutida. Pero ¿por qué motivo habría empezado él a dar vueltas a la idea de que su verdadero padre pudiera ser otro, y otros, aún, los de cada una de sus hermanas? ¿Qué le induciría a pensarlo: el carácter de él o el de ella? Ramón recordaba con toda nitidez una ocasión en que su madre se quejaba ante alguien de ser mal comprendida. Cómo es la gente, decía. Ven que piensas por ti misma y te toman por un marimacho.

¿Cómo sería ella en realidad? ¿Cómo se comportaría con sus amantes? ¿Cómo era Elsa con Ludwig?

La cadena de Tierra Santa

Llegó un momento en que el Valentín adoptaba por sistema una actitud de reserva hacia cuanto pudiera proponer el Verdura, y en que este parecía ya contar con ello para zanjar la cuestión imponiendo su parecer de forma terminante. Y entonces, esperar a que el Organista abriera la boca para, dijera lo que dijese, mandarle a paseo. Le pondré un ejemplo: el Verdura decidió que, cuando las marchas, los de la milicia cantaran un himno que había aprendido en la mili, y cuya letra, aunque no se la sabía muy bien, venía a ser:

*La bionda is,
la bionda is,
descomunal,
descomunal,
y la almorrana c'est pas mal non plus,
y la almorrana c'est pas mal non plus.*

El Valentín decía que aquel himno era de origen fascista, que la letra no significaba nada y que era indigna de una milicia revolucionaria. Pero levanta la moral y ayuda a caminar, que es lo importante, dijo el Verdura; o sea, que no se hable más. Se había traído del bar una cerveza a medio beber —lo hacía con frecuencia— y a lo mejor se le había subido a la cabeza, porque, como para no discutir más, empezó a canturrear otro himno que le había enseñado un amigo italiano especialista en guerrilla urbana:

*Con le pelle dei preti
fariemo de confeti,
con le tripe dei frati*

fariemo del frascati.

Ya no sé más, dijo riendo. El Organista propuso que, como lo normal era aprender varios himnos, los de la milicia cantaran también *O Cangaceiro*. ¿No os gusta?, dijo. ¿Os acordáis de la película? Aquella gente que iba a caballo con unas pintas tan extrañas, todos cantando. Y el Verdura le mandó a paseo. Quién sabe si no era lo que el otro estaba esperando y por eso había hecho la propuesta. Era como si lo deseara.

Y así se explica lo que pasó aquella mañana, cuando el Antón estaba a solas en su despacho y el Organista entró a proponerle la adopción de una modalidad de castigo que le había contado uno de los voluntarios extranjeros, un croata. Se trataba de un suplicio llamado «la cadena de Tierra Santa», y parece que lo habían inventado o introducido los turcos. Consistía en ir envolviendo el cuerpo del reo con cadenas y más cadenas unidas la una a la otra hasta que del montón que se formaba no le asomase más que la cabeza, por lo que, dado el peso que soportaba, quedaba impedido de todo movimiento. Y así, como el castigo se aplicaba en un lugar público, una plaza, un mercado, la gente podía ver la expresión del reo según pasaban las horas y los días, hasta que la duración del castigo llegaba a su término o el término era la muerte del condenado. Es como eso que hacen en México de enterrar a la gente hasta el cuello, pero no en el campo sino en un lugar público, dijo con una sonrisa ingeniosa. Y la cadena se podía guardar en el Ayuntamiento hasta otra ocasión.

Cuentan que el Antón ni le dirigió la palabra. Llamó a la guardia y mandó que fusilaran de inmediato al Organista en el patio de la escuela. Dijo que era culpable de conducta malsana y desviacionismo, y de una actitud incompatible con la moral revolucionaria. Y como el Valentín había ido a entrevistarse con los del Comité Regional para hacerse con una partida de armas, ni se molestó en redactar la sentencia. En tiempos de guerra las cosas se hacen así, dijo. El Organista estaba pálido, pero siguió a los milicianos sin decir palabra.

Ninguno de los que participaron o presenciaron el fusilamiento ha podido olvidarlo. Se ve que el Organista rechazó que le vendaran los ojos porque, dijo, procuraría extraer el máximo disfrute del momento. El pelotón estaba formado por los milicianos más jóvenes, que son los que se presentan voluntarios para estas cosas, y, cuando ya estaban apuntándole, el Organista les hizo una mueca

como de carcajada pero silenciosa, la boca abierta de par en par, los ojos como fogonazos, que les heló a todos la sangre, por lo que siguieron disparando mientras el cuerpo caía al suelo. Hay gente que, conociéndole, ha tenido pesadillas hasta mucho tiempo después simplemente por lo que le contó alguno de los que lo presenciaron. El Verdura ni se enteró, ya que había continuado a solas en su despacho. Y si alguno hubiera intentado contárselo seguro que lo hubiera mandado a paseo.

Cambio horario

En la ficha que recogía los recuerdos de infancia de Ramón, la mayoría de ellos iban asociados a Miralrío; y desde luego, los mejores. Por la mañana, la piscina. Y por la tarde, la terraza del Mirlo Blanco, donde jugaba con otros niños mientras su madre se tomaba un gin-tonic con sus amistades. Pronto empezó a ir solo por la bolera, principal punto de encuentro de los chicos y chicas de la colonia. Allí aprendió a bailar sin necesidad de que nadie le enseñara, con solo fijarse en cómo lo hacían los que ya iban al instituto. El recuerdo más representativo de aquellos veranos era el paseo de tilos que conducía hasta el Mirlo Blanco, un paseo que los veraneantes recorrían una y otra vez, como paladeándolo, salpicados por las irradiaciones del sol de la tarde.

Pero más intenso tal vez en sugerencias era su veraneo particular, sus juegos en el jardín de atrás, la mesa en la que se sumía en sus dibujos, las novelas de Salgari, las caminatas que hacía por su cuenta, incursiones exploratorias que le permitían ejercitar la perspicacia en grado muy superior al de las excursiones hechas en grupo.

El campo, los bosques, la montaña... eran un territorio más bien hostil, ya que los campesinos se mostraban esquivos con los veraneantes, ocultos aquí y allá en espera de pillarles robando fruta. De ahí que no tuviera nada de extraño que, cuando la guerra, casi todos se unieran a los revolucionarios.

La guerra fue precisamente la causa de que aquel verano se quedaran en la ciudad; hasta entonces, todos sus cumpleaños se habían celebrado en Miralrío. A comienzos de las vacaciones, su madre dijo que de momento se iban a quedar, que en el pueblo todo estaba muy revuelto y había muchos peligros, que si acaso ya irían más adelante; ella, que justamente no iba a volver. Ramón lo lamentó sobre todo porque el verano anterior, desde las rendijas de la persiana verde del cuarto de baño, había visto a una mujer desnuda en el chalet vecino y, conforme

a la lógica infantil, tenía la esperanza de volver a verla, como si aquel cuerpo desnudo se hallase adscrito a la habitación de enfrente o formase parte del mobiliario. La había divisado por encima del seto de laureles, a través de una ventana abierta: entraba en su campo visual y se tendía tranquilamente sobre la cama. El propósito de Ramón era espiarla a diario, no tanto porque le excitase especialmente, sino porque se trataba de algo con aura de prohibido. Hizo un dibujo en el que aparecían dos mujeres en lugar de una, las dos desnudas. No se lo enseñó a nadie, pero su madre lo descubrió por casualidad. No le hizo ningún comentario. Aquel verano aún había quedado pendiente otro asunto: el motivo de que su madre se hubiera peleado con tío Francisco. ¿Por qué se habrían peleado? Hasta entonces, cada verano, tío Francisco solía pasar con ellos un par de semanas. Salvo el anterior a la guerra, y su madre dijo que esperaba no volver a verle por allí nunca más. Por qué, esa era la cuestión. Tío Francisco fue quien le enseñó a nadar. Y estaba previsto que el verano anterior le enseñara a jugar al waterpolo. Ramón se preguntaba si no le habría metido mano al desnudarse en las cabinas y si él no lo habría olvidado por lo que pudiera tener de traumático. Un hecho así aclararía la reacción de su madre. Y haber sido objeto de abusos deshonestos bien pudiera ser la explicación de su habitual indiferencia sexual.

El Indiano

Liberación

Liberar el sentido último que esconde en su interior cuanto nos rodea. Esa es la naturaleza del camino emprendido, un recorrido en el que la distancia respecto al objetivo propuesto permanece insalvable en todo momento. Hay que ser conscientes de que, conforme avanzamos en el conocimiento, la ignorancia acerca de nuestros verdaderos límites se acrecienta más y más.

El movimiento de los mares, por ejemplo, no interfiere o frena la rotación de la Tierra, como a veces se ha dicho, sino que, muy al contrario, la impulsa. Una aceleración que explica muchas cosas y en terrenos muy diversos.

Otro ejemplo: ¿tiene sentido hablar de tiempo y espacio en relación a las partículas elementales? No parece sino que el humano se empeña y obstine en desentrañar en su interior, de acuerdo con sus alcances, lo que se encuentra en la naturaleza de las cosas. Lo que llamamos «pensar» es en realidad descubrir leyes y principios que no son fruto de nuestras elucubraciones sino claves del universo del que formamos parte.

También es verdad que, a veces, el problema de comprensión —de dificultad de comprensión— se debe a que utilizamos palabras existentes para referirnos a algo de existencia incierta o desconocida, que requeriría una palabra que aún no ha sido inventada.

La locomotora

Se ve que el Valentín, contra lo que algunos suponían, dada aquella manera de ser tan escrupulosa, no puso objeción alguna a que el Organista hubiera sido fusilado. Aparte de que nunca habían simpatizado, lo sucedido debió de parecerle un incidente poco menos que inevitable. Y es que, en el fondo, él quería cambiar el orden establecido para que todo el mundo fuese libre de hacer lo que quisiera, como él decía, pero, aunque no lo dijera, su esperanza era que todo lo que se hiciese se ajustara a la moral. Y no estaba de acuerdo, se le notaba en la cara, con esa actitud de los jóvenes de que, puesto que todo está permitido, a ver quién la hace más gorda.

La Revolución avanza como una locomotora de vapor y cada una de sus ruedas machaca la huella de la que la precede, de manera que cuantos objetos se interpongan en su camino serán indefectiblemente machacados por todas. Para que avance es preciso alimentar la caldera de forma constante con carbón, y ese carbón está formado por el conjunto de los dirigentes revolucionarios, por lo que lo normal es que todos ellos acaben siendo víctimas de las exigencias de la Revolución —la caldera— antes que del enemigo. Así pasó con Danton, Marat, Robespierre y Saint-Just cuando la Revolución francesa y con todos los compañeros de Stalin cuando la rusa: es lo normal. Y yo, que soy más radical que tú, le dije al Antón, seré el próximo en caer; es lo lógico, dijo con ojos sinceros, mirando al Antón como quien acaba de hacer un descubrimiento. Y yo diría que este, con todo y lo animal que era, hasta se emocionó un poco, porque desvió la vista, algo incómodo. Es lo lógico, repetía el otro.

Por lo demás, todo el mundo comentaba que el Antón tenía al Organista entre ceja y ceja desde que le vino con una historia de gatos a él, al Antón, que era muy aficionado a los gatos. ¿Vosotros, cuando erais niños, no jugabais a eso de hervir gatos?, se ve que vino a contarles. Poner una perla a hervir y bajar al

gato poco a poco colgado de un palo.

IX

Ríos helados resbalando como fulgores abatidos en la tierra helada. Mares y continentes como de aleaciones metálicas extendidos bajo un sol permanentemente asentado en la curva del horizonte. Claro que si no supiera que el territorio que sobrevolaban era Siberia y no un planeta desconocido, tampoco estaría segura de qué clase de sustancia era todo aquello, si sólida o líquida o bien vaporosa, como los estratos de nubes que aquí y allá se superponían al suelo. Elsa se preguntó en qué medida serían otras las descripciones de la *Commedia* si Dante hubiera tenido la oportunidad de contemplar aquel panorama confortablemente instalado junto a la ventanilla del avión. Cuando la escribió no podía saber que la Tierra era eso. Pero fue el deseo de saber, de saber, sobre todo, qué era exactamente la vida, lo que le había impulsado a escribirla, dejándose guiar por Virgilio. Pensó que tenía que seguir dándole vueltas al asunto. *La Edad de Plástico* había sido escrito a partir de unas cuantas consideraciones iniciales de este tipo. La aparición de un visitante en lugar de un guía.

Se preguntó hasta qué punto sería brusco el cambio horario al sobrevolar el Polo, al pasar de Extremo Oriente a Escandinavia. Por otra parte, ¿qué más daba cuál pudiera ser la hora local en un territorio que seguía siendo como el de un planeta en formación? El argumento que le faltaba a Ramón para telefonar cuando le viniera en gana. Más de una vez la había llamado de madrugada, fingiendo confundir la hora de Tokio con la de Nueva York. Le gustaba hacerse el niño, como si de por sí no fuese ya como un niño.

El enredo que habían montado entre Iris y él, por ejemplo. Claro que Iris se las pintaba sola, con sus aires de compradora de anuncio televisivo, de mujer que quiere dejar establecido que a ella no se la engaña fácilmente. Pero, en definitiva, con decirle la verdad, que con su amiga Carmen no había nada de

nada, se hubiera acabado el problema. Solo que a Ramón, aunque por teléfono fingiera verse sobrepasado por los acontecimientos, en el fondo le encantaba dejar a Iris en la creencia de que Carmen y ellos se entregaban a la práctica del *ménage à trois*, sin importarle que a consecuencia de ello Iris y Carmen se pelearan y sin ocurrírsele siquiera que al mismo tiempo la estaba implicando también a ella, por más que a ella, pensó Elsa, le tuviera sin cuidado verse implicada en esta historia. Para el caso, más debiera haberle afectado, en principio, el que Ramón, años atrás, se declarase homosexual, una confesión de la que no había hecho partícipe —que ella supiera— a nadie más porque sin duda intuía que nadie más iba a creerle. Lo curioso era que parecía convencido de que ella, en cambio, sí le había creído. O tal vez, simplemente, le resultaba más cómodo creerlo.

La propensión a las fantasías estaba tan arraigada en Ramón que ni él mismo distinguía lo real de lo inventado, convirtiéndose así en destinatario principal de sus invenciones. Esta manera de ser no le hacía genial, sino que ser así era una consecuencia más de que tuviera verdaderamente algo de genial, una especie de energía creadora sobrante. Lo que para un artista cualquiera suponía un oscuro esfuerzo desarrollado a costa de noches y más noches de insomnio, para él era una de tantas ocurrencias que despachaba de la manera más expeditiva. La gente ni sospechaba lo cuesta arriba que se le hacía acercarse al taller, casi como si le tuviese alergia. Solo cuando se presentaba algún fotógrafo o algún equipo de televisión, se plantaba de buen grado ante las telas, con aire ensimismado, como si se pasara allí horas y más horas. Seguramente fue ese mismo sentido escénico lo que le llevó a cambiar de nombre. Cuando se conocieron se hacía llamar Francisco Ramón, aunque para la familia y los amigos era Francisco a secas o Quico. Pero a él le sonaba mejor Ramón, el pintor Ramón Rada, y acabó saliéndose con la suya y lo de Francisco cayó en el olvido.

Elsa notó que le estaba entrando somnolencia y se prestó a dormitar un rato. Lo que le pasaba a Ramón era, pura y simplemente, que no le atraía el sexo. Sería porque tenía otras cosas en la cabeza, pero el caso es que ni las mujeres ni los hombres le decían nada desde el punto de vista sexual, por mucho que su pintura sugiriese todo lo contrario. Y había tenido el talento de conseguir que ella transformara en sentimientos maternos los sentimientos amorosos de cuando se conocieron. De ahí que, como para mimarlos, Ramón se comportara como un

niño con tanta frecuencia. Y seguramente por lo mismo que todo aquello le resultaba tan ajeno, atribuía a Elsa una compulsión sexual que distaba mucho de responder a la realidad. Se lo notaba en la cara: discreto, pero curioso. Y lo cierto era que ella prefería la inapetencia de Ramón a la imperiosidad de tipos como por ejemplo Andrés, tipos que, una vez soltado el jeringazo, parecen desentenderse de todo, contentos de sí mismos como puede estarlo un perro tras haber levantado la pata trasera.

El acordeonista

El semáforo cambió de color casi de inmediato, lo que le permitió cruzar la calle sin aminorar el paso integrado en un nutrido grupo de viandantes, sorteando a los que atravesaban la calzada en sentido contrario. La boca del metro se abría a escasa distancia de la esquina, inusualmente despejada, de modo que descendió con presteza. Tampoco le tocó esperar en el andén, ya que el metro y él llegaron casi al mismo tiempo. Sin embargo, antes de entrar en el vagón que le quedó justo delante, advirtió que en un extremo del interior se encontraba un acordeonista dispuesto a tocar, el instrumento semidesplegado ya entre sus manos, lo que le indujo a retroceder para meterse a toda prisa en el coche inmediatamente anterior, acto que, merced a un cruce de miradas, tuvo conciencia de que no había escapado a la atención del músico.

En la estación siguiente, a punto ya de cerrarse las puertas, le vio aparecer como por sorpresa, el acordeón por delante, lo que hacía evidente que había optado por suspender la interpretación, pues era imposible que hubiera tenido tiempo de tocar pieza alguna. Se situó ante la puerta, bloqueando la salida y mirándole con fijeza mientras, según el metro reanudaba su marcha, empezaba a tocar. Se trataba de una melodía balcánica, deprimente más que simplemente melancólica, que sonaba con desmesurado estruendo en el interior de un vagón que hacía las veces de caja de resonancia. Aprovechando el desarrollo de la interpretación, se abrió paso entre los pasajeros hasta alcanzar el extremo opuesto. Una vez allí, tapándose ostensiblemente los oídos, abandonó el vagón a la siguiente parada. Solo al mirar con descuido por encima del hombro mientras caminaba hacia la salida, reparó en que el acordeonista también había abandonado el metro, que ahora reanudaba su marcha; la mirada que captó en sus ojos era la que el conductor de un todoterreno dirige al de un pequeño utilitario que ha tenido la osadía de adelantarle, en el momento de darle

nuevamente alcance.

La estación era compleja, laberíntica, llena de recodos y pequeños tramos de escalera, y en algún que otro cruce de pasillos pudo advertir la fugaz presencia del acordeonista. Subió apresuradamente la escalera de salida hasta caer en la cuenta de que el músico le estaba aguardando en lo alto, y de que, bajo su acordeón, un gigantesco acordeón desplegado en forma de abanico, asomaba la hoja de un cuchillo que se hundió una y otra vez en su estómago.

La escalera daba a la plaza del Mirador, y él yacía en el suelo bajo las ramas desnudas de los tilos sin que por suerte las cuchilladas le causaran molestia alguna. A su alrededor, diversas figuras destacaban contra el cielo, y él, sabiéndose el centro de su atención, casi avergonzado por ello, observaba con ojos saltones la expresión de sus rostros, temiendo por encima de todo que alguno le cubriera la cara con una manta. Entre los presentes reconoció al Millán. Antes la gente era de otra manera, dijo, lo que le resultó tranquilizador. Era, decía el Millán, no sé cómo decirlo, mejor, como hecha de mejor pasta.

De la cocina llegaba un alegre entrechocar de platos. ¿Qué tomará de postre, Ed?, decía Teresa mientras con un recogedor plateado retiraba las migas caídas en el mantel. Pronunciaba la «d» como una «t», de modo que su nombre sonaba Et, y el blanco del mantel deslumbraba con la luz del sol que a estas horas le daba de lleno. Fuera de la carta, hoy hay natillas, dijo Teresa.

Cambio horario

Una simple ojeada a sus datos biográficos y a la fecha y lugar de sus exposiciones hacía evidente que su carrera de pintor se había desarrollado a modo de continuación de sus celebrados dibujos de infancia, como si todo el mundo siguiera aplaudiendo su obra por el mero hecho de ser él quien la había pintado, una reacción que, por lo espontánea, también a él llegó a parecerle natural. De hecho, siempre había tenido la convicción de que Ramón Rada estaba llamado a ser un pintor de referencia. Y viceversa: ni uno solo de sus compañeros de Bellas Artes le parecía destinado a tener éxito, gente que se agrupaba por tendencias para respaldarse mutuamente en el seno de algún movimiento colectivo, cuando lo que en realidad hacían no era sino repetir tics del pasado: la bohemia, el vino tinto, la pipa, las mujeres de formas contundentes. Ramón ni recordaba sus nombres cuando se tropezaba con ellos en la calle, si es que era capaz de reconocerlos. A él, por el contrario, le miraban como a un ser con el que no era posible establecer comparación alguna. Salvo excepciones, como aquella rubia de aspecto prerrafaelista que le miraba como quien contempla la lejanía. Y encima te creerás que nos traes locas, le dijo en una ocasión. Con odio, con inquina. Sí, una especie de Iris, de esas personas que ellas solas se montan toda una historia.

El hecho era que la distancia que le separaba de los demás respondía a una realidad. En esencia, que Ramón siempre tuvo claro que todo experimento formal debía ser compatible, en cada cuadro, con un espacio pictórico en el que el espectador pudiera adentrarse en busca de las sugerencias innovadoras que esperaba encontrar. A partir de ahí, todo tenía cabida: una mayor o menor abstracción conceptual, el *collage*, la fotografía, la exaltación de la materia en sí, de las texturas, de lo áspero, de lo viscoso. De ahí que el éxito local se extendiera sin solución de continuidad al ámbito internacional, Alemania, Suiza,

Estados Unidos. Era como si gente como Mary Ann, la galerista, o Ben Gies, el crítico, no hicieran sino esperar su llegada.

Factor decisivo en esa sucesión ininterrumpida de éxitos fue, sin duda, la evidencia de que Ramón poseía un talento mediático del que él mismo fue el primero en sorprenderse. Todo lo que le molestaba la vida social, el hecho de que alguien cuya identidad desconocía se creyera con derecho a mirarle a los ojos y hacerle preguntas personales con un vaso en la mano, se convertía en seguridad cuando se veía enfrentado a los periodistas, a los fotógrafos, convertido en centro de una rueda de prensa. No hablaba entonces de sus cuadros, ni siquiera de pintura. Hablaba del mundo, de la materia, de la nada, del sexo, de Dios, de la transgresión. Saltaban a los titulares frases como aquella de que el universo tenía la forma de una vulva insondable. Frases que le hacían famoso incluso entre quienes no conocían directamente su pintura, gente que no había visto ni uno solo de sus cuadros pero sabía de ellos, por las entrevistas y reseñas, conceptos que salpicaban las interpretaciones críticas de sus telas: lo árido y lo fecundo, lo seco y lo rezumante, la ascesis y las excrecencias y ardores del deseo, Eckhart y Sade, además de san Juan de la Cruz, el sufismo y el tantra. Claves o contraseñas que también reaparecían en las breves conversaciones con los clientes cuando, con motivo de una exposición, se dejaba caer por la galería.

A lo que estaba decidido era a ser malo y a disfrutar siéndolo. Si a la rubia prerrafaelista de Bellas Artes no atinó en su día a responderle, a decirle, por ejemplo, que loca debía de estar la que no estuviese loca por él, ahora, con Iris, estaba dispuesto a darle cuerda, más cuerda. Que sufriera.

La salvaje

Las malas noticias que empezaron a llegar para los del Comité se veían venir desde hacía tiempo; algunos las estaban esperando desde el principio. Y es que era ilusorio pensar que pudieran ganarle la partida al Gobierno. O mejor: que el Gobierno pudiera perder. Si al comienzo de la guerra hubo momentos de incertidumbre, una vez roto el frente y con el enemigo en desbandada, el final estaba cantado, ya que el Gobierno tenía las manos libres para ocuparse de los pequeños focos de resistencia, como los surgidos en esta parte del país. Si no lo había hecho antes era simplemente porque tenía cosas más importantes que hacer.

Ahora que vamos de cara a la primavera, si miramos para atrás, a unos el invierno se les habrá hecho muy largo, mientras que otros casi ni se habrán enterado o no le habrán dado importancia. Pues bien: con todo lo que entonces sucedió por aquí pasa lo mismo. A unos, el tiempo que duró todo aquello, desde que los del Comité tomaron el poder hasta que huyeron en masa, se les hizo eterno. A otros, en cambio, más que corto, ya que terminó cuando le empezaban a coger gusto. Y no solo los jóvenes que, disuelta la milicia, de pronto se encontraron con que había que volver a lo de antes, al colegio, los exámenes, la vida en familia, sino también muchos adultos, a los que lo sucedido les había obligado a definirse, a tomar partido ante cuestiones en las que ni habían pensado. La Conchi misma, la hija del carnicero; si un día se acerca por allí la verá despachando, ya que ahora es ella quien lleva el negocio, aunque el padre todavía vive. Bien, pues ella, la Conchi, siempre había sido una chica normal, pero se conoce que, de oír tanta proclama, una noche se le calentó la boca y empezó a decir a los reunidos lo que habría que hacer con los explotadores, qué partes cortárselas y cuáles cosérselas, con un lenguaje y unas expresiones que daba como risa y vergüenza oírla. Al acabar, alguien le dijo en broma que no

sabía que fuera tan salvaje, y ella se ve que se lo fue pensando y le gustó el comentario y, a partir de entonces, como desesperando de sí misma, decía: Es que yo soy una salvaje. Luego, se casó y fue una buena madre de familia, y su padre, el carnicero, pudo volver a dormir tranquilo. También hubo gente que de tanto oír hablar de Miralrío, del Comité Revolucionario de Miralrío, de la proclamación de la Revolución en Miralrío, de Miralrío arriba y Miralrío abajo, como si Miralrío fuera el centro del mundo, empezó a decir: Yo, como vecino de Miralrío, pienso que tal y tal. O, nosotros, los de Miralrío, somos así o asá.

En los pueblos de abajo, combates, lo que se dice combates, no los hubo. Como mucho, intercambio de disparos y alguna partida de la milicia que se tiró al monte con la esperanza de que, a la corta o a la larga, cambiaran las cosas. Aquí, ni eso. Cuando se vio que todo estaba perdido, los del Comité levantaron el vuelo en poco más de veinticuatro horas. Lo único, eso sí, que se llevaron a la María Cortizo por delante.

Cambio horario

Conforme Ramón se había ido cansando de ser el mejor marchante de sí mismo, Elsa había compensado con su respaldo ese progresivo desentendimiento. En cierto modo, si Ramón se había desentendido era, precisamente, porque contaba de antemano con el apoyo de Elsa. Hasta el punto de que, desde hacía varios años, la relación con agentes y galeristas estaba de hecho en sus manos. Seguro que la exposición de Tokio, por ejemplo, iba a resultar impecable. ¿Se habría acostado con algún japonés? Parecía lógico, aunque solo fuera por curiosidad.

En estos asuntos siempre se habían entendido sin necesidad de explicaciones. Ramón aún recordaba aquella mañana, al comienzo de vivir juntos, cuando se hallaban pendientes de la visita de un periodista y un fotógrafo. Te van a pillar en pijama, le había dicho Elsa. ¿Y?, había contestado Ramón. Se hizo con un par de copas de champán aún por lavar y un cubo para hielos con una botella semivacia, restos de la cena celebrada la noche anterior en compañía de unos amigos, y se lo llevó al taller. Sin duda Elsa captó de inmediato la singularidad de aquel pijama, de aquellos restos de bebida depositados al pie del cuadro. Lo contrario de la imagen convencional del artista que posa sentado ante el cuadro, escudriñando la tela, pincel en ristre. Como si la idea del cuadro no surgiera siempre de forma imprevisible, en el momento y el lugar más insospechados. El problema, para él, no era ese momento, la intuición inicial del cuadro, sino su desarrollo en la tela, algo que últimamente empezaba a cansarle. Y eso, por mucho que en realidad esta fase le tomase menos tiempo y menos fatigas de lo que la gente suponía. A la gente le gustaba imaginar al artista como una especie de orfebre que va llenando la tela milímetro a milímetro.

Para él, la pintura nacía por dos veces de la palabra. Una de ellas, claro está, cuando, al inaugurarse una exposición o con motivo de una rueda de prensa, se transmitía al público lo que debía ver en ella. Pero también en el momento en

que era concebida, cuando surgía en la imaginación a partir de un acontecimiento cualquiera, cuando uno menos se lo esperaba, cruzando la calle, haciendo cola ante una ventanilla, en el metro. De lo de Iris acabaría saliendo algo. Ramón se sentía capaz de pintar el sonido de sus tacones. Y lo que él le había soltado aquella mañana: A veces las cosas son lo que parecen. De ahí podía salir una exposición entera.

El Indiano

La crisálida

Es un error muy extendido considerar determinadas especies, moluscos, galápagos y otras, como pertenecientes a los estados más elementales de la evolución. Antiguo no es sinónimo de falta de vigencia. Es cierto, sí, que se trata de seres cuyo ciclo vital, dada su corta duración —incluso en el caso de las tortugas—, podemos contemplar por entero, mientras que el nuestro, potencialmente mucho más largo, escapa a nuestro conocimiento en razón, ni más ni menos, de que esa amplitud potencial nos excede. El ejemplo que debiera servirnos de guía es el de los *nummulites*, por la nitidez con que acceden a su fase de mineralización. En algunos puntos de Australia existe la creencia —que como toda afirmación de carácter mítico debiera despertar la atención de los científicos— de que los humanos estamos destinados a convertirnos en roca. A ello contribuye la similitud de algunas peñas con la figura, el rostro o diversas partes del cuerpo, por no hablar ya del perfil de ciertas montañas, de los rasgos humanos de determinados fragmentos de piedra. Si el común de los hombres se ve sustraído a este proceso, es solo debido a que, en su práctica totalidad, mueren a causa de algún accidente, es decir, víctimas del propio desarrollo alcanzado, que acorta extraordinariamente la duración de la vida, interrumpiendo así de forma brusca las fases que, de acuerdo con la naturaleza, componen nuestro verdadero ciclo vital.

Lo propio del ser humano no es la rápida descomposición del cuerpo tras una muerte súbitamente sobrevenida, como se ha dado en considerar inevitable, sino un largo proceso de mineralización, más relacionado con la idea de transformación que con lo que convencionalmente entendemos por muerte. Tal proceso viene siempre precedido por un paulatino apartamiento del sujeto de la vida activa y de las cuitas cotidianas —irrelevantes cuando no miserables—, por

una progresiva inmovilidad, por una creciente latencia. El que todo ello suela acontecer en lugares retirados es lo que da pie a esa impresión de sentirse observado que experimentan algunas personas cuando se encuentran en un bosque o en pleno monte. Y está en el origen de gran número de leyendas, especialmente cuando dicha sensación se experimenta en la oscuridad de la noche. Los rasgos humanos producto de la mineralización pueden ser descubiertos no solo en determinados accidentes del paisaje, sino también cuando el sujeto es sensible y perspicaz, en paredes y suelos y en el veteadado que ofrecen los materiales utilizados en la construcción de edificios, como si las formas se obstinaban en aflorar a la superficie de la materia que las contiene.

El que todo lo dicho resulte improbable no significa que no sea cierto. Yo soy la misma persona que era hace treinta o sesenta años y, sin embargo, mis células son otras. Y del mismo modo que tengo conciencia de haber atravesado una «fase mariposa» y una «fase oruga», soy consciente ahora de que estoy entrando en una «fase crisálida», que bien pudiera ser anuncio de ese periodo de paulatina inmovilidad que precede a la mineralización. Mi guía, más aún, el aliento que me impulsa ante ese futuro —no menos de lo que me impulsó en el pasado— es Adelaida. Sin su auxilio es más que probable que mis ansias de salir al encuentro de la sabiduría hubieran resultado fallidas. A ella, pues, se lo debo, discreta en su plena posesión de fuerza y energía no menos que en su belleza. Una belleza que sería inútil someter a los criterios del presente, ya que todo en ella debe ser considerado bajo una perspectiva de, como mínimo, cincuenta mil años, distanciamiento que la hace mucho más fiable en cuanto a su vigencia.

Cambio horario

Ramón había hecho el recorrido de siempre a la hora de siempre, con la particularidad de que, aquella tarde, el comercio estaba ya cerrado. Y es que la hora de siempre se había convertido de golpe en una hora más tarde. De ahí que en la calle la gente apresurase el paso, como huyendo de una ventolera. Ajeno a todo ello, el sol se desvanecía en la parte alta de los edificios mientras abajo se encendían las primeras luces. Pues, en definitiva, el cambio horario consistía en decidir que lo que de acuerdo con el curso del sol era una hora fuese de pronto una hora más a todos los efectos. Es decir: una arbitrariedad que afectaba al organismo tanto como pudiera hacerlo el cambio de hora local cuando se viaja. Un motivo más que suficiente para que Ramón detestara los viajes largos. A Elsa, en cambio, no le importaba, y por eso estaba en Japón. Hasta el día siguiente, o hasta el otro, si es que no estaba ya volando de regreso. Ramón renunciaba a saberlo con exactitud.

Estaba deseoso de contarle en persona lo que le había resumido por teléfono acerca del lío montado entre Iris y Carmen, ver su expresión mientras le escuchaba, oír el juicio que le merecía todo aquello. Y, también, contarle sus proyectos. Aunque a ella no se lo hubiera dicho nunca, la opinión de Elsa era la única que podía influir y de hecho influía en su conducta. Como su ejemplo. La naturalidad con que llevaba el hecho de ser toda una escritora, pillando como por sorpresa a cuantos la conocían. Un rasgo personal que se manifestaba a imagen y semejanza de sus propias obras, en las que, a partir de un hecho cotidiano, desarrollaba una historia hasta el límite mismo de lo verosímil. Curiosamente, por distintas que fueran entre sí esas historias, cabía establecer un común denominador entre algunos de sus personajes: el protagonista se iba metiendo por sí mismo en un lío del que luego no sabía cómo salir.

Tampoco esto pensaba decírselo, pero lo cierto era que la personalidad de Elsa

estaba siendo decisiva en el rumbo que iban tomando sus memorias. Claro que su objetivo era otro: arrojar luz retrospectiva sobre lo ya pintado. Con toda probabilidad, lo que Mary Ann tenía en mente cuando le sugirió por primera vez la idea. Esto es, relanzar el conjunto de su obra proponiendo una interpretación distinta a la actualmente establecida.

Los sucesos de El Pomar

Si ya le digo: aquí no hubo represalias porque no había a quien represaliar. Por eso me sorprendió tanto la identificación de los restos que aparecieron en una cuneta: que fueran de la chica de los Pons. ¿Por qué habían de fusilarla? Para mí que tuvo que ser una especie de accidente, uno de esos errores que se producen en las guerras. La chica no había hecho nada malo.

Y viceversa: si antes aquí no corrió más sangre, no fue por falta de ganas. Las listas ya las tenían hechas. Lo único que esperaban era el momento propicio. Ahora, al que de veras le tenían ganas era a Eduardo Bondat. Los del Comité le odiaban tanto que hasta discutían por él, por las razones que había para fusilarle. Valentín decía que era un fascista y el Verdura exclamaba: ¿Fascista? ¡Un chuleta, esto es lo que es! ¡Y un pijo! Un tío que va por ahí haciéndose el pincho, cantando aquello de «cielito lindo», pero diciendo, no «cielito lindo», sino «culito limpio».

Podían haberle provocado, porque él se bajaba al pueblo con su pistola, pero a enfrentarse así, de cara, no se atrevían. Solo al final, cuando ya todo se venía abajo, fueron a su casa, El Pomar, con el propósito de fusilarle. Lo que no sabían era que ya estaba muerto: había ido a la ciudad aquella mañana para resolver unos asuntos y le pilló la explosión de un coche bomba. O si no había muerto, estaba a punto de morir, porque el atentado ocurrió más o menos a la misma hora en que fueron a buscarle. Y los de la milicia, al no encontrarle, se las hicieron pagar a la criada, la María Cortizo, por meapilas. Se ve que la tuvieron que sacar a rastras, porque ella lloraba y pedía que no la mataran y decía que se lo haría a todos, que sabía hacerlo, pero que no la mataran, y el Valentín, que tenía aquella manera de ser tan estricta, le pegó en persona el primer tiro con su pistola, como con asco, y los demás hicieron lo mismo sin siquiera llegar a formar un pelotón de fusilamiento propiamente dicho.

El Indiano

Hoja y árbol

Contrariamente a lo afirmado por grandes pensadores y científicos, la nada no es un estado previo a la existencia a la vez que término o estado posterior a la misma, sino una ilusión producida por la constante transformación de lo que existe. No hay que pensar en términos de nacimiento, vida y muerte, sino en fases de un ciclo sin comienzo ni fin precisos. Tampoco hay que individualizar lo que en realidad es parte de un todo, algo que solo adquiere su justo valor considerado dentro del conjunto. No es la hoja que cae el verdadero sujeto, sino el árbol. No la hierba, sino el prado. No la gota que viene del cielo, sino la lluvia. Fuera de lo existente no hay nada. Y esa nada es la única real: una palabra que se niega a sí misma.

Se trata de un error simétricamente contrapuesto a la creencia de la reencarnación de un ser concreto en otro. La confusión se debe a la memoria, que a veces manifiesta su presencia en la materia, que parece aflorar de su interior como en busca de la luz, vestigios que una cosa contiene de otra, algo que hizo suyo por asimilación. Así, las similitudes en el físico o en la aparición de determinados rasgos característicos. O los parecidos en el modo de ser. O en las actitudes, ese gesto de pájaro en celo o simplemente presa de contento que adopta de inmediato el bailarín, la persona dedicada a la danza, al tender el oído ante un súbito acorde musical que despierta en su interior trinos latentes, gorjeos dormidos, y le incita al vuelo, al movimiento, al contoneo irreprimible, reacción similar a la que, ante otros estímulos, descubre en sí toda persona de fuertes tendencias.

Tanto una confusión como la otra obedecen al alcance limitado de nuestras percepciones, que resta exactitud en el conocimiento a todo aquel que no lo ejercita a diario en su avance por el camino de la sabiduría y cree que es plano lo

que en realidad es curvo. Con todo, el discurrir de la existencia no es constante ni tan siquiera en el iniciado, y los momentos de visión creadora, de quietud clarividente, son algo así como relieves o prominencias del paisaje, picos o alturas que destacan aisladas sobre el territorio circundante. Los momentos creadores son solo eso: momentos. El resto del día, preparación bajo la apariencia de reposo.

X

Recordar lo soñado, no en el curso del día, ya despierto, sino durante el sueño, durante otro sueño, cuando damos por hecho que lo que estamos soñando ha sido también soñado en otras ocasiones; algo así. O bien, el cumplimiento de una amenaza que llevamos demasiado tiempo viendo abatirse sobre nosotros. Pensar en Silvia era para Valentín como vagar por esa ciudad que aparecía una y otra vez en sus sueños.

La tendencia, llevado de sus convicciones, a cargarse de responsabilidades que, a modo de condena, iban a gravitar sobre los más diversos órdenes de su vida. El empeño, por ejemplo, cuando ejercía de maestro, en hacer de sus pequeños alumnos seres esencialmente inconformistas, en inculcarles, aunque fuera de manera sesgada, conceptos y, sobre todo, virtudes revolucionarias, haciendo de la fraternidad el reconfortante contrapeso de la razón, sin conseguir de aquellas hileras de rostros bobamente en blanco otro indicio de comprensión que el de una soterrada mofa. Réplica invertida de las situaciones creadas en sus años escolares, cuando, siendo él uno de esos alumnos acodados sobre el pupitre ante la tarima del profesor, el padre Baldomero le ponía como ejemplo ante sus compañeros por su conducta piadosa, sin otro efecto que el de que le hicieran burla y, en una ocasión, al negarse a participar en un concurso de lechazas, le bajaran los pantalones para ver cómo la tenía y a partir de entonces le llamaran el Niño Jesús.

Ahora, exactamente igual que cuando el padre Baldomero le ponía de ejemplo ante sus compañeros o que cuando él, ya de maestro, ponía ejemplos a sus alumnos, el conflicto que se abría era entre los principios y la realidad, entre las exigencias de una moral revolucionaria y su relación con Silvia. Que el hecho de proclamar el amor libre como norma de relación entre iguales pudiera suponer que Silvia era libre de acostarse con quien le diera la gana. Declaraciones de

principios que, con la llegada de la Revolución, parecieron convertirse poco menos que en práctica obligada. ¿Y cómo convencer ahora a los jóvenes de que, si bien la sexualidad no era un pecado como pretendía la Iglesia, podía no obstante ser causa de un sinnúmero de problemas indeseados y, llevada al exceso, conducir a perversiones y desviaciones más propias de las decadentes clases altas que de las sanas costumbres de las clases trabajadoras? ¿Qué se había hecho de las chicas de pueblo de antes, directas y sinceras en sus bromas y aproximaciones, pero como hechas de una pieza?

Valentín había escuchado con espanto, sintiéndose progresivamente a la deriva y como desarbolado, la historia de una miliciana que en una fiesta de confraternización se lo había hecho a todo un grupo de novatos, tras hacerles formar y presentar el arma, como ella dijo ante las risas de los presentes, jolgorio que siguió en aumento según ella pasaba de uno a otro, ridiculizando a los que se iban de inmediato no menos que a los que no conseguían empinar. ¿Quién le decía que Silvia no acabaría realizando una hazaña parecida o, peor aún, que esa miliciana que ya lo había hecho fuera ella solo que nadie había osado decírselo? La veía perfectamente capaz, una mujer que, con tal de gustar a los chicos, estaba siempre dispuesta a ser más chico que nadie y, en plan desafío, hacer lo que se le pida y más. Y él, de haber intentado demostrar que aquella miliciana era contrarrevolucionaria, que en circunstancias como la presente, poco menos que estado de guerra, lo que se merecía era ser fusilada, no hubiera cosechado más que chirigotas. ¡Deja que se coma lo que quiera!, le hubieran gritado.

Y, surgido como un eslabón de la cadena, lo peor del sueño: descubrir que está sucediendo lo que habíamos soñado que sucedía, algo que, aunque al despertar fuese olvidado, nos iba a dejar con el corazón encogido para todo el día sin que pudiéramos precisar la causa. Había escuchado a la María Cortizo como quien oye un oráculo, una voz cuyo distanciamiento respecto a lo que dice hace mucho más terrible el contenido del mensaje. Una voz que convertía el móvil en una caja negra al decir que se lo contaba porque no le parecía bien, porque ella estaba de su parte, antes de materializar a Eduardo Bondat como amante real de Silvia. Esto es: la súbita irrupción de una figura que nunca se le había ocurrido considerar en razón, justamente, de su carácter antagónico, tanto desde el punto de vista humano como ideológico. Y superpuesta a semejante impresión, como una sombra se superpone y confunde con otra, la evidencia de que el pequeño Ed

se llamaba Eduardo porque Silvia se había empeñado en que así fuera. Un sobresalto que, de inmediato, según pasaban los segundos, se convertía en certeza, la brusca personalización de una de esas historias que se cuentan de otros, hijos que un buen día se descubre que no son del padre, o no se descubre nunca. Revelaciones que se precisaban en su memoria igual que las incidencias de la carretera aparecían a la luz de los faros, según mantenía la distancia respecto al coche de Silvia, una sucesión de troncos y ramas y oscuros vacíos que se le venían encima, como si fueran ellos los que se movían a uno y otro lado del coche, entre las negras hojas sueltas que, llevadas por el viento, saltaban a la carretera como ratas despavoridas. Lo alcanzó antes del cruce, pero Silvia acertó a dar un golpe de volante y su coche quedó cruzado en la carretera en lugar de ir a parar al barranco. Silvia abrió la puerta del otro lado y salió corriendo, y Valentín le vació el cargador a la luz de los faros, antes de que pudiese alejarse más allá de unos cuantos metros. Abandonó el todoterreno en un camino vecinal y se puso al volante del de Silvia tras meter su cuerpo en el maletero. Lo descargó unos kilómetros más allá, en una zanja a medio rellenar abierta en la cuneta, cubriéndolo apenas con unos matojos. Por la mañana terminarían de rellenar la zanja. O encontrarían el cadáver. Qué más daba.

Cambio horario

Confesiones era decididamente mejor título que *Memorias*. Ramón era consciente de que no se trataba de una mera cuestión de palabras, sino de algo que afectaba al contenido de la obra, a la idea previa que de ella pudiera desprenderse. *Memorias* era un buen título cuando el autor reseñaba toda una serie de acontecimientos, de aventuras y desventuras. *Confesiones*, cuando lo que el autor revelaba era su propio interior. Casanova había escrito unas *Memorias*. Rousseau, unas *Confesiones*. Casanova había participado en combates, intrigas y duelos, y había conocido la cárcel, además de contar con innumerables aventuras amorosas. A Rousseau, en cambio, nunca le había pasado nada especialmente llamativo. Y, sin embargo, sus *Confesiones* se habían ganado una consideración muy superior a la obra de Casanova. Por otra parte, la propia palabra «confesiones» insinúa la revelación de actos vergonzosos, de culpas secretas, algo siempre sugestivo para el lector.

En definitiva, más que de contar anécdotas, se trataba de ahondar en sí mismo y de que sus precisiones se convirtieran en algo así como las claves de su pintura. O mejor: de convertir la figura del autor en la más atractiva de sus obras. Y, en líneas generales, no tanto de señalar cuanto de sugerir. De esa forma, los hechos en apariencia más irrelevantes podían adquirir una significación superior a las experiencias más atroces. Lo de Iris, por ejemplo, era susceptible de dar mucho juego. Cuidando bien, sin embargo, de que así como una persona de temperamento irónico difícilmente se entregará a una experiencia intensa, dado que, presa de su propia sorna, no sería capaz de considerarla más que como objeto de sus sarcasmos, así, a fin de evitar que algo semejante sucediera, debería procurar que la amenidad del tono narrativo no terminase por neutralizar la hondura y trascendencia de la indagación.

Algo así como invertir la serie que parte del clavo que al soltarse hace perder

una herradura y termina ocasionando la pérdida de un reino; un ejercicio cuyo desenlace resulte, si cabe, más sobrecogedor. El reino que se pierde porque se perdió una batalla; la batalla que se perdió porque se perdió un mensaje; el mensaje que se perdió porque se perdió el mensajero; el mensajero que se perdió porque se perdió el caballo; el caballo que se perdió porque se perdió la herradura; la herradura que se perdió porque se perdió un clavo. Un clavo de cuyo paradero ya nadie sabría dar razón.

A un paso del Zócalo

A Silvia Pons todo el mundo la creía en México, que es adonde fueron a parar el Valentín, el Antón Verdura y los demás de la milicia que tenían razones para ponerse a salvo. Sus padres a lo mejor tenían otras noticias, eso es algo que no sabría decirle; pero se fueron del pueblo al comenzar la guerra y nunca más han vuelto. Lo que sí sabíamos era que al Valentín le mataron al poco de llegar, en México capital, en pleno centro, al revolverse contra unos atracadores que le salieron al paso, tal vez al pretender dialogar con ellos. Pero todos pensábamos que Silvia Pons se había quedado allí para hacerse cargo de los negocios que pudieran tener.

A quien por lo visto le fueron muy bien los negocios es al Antón, que murió hará dos o tres años. Cuentan que tenía un gran rancho, aunque no sabría decirle si ese era precisamente su negocio o más bien el fruto de otros negocios.

Cambio horario

Necesidad de caracterizarse a sí mismo de forma bien definida, lo que no supone simplicidad de rasgos. Al contrario: místico y materialista, abstracto a la vez que concreto. Personalidad contradictoria. Dar mucha importancia al sexo. Hermafrodita, más que de un soterrado homosexualismo. En definitiva, si el sexo femenino le parecía a Ramón poco atractivo, era al menos misterioso, con rasgos de algo autónomo, casi como un animal, mientras que el masculino era sencillamente ridículo.

La incertidumbre era esencial. Aparte de ser una realidad. Recordó una noche en la que habían celebrado algo con unos amigos, las copas de champán entrechocando ágiles y ligeras, y Elsa estuvo de lo más divertida. ¿Y tú pretendes ser homosexual?, preguntó de pronto, sin que viniese a cuento, todos riendo todavía alguna de sus ocurrencias. Ramón hizo inicialmente como que no había oído, pero enseguida unió su risa a la de los demás. ¿Qué habría querido decir? O mejor, ¿por qué se le habría dirigido en estos términos ante todo el mundo? Elsa había tenido una noche brillante entre gente que leía y que la leía; les sorprendió a todos al afirmar que *Ulysses* era una novela sobre los celos. Ramón no la había leído pero estaba seguro de que Elsa tenía razón. Lo que estaba por ver era si había sacado el tema con segundas. Lo de Ludwig pasó hacía mucho tiempo y Ramón ya no estaba celoso. Incluso le hubiera gustado conocer más detalles, pero sabía que era mejor no conocerlos. Su único temor, al principio, era que Elsa dejara de quererle y se fuera con otro, pero poco a poco se fue tranquilizando ya que tal posibilidad parecía excluida.

Elsa, en sí misma, representaba otro problema. ¿Cómo caracterizarla? Más que de compañera, su papel debiera ser el de musa, la catalizadora de su inspiración. Junto a ella, y no menos decisivas —aunque sin caer en tópicos freudianos—, las figuras que presidieron su infancia. El padre, un hombre débil y derivativo; la

madre, una mujer de mucho carácter, capaz de inspirar amores y odios. Sin olvidar a tío Francisco, que por un lado había usurpado hasta cierto punto las funciones del padre, y por otro, parecía protagonizar un misterio, el misterio de lo que no se recuerda.

Rock en la montaña

El caso es que, desde que pasó todo aquello, el pueblo no ha vuelto a ser el mismo. Lo de la agricultura, mire, ya se sabe, en todas partes va para abajo. Pero es que el futuro de Miralrío estaba en el turismo, y de eso nada. Es como si los que venían por aquí le hubieran cogido rabia o miedo, que rabia se la han cogido algunos, como los Bondat. Pero la mayoría de los veraneantes dejaron de venir aquel verano y, simplemente, ya no volvieron. Como eso que cuentan de las golondrinas: que si les destruyen el nido ya no vuelven más y que, como si fuera una maldición, el que no vuelvan trae mala suerte a la casa donde lo habían construido. El que tiene un chalet o una villa en Miralrío ni viene ni lo vende, porque es persona de posición y por los cuatro cuartos que le iban a dar no le merece la pena. A lo mejor esperan que pase la moda de tanta playa y la gente reparta un poco más su tiempo, que es lo que se hacía antes.

Intentarlo, ya se ha intentado. Hace unos años se llegó a organizar un concierto de rock en el campo de fútbol. Se congregaron montones de coches y de gente y hubo música y luces durante toda la noche; parecía que el aire fuera ruido. Pero no hay indicios de que vayan a repetirlo.

Últimamente, aparte de usted, las únicas caras nuevas en Miralrío han sido las de los periodistas y fotógrafos, por si había más tumbas de fusilados.

El Indiano

Incontables planetas lejanos

El fracaso de los modernos sistemas educativos es algo que solo pueden ignorar sus víctimas, los sujetos pasivos de la educación. Más que educar y llevar la cultura al pueblo, lo que se ha conseguido es despojar al individuo de los conocimientos más elementales, de los pocos conocimientos precisos que poseía acerca de la naturaleza de su entorno inmediato.

Si en algún ámbito cabe hablar de progreso, yo destacaría, por delante de cualquier otro, el alcanzado en los aspectos más negativos de la condición humana. Es decir: en la capacidad de destrucción, de arrasar grandes ciudades, de exterminar ingentes cantidades de personas. Pues cuando se ha pretendido obtener un progreso similar en otros ámbitos, la difusión de la cultura, por ejemplo, lo que se ha conseguido es el efecto contrario. Al relegar la iniciación en la sabiduría, al sustituirla por el conocimiento aplicado, por la habilidad en la manipulación de tecnologías que teóricamente sitúan todo el saber existente al alcance de cualquiera, lo único que se logra es sumir al sujeto en la ignorancia.

Expresión o manifestación externa de ese progresivo deterioro de las facultades intelectuales y morales es la creciente fealdad de cuanto nos rodea, atuendos, construcciones, objetos, presencia física. El proceso dio comienzo más o menos al acabar la guerra y su progresión fue tan rápida que perder la vista de forma definitiva ha sido para mí casi una bendición. No parece, por lo demás, que las gentes tengan conciencia de lo sucedido, pendientes como se hallan del coche, del móvil, del ordenador. Tampoco parece que tengan conciencia de ser idénticos los unos a los otros, por mucho que procuren diferenciarse unos de otros, unos y otros confundiéndose en su girar de incontables planetas lejanos que ni siquiera se saben presos de la propia órbita.

Miralrío me sedujo ya por su nombre antes de conocerlo, y lo cierto es que

como atalaya o puesto de observación se ha revelado inmejorable. Me atrevería incluso a decir que mi particular sendero hacia la sabiduría tiene su punto de partida en este porche. Factor clave de la distancia recorrida a lo largo de ese sendero ha sido Adelaida, ya que sin su presencia todas mis tentativas hubieran resultado vanas. Un estímulo con el que no contaba antes de que nos casáramos, pues, dada mi total ausencia de atractivo físico, el aliento que pudiera brotar de la convivencia con una mujer había sido descartado de antemano. Ahora bien: siendo ya un hecho su respaldo, el emplazamiento de este porche —aunque la baranda no sea de hierro colado— que rodea la casa por entero y desde el que se domina el pueblo ha sido asimismo decisivo, hasta el punto de que no sería exagerado afirmar que propicia un estado próximo a la clarividencia. Es como si el conocimiento de cuanto acontece viniese a mí gracias a su emplazamiento, como si el porche se hallara imantado. El viejo papel de periódico que envolvía los zapatos a los que les había sido cambiada la suela, por poner un ejemplo. Arrugado, pero legible, venía en él la noticia de la muerte de Eduardo Bondat y otras dos personas en un accidente de circulación, atropellados por un autobús para ser exactos. Es decir: víctima de un accidente, no de un atentado, como se dijo en su momento y así ha quedado establecido, por resultar más acorde con la personalidad del muerto.

Cambio horario

Más que corregir lo escrito el día anterior, Ramón lo escribió de nuevo de cabo a rabo. En definitiva, no se trataba de pulir la prosa, sino de precisar al máximo los rasgos del relato. Y las reflexiones y cábalas a las que se había entregado la víspera le habían sido de gran ayuda en este sentido, pese a todos los enredos en los que se había visto envuelto. O, tal vez, gracias a ellos. Sí: lo hablado con Iris, con Carmen, con Elsa, le había servido para definir el carácter de sus *Confesiones*, la naturaleza exacta de lo que debía ofrecer al lector. Tan paradójico como providencial.

Telefoneó a Elsa para contárselo, pero, por lo que pudo entender, había dejado el hotel. Eso significaba que andaría ya por el aeropuerto, cuando no en pleno vuelo, cómo saberlo con certeza. Bien: dentro de unas horas podría contarle cuál iba a ser su *modus operandi*. No muy distinto, en realidad, al de cuando pintaba: cada mañana, sin más desayuno que un té, redactar unas pocas páginas. Durante el día, dar vueltas a lo escrito, que pasaría a limpio a la mañana siguiente, antes de pergeñar un nuevo fragmento del borrador. Y Elsa sería su primera lectora. Eso sí: cuando el libro estuviera enteramente acabado.

Se preparó otro té y releyó lo que iba a ser el comienzo definitivo de sus *Confesiones*.

MIRLARIO

Diga lo que diga Freud, los hechos de la infancia que hemos relegado al olvido nunca nos habrán marcado de forma tan profunda como los que recordamos a la perfección. Y no porque sean forzosamente excepcionales, sino porque, siendo

incluso nimios desde un punto de vista objetivo, marcan al sujeto, al niño, de un modo acaso incomprensible para quienes le rodean. Así, en lo que a mi infancia se refiere, el hecho más traumático en el sentido literal de la palabra fue sin duda la muerte de mi madre, desaparecida en uno de esos confusos actos de violencia que se produjeron cuando la guerra tocaba a su fin. Pero lo que realmente más me afectó por aquel entonces fue el hecho de que, a causa precisamente de esa guerra, en vez de irnos a veranear como todos los años a Miralrío, nos hubiéramos quedado en la ciudad. Allí, hasta donde alcanzan mis recuerdos, habíamos celebrado mi cumpleaños cada 31 de agosto, y la muerte de mi madre supuso, no ya la suspensión de la merienda prevista para festejar mi noveno aniversario, sino también la cancelación de toda posibilidad de pasar en Miralrío, aunque acabara la guerra, el resto del verano. Así pues, la guerra, la muerte de mi madre, la suspensión de mi fiesta de cumpleaños y la cancelación de toda posibilidad de pasar en Miralrío lo que restaba de verano formaban a mis ojos una fatal concatenación de acontecimientos similar a la de la fábula aquella de que por un clavo se perdió una herradura, para terminar por perderse un reino.

Se me dirá que tal actitud responde al egoísmo y la inconsciencia propia del niño, una defensa que el niño desarrolla en la medida en que ayuda a desdibujar la dura realidad de la muerte de la madre. Y por supuesto que así es, pues lo que en el fondo yo le reprochaba era no haberse andado con más cuidado cuando lo que estaba en juego era la fiesta de mi cumpleaños, una fiesta ya devaluada por el hecho de que no iba a poder celebrarse en Miralrío. Son cosas que solo pueden ser entendidas en razón de lo mucho que para mí significaba Miralrío en aquella época. Allí mi vida cambiaba por completo y el estímulo de que cuando llegara el verano íbamos a volver me mantenía en creciente estado de excitación a lo largo de todo el año, según se acercaba la fecha. Pero es que, además, el año anterior, en plena celebración de la fiesta, con la casa llena de niños de la colonia veraniega, me había escapado un momento al cuarto de baño del piso superior y me iba ya a reintegrar al jolgorio cuando, por una rendija de la persiana extendida, acerté a ver algo que ya no se iba a borrar jamás de mi memoria. En la villa de al lado, por encima del seto de laureles, a través de una ventana abierta del piso bajo, divisé a nuestra vecina apareándose con un joven en el centro de un amplio y blando lecho. Mi ignorancia en esta materia era, ni que decir tiene, total, pero adiviné de inmediato de qué se trataba por la similitud de

su posición con la que adoptan los perros, ella a cuatro patas y él medio arrodillado detrás. Y durante todo el año transcurrido desde entonces, y llevado por la obstinación que los niños comparten con los imbéciles, no había hecho sino soñar que, al repetirse la fiesta y escapar yo al baño del piso alto, fuese a sorprenderles de nuevo, como si cada vez que yo acertase a mirar por una rendija de la persiana extendida, fueran ellos a repetir lo que en aquella ocasión había presenciado.

El herrerillo

Un suave sol de tarde le acompañó durante todo el paseo, la sombra por delante a la ida y pegada a sus talones y algo ladeada a la vuelta. Inmóvil ante la cuneta, había escrutado el entorno a uno y otro lado de la carretera, los bosques, los cortados, los desmontes, mientras intentaba imaginar aquel mismo paisaje cuarenta y cinco años atrás, lo último que vieron sus ojos, imágenes perdidas para siempre como fotos veladas, o mejor, como instantáneas esfumadas por un error en la manipulación de la cámara. A ella, lo que él veía ahora, aunque distinto, sin duda le hubiera resultado familiar, como familiar le resultó a él Miralrío desde que lo pisó por primera vez, imágenes, más que recuperadas, sencillamente heredadas, parte, no tanto ya de su persona, cuanto de su propio organismo, archivadas en algún insignificante repliegue del cerebro, las calles, los jardines, la vista desde la plaza del Mirador mientras los pájaros se juntaban para recogerse.

El cambio horario le permitió llegar a su habitación todavía con sol. Desde la ventana pudo seguir los movimientos de un herrerillo entre las rojas ramas del cerezo, minúsculo, activo, infatigable, atento al todo y al detalle, al insecto que rondaba la flor en trance de abrirse y a la sombra que bien pudiera pertenecer a una rapaz que se cierne y gira, al aroma que llega de los jacintos y al que asciende desde el césped recién regado, a los ruidos, a los reflejos, a los movimientos desvaídos de quien lo contempla a través del cristal, lo suficientemente inquietantes como para que la cautela le impulse a cambiar no ya de rama sino también de árbol.

El Indiano

Adelaida

La primera intuición de haber acertado, de estar verdaderamente adentrándome en el camino de la sabiduría, la tuve justo el día en que nos casamos, lo que no tiene nada de casual. Para entonces, estaba ya decidido a volver a mi país, decisión que en realidad no era sino un primer paso en el camino emprendido. Fue como ahora, en abril, que allí viene a ser como el octubre de aquí. Al salir del Ayuntamiento fuimos a celebrarlo con vino blanco y calamares fritos a un bar-restaurant italiano próximo al puerto, acompañados por las amistades que había hecho cuando iba a pescar al espigón.

Les había invitado personalmente la tarde anterior, recorriendo el espigón de un extremo a otro, ya que no conocía sus direcciones y, en algunos casos, ni siquiera el nombre o el apodo. Allí estaban, todos en su sitio habitual, entre niños pendientes de que alguien cobrase una buena pieza, como de caballito de mar en los críos la expresión despierta y como de tortuga marina la de mis compañeros, tostadas y contraídas las facciones de tanto otear bajo la gorra.

Fue una celebración feliz, salpicada de bromas y comentarios jocosos. Después, ella y yo nos dirigimos paseando a la parte alta de la ciudad, un barrio residencial de villas lujosas y relevantes jardines que se extiende por las laderas del monte. En lo alto hay un mirador desde el que se divisa toda Adelaida, muy frecuentado por los turistas, ya que desde allí se aprecia a la perfección el dibujo de la retícula urbana, que viene a ser como la de Barcelona vista desde el Tibidabo, también allí con el mar al fondo, un mar que, bajo el sol blanquecino, brilla como revestido de escamas de pescado.

Había allí una mujer con un violín, delgada y rubia, vestida con chaqueta y pantalones oscuros, de hombre, que, pese a ser día laborable y no haber más visitantes que nosotros, se puso a tocar no bien advirtió que nos estábamos

aproximando. Se trataba de un solo para violín compuesto por uno de los más grandes músicos de todos los tiempos, alemán o austriaco. Pero yo temía que a ella no le gustara por ser tan distinta de la música propia de su pueblo y hasta por la indumentaria de la intérprete, que bien pudiera resultarle chocante. Según nos acercábamos a la violinista, registré, en efecto, cierta perplejidad en su expresión —que yo observaba a hurtadillas—, un algo de desconcierto que, al llegar a su altura, se convirtió en apacible sonrisa. Y yo me eché a llorar. Sin saber por qué.